

La construcción del Jardín del Edén



J.A
Fortea

Editorial Dos Latidos
Benasque, España
Año 2012
Copyright José Antonio Fortea Cucurull
www.fortea.ws
versión 2

La construcción del Jardín del Edén

Índice



Parte I

el nacimiento del paraíso



Parte II

el cénit de una isla



Parte III

la muerte de un Estado

23 de abril de 2206
a las 00:12 de mañana

Los inmensos rotores de las cinco naves llenaban el aire con su sonido grave y profundo. Eran cinco naves de gran peso, voluminosas, de oscuras superficies aceradas; aeronaves nuevas y relucientes. Desde el lugar de comienzo de la plataforma, un asistente del helipuerto movía los brazos rítmicamente haciéndoles una serie de indicaciones con sus señales luminosas. Desde la torre de control, los controladores supervisaban todo, este aterrizaje de forma muy especial. A pocos pasos de los cuatro controladores, el gobernador rodeado de sus funcionarios miraba tranquilo tras los cristales la escena del aterrizaje. Era de noche, nadie era testigo de la llegada de esas naves, sólo los técnicos del helipuerto, únicamente los servicios de seguridad que tenían acordonado todo el perímetro.

Las compuertas de la nave se abrieron, pesadas y solemnes. Se alzaron aquellos recuadros de acero en medio de los usuales silbidos producidos por los mecanismos hidráulicos internos. Los pies del cardenal fueron los primeros en descender por la rampa. El cardenal iba vestido de viaje, sin formalismos, clérigan negro, un alzacuellos que con su blancura le rodeaba todo el cuello, una americana elegante y sencilla. Tan sólo la espléndida cruz de oro y perlas que colgaba sobre la tela negra de su camisa indicaba que aquel clérigo era algo más que otro prelado. Justo delante de la rampa estaba esperando el gobernador de la isla, detrás de él cinco funcionarios, y un poco más retirados ocho consejeros de rango inferior. También sobre el asfalto de la pista, pero bastante más alejados, diez vehículos de los servicios de seguridad.

-¿Qué tal, Eminencia?

Ese fue todo el discurso de recibimiento del Gobernador. Mientras, eso sí, le había besado sinceramente el anillo. El cardenal levantó la mirada de la testa que

inclinada le besaba la mano y con una inclinación ligera de cabeza dio por saludada al resto de la comitiva. Una inclinación tras una mirada a los allí presentes. En los ojos del cardenal se notaba el cansancio de un viaje de catorce horas.

En otras ocasiones, el gobernador hubiera recibido a este poderoso príncipe de la Iglesia con una compañía de infantería presentando armas. En otra ocasión hubieran pasado revista a la formación de soldados, hubiera habido un discurso de bienvenida, no hubiera sido un recibimiento rápido en medio de la noche. Pero ahora no había tiempo, el cardenal saldría al amanecer.

El cardenal y sus tres secretarios se apartaron de la ancha rampa metálica para dejar que varios hombres descendieran una pesada caja blindada. Una caja reforzada y hermética. Cuatro hombres trasladaban la caja bien agarrada de sus cuatro amplias asas.

-Así que ésta es la caja –comentó el gobernador al verla.

Los cuatro hombres no se detuvieron, directamente fueron guiados por uno de los agentes de seguridad hacia otro vehículo. La caja, de un modo bastante discreto, tenía la indicación VA327. Fuera de eso, carecía de cualquier rótulo o indicación alguna en su exterior, fue introducida en el interior del todoterreno.

-Sí, efectivamente, ésta es –respondió el cardenal.

Ocho cajas más, iguales a la primera fueron introducidas en el mismo vehículo. Todas tenían una numeración sucesiva, que partía desde VA328 a VA336. Seis hombres armados con ametralladoras se montaron en el vehículo. El convoy de vehículos aguardaba ya con los motores en marcha. La línea de faros formaba una hilera perfecta a la derecha de la pista de aterrizaje.

El comandante al mando dio la orden y la decena de automóviles y todoterrenos se pusieron en marcha con los puentes de luces destellando ráfagas rojas y

azules. Sin sirenas, sin prisas, sin otro ruido que el de los motores en medio de la noche, los coches se alejaron de la pista del helipuerto iluminada por varias torres de focos.

-Eminencia –dijo el gobernador tras dirigir una última mirada al convoy-, a pesar de la hora sabe muy bien que me gustaría que compartiera una cena ligera en mi residencia. Una cena fría; si lo desea.

-Le estoy en verdad agradecido –respondió el cardenal de cabellera plateada mientras se subía a otro vehículo-, pero como le habrá advertido el secretario de protocolo, marchó a Roma mañana a las siete de la mañana. Además, monseñor Caravante me espera en su palacio para recibirme. También él debe haber preparado algo, pero lo único que deseo es una cama. Estoy muerto de sueño.

El cardenal estuvo a punto de decir que confiaba en que habría una segunda vez en que se encontrarían, y que entonces le sería posible aceptar aquella hospitalidad. Pero ambos hombres se miraron y supieron que no habría una segunda vez. El cardenal no acabó la frase, en realidad ni la empezó, los dos percibieron al mirarse a los ojos en silencio durante un instante, la realidad angustiosa y tremenda de aquella situación.

Su eminencia acabó de introducirse en el vehículo, de nuevo una pequeña inclinación de cabeza para decir adiós al resto de la comitiva. No había tiempo para protocolos y ceremonias, todo el mundo lo sabía. El golpe seco y consecutivo de las puertas traseras al cerrarse indicó que sus tres silenciosos y serios secretarios cargados con sus maletines estaban ya dentro del vehículo oficial. El coche partió al momento.

Deborah estaba sentada en un banco del parque Elliot, un banco tradicional de madera pintada de blanco. Al lado su hermana hacía punto, dos mujeres en sus bellos cuarenta años, delgadas, despreocupadas, las dos de claros ojos castaños. Deborah contemplaba a su hija que sentada jugaba haciendo un hoyo en la tierra con un palo. Su otra hija perseguía un grillo, o un escarabajo (desde luego era algo con seis patitas) que corría a unos pasos de distancia. La madre, sentada bajo unos arcos, dejó de mirar a sus hijas, y observó sin entusiasmo los jacintos y petunias del macizo que tenía delante, junto a una fuentejilla.

Su hermana, entre puntada y puntada, le comentaba como su marido se mataba a trabajar como camarero en el restaurante Breakfast at Tiffany's, un restaurante de postín. Era un gran restaurante, pero al fin y al cabo trabajaba de camarero. El sueldo no era malo, pero su cualificación excelente le debía haber hecho aspirar a algo mejor. No era un camarero cualquiera, era un camarero de frac. Pronto sería un jefe de camareros, por lo menos eso pensaba ella. Pero ni aun así su mujer estaba feliz. Ella esperaba otra cosa, siempre esperaba otra cosa de su marido. Podía haber seguido hablando del tema durante veinte largos minutos.

Su hermana la escuchaba, siempre era la misma canción. La cantinela de quejas cesó, por lo menos cesó un rato. Deborah sacó su termo, y se sirvió un poco de té con limón. De su ancho vaso de plástico grueso y tacto rugoso y agradable, subían leves, ligeras volutas de vaho impregnado del perfume del té aromatizado. No le sirvió a su hermana, ya se lo había ofrecido antes.

Deborah escuchaba más o menos a su hermana, pero lo que de verdad pensaba en ese momento era lo feliz que se sentía de su tierra. De la tierra que le había visto nacer, crecer y en la que esperaba morir después ver crecer a sus hijos. Una tierra bella y pequeña. Su diminuto país, una isla. Una isla en el Océano Pacífico, era el año

2206. Veintiocho kilómetros cuadrados situados en el Mar de Tasmania, entre Nueva Caledonia y Nueva Zelanda. Un punto en el Océano Índico, uno de los Estados más pequeños del mundo. Deborah amaba cada uno de sus metros cuadrados, los había recorrido muchas veces. A ella le gustaban las naciones pequeñas. Una y otra vez hojeaba libros de fotos acerca de países como San Marino o Liechtenstein. Una y otra vez leía la historia de la formación de enclaves como Gibraltar o las Guayanas.

En un mundo dominado por las grandes Uniones y Confederaciones de Estados, las pequeñas naciones le parecían encantadoras excepciones. Los imperios siempre han sido deseos masculinos, mientras que los pequeños reinos han sido dulces escenarios de sueños femeninos, repetía alguna que otra vez a su escéptica hermana. En cualquier caso, ambas vivían en un pequeño país de 200.000 habitantes. Uno de los estados que conformaban ese siglo XXIII. Aunque la inmensa mayoría de los habitantes de ese siglo, si hubieran oído hablar de él hubieran tenido que consultar el atlas para localizarlo.

Nueva Brunswick también era parte del siglo XXII. Ese estado era parte del futuro. Aunque en algunos aspectos el futuro era mucho menos futuro de lo que muchos se habían imaginado. Es más, el Futuro había resultado ser mucho más Pasado de lo que hubieran deseado muchos. Pero es que el futuro nunca llueve a gusto de todos. Sobre todo a los vaticinadores de la sociología siempre les coge el futuro por sorpresa. Y es que el porvenir te viene por donde menos te lo esperas, eso les pasa hasta a los más experimentados. El tema de los profetas de la sociología a los que el futuro les pilla desprevenidos, es un tema con una larga tradición. Nueva Brunswick era una de esas raras flores geográficas que florecen en el mapamundi, un hecho singular.

Deborah desde luego no hubiera cambiado su vida allí, en aquellos veintiocho kilómetros cuadrados, ni por todas las interminables llanuras

norteamericanas, ni por las montañas suizas, ni por los espacios abiertos e inacabables de África, ni por nada del mundo. Porque por muchas maravillosas regiones que tuvieran los cinco continentes, únicamente aquel trozo de tierra era su hogar y era sentido como tal. Por eso, desde aquel banco del pequeño parque, miraba con orgullo el reducido paisaje del centro de la capital, mientras su hermana continuaba con sus manos con el punto, y con su lengua proseguía con el inacabable asunto del trabajo de su marido.

A lo lejos, a la derecha, en la explanada se veía una de esas escenas que parece más digna de una postal que de la realidad: un grupo de niños soltaba cuerda a sus cometas, corría mientras las colas de sus cometas se ondulaban en el cielo moviendo todas sus pajaritas de colores. Un par de descomunales dirigibles navegaban por los cielos, las voluminosas aeronaves se movían tranquilas como cetáceos con sus panzas grises. Todo era bello. Dios mío, qué hemos hecho para merecer vivir en tal armonía, pensó Deborah mientras daba otro sorbo a su dulce vaso de té. *Mi marido, ya te lo he dicho*, proseguía su hermana de vez en cuando dejando largos intervalos de silencio, *debería aspirar a más, es muy tranquilo, rectifico, es demasiado tranquilo*.

Deborah se colocó mejor su femenino sombrero de paja. Sombrero con un lazo azul celeste y claro, muy claro. Un sombrero redondo de ala muy ancha, necesario para su cutis pues al fin y al cabo el sol era el propio de una latitud tropical.

-Deja ese bicho –le gritó Deborah a su hija. Su hermana se sirvió, ahora sí, un poco de té y también gritó a su sobrina. Al fin y al cabo ese bicho era una guarrería.

No era ni venenoso, ni peligroso, pero la niña estaba empeñada en torturarle clavándole el palo. Después de atosigar durante diez minutos al pobre grillo, araña, o lo que fuera, lo había matado con la misma parsimonia con que lo había acosado. Los niños son muy cafres. La otra niña seguía cavando meticulosamente su agujero, colocando cuidadosamente los montoncitos de tierra que extraía y que para ella significaban quién sabe qué cosa.

Su madre tumbó la espalda sobre la superficie combada del respaldo, se colocó las gafas de sol y recitó interiormente las palabras de profeta Isaías, una vez más:

El lobo habitará con el cordero, la pantera se tenderá con el cabrito, el novillo y el cachorro pacerán juntos. La vaca pacerá con la osa, y sus crías se echarán juntas, y el león con el buey comerá paja.

Cada uno será como un lugar protegido contra el viento y como un abrigo contra la tempestad, como corrientes de agua en tierra árida, como sombra de una gran roca en tierra calurosa.

También era cierto que las cuatro extremidades del orbe no eran como aquella isla. Era bien cierto. Deborah lo recordó, después pensó que tampoco le importaba. Lo que en ese momento estuviera sucediendo en China, en Guatemala o en el centro del continente africano, no era de incumbencia suya.

Parte I

El nacimiento del paraíso



Nueva Brunswick : *Pequeño Estado de 224.000 habitantes situado en el Mar de Tasmania enclavado en el Océano Pacífico, latitud 84°, longitud 327. Fundado el 13 de agosto de 2130*

Los orígenes de aquel estado se remontaban a un 1 de enero de 2124, hace ya 94 años. El magnate Johnston se hallaba en la sobremesa de una cena: la cena de Nochevieja de 2124. A la mesa de su casa de Seattle, varios millonarios y unos pocos intelectuales amigos suyos. La conversación estaba animada. Las esposas se habían ido a ver el invernadero, tras lo cual jugaron al bridge. Sus esposos seguían inmersos en una discusión de sobremesa. Johnston con su traje negro de etiqueta, con un costoso puro en su mano, miraba distraído a la copa mediollena de un brandy centenario que tenía en su mano derecha, mientras divagaba acerca de la corrupción generalizada de la sociedad en la que les tocaba vivir. Cada cual decía una cosa, cada cual daba su opinión, aventuraba una solución. El magnate mirando hacia la chimenea de mármol donde ardían gruesos troncos, les confesó que se sentía relativamente desazonado por la evolución de las... cosas. Y decía *cosas* por no decir *todo*. Acababa de cumplir sus sesenta y dos

años, y sentía que el mundo no iba por el camino adecuado. O cuando menos, el mundo se empecinaba en no ir por camino que a él le gustaría.

Todos, buenos amigos de él, sabían por donde iban los tiros. Johnston era ultrareligioso. Un cristiano perteneciente a lo que ellos llamaban la derecha religiosa, un católico más que practicante. Johnston se peinó con la mano sus sienes entrecanas, los largos y cuidados cabellos de esas sienes que retocaba un peluquero que cobraba 600 dólares la hora. Cuando eres un millonario todos te escuchan, ése es uno de los privilegios de los millones: tener una mesa rodeada de amigos y que la gente te escucha, digas lo que digas.

Esa noche hablaba como un Carlos V, un Felipe II, un Carlomagno. Si la voz de Johnston hubiera sido escuchada en off por otros, hubieran creído estar escuchando a un San Antonio Abad o a un eremita. Pero la imagen no engañaba. Era la de un Ciudadano Kane, eso sí, delgado y lleno de distinción. No dejaba de desmenuzar los detalles de por qué pensaba que la sociedad estaba tan mal, aunque todos en la mesa sabían lo bien que le gustaba vivir.

De vez en cuando, el multimillonario, al hablar, miraba fijamente al fuego que entre dos atlantes crepitaba en la chimenea. Las mujeres, en otro salón, comenzaban a repartir cartas. Los camareros trajeron champán y alguna infusión a uno y otro salón. La conversación de los esposos se iba avivando. Primero se trató acerca del asunto si era verdad que la sociedad era más o menos corrupta. Quizá era tan solo moderadamente corrupta. Quizá lo había sido siempre. Y hacia las once de la noche, la conversación dio un giro: ¿qué había que hacer para arreglar la situación? Todos estaban más o menos de acuerdo, aquella situación ya era irremediable. Siguieron divagando y divagando sobre el tema, los contertulios cada vez estaban más entregados a la charla. Todos con sus copas de brandy o jerez intervenían. La larga mesa situada en el centro del gran salón se

llenaba de ideas. Johnston, de vez en cuando, ensimismado en los pensamientos de sus intervenciones, miraba a los bustos de doce emperadores romanos que decoraban uno de los laterales de la sala. A ratos hablaba mirando aquellos bustos severos sobre columnas, aquellos bustos con largas cortinas de seda tras de ellos.

Los comensales al otro lado de la mesa tenían una larga cristalera que daba al bosque privado del millonario. Aunque ahora de noche era todo él una gran masa oscura. El reloj avanzaba implacable, pero la conversación seguía animada. Todos estaban a gusto. Una caja de puros desapareció. Una botella de coñac ya estaba medio vacía, y era la segunda, cuando el carillón del salón del piso de abajo resonó con las doce campanadas de la medianoche. Estaban cansados. Poco después todos se retiraron, casi todos a sus casas, un par aceptó la hospitalidad del magnate y subieron hacia los aposentos superiores.

Johnston estaba feliz, aunque más que feliz, excitado. La larga sobremesa, la discusión de ideas entre todos, le había hecho ver cuál era la solución al problema tratado. Había visto lo que había que hacer, por primera vez: su cabeza era un hervidero de ideas y proyectos. Cuando salió de su cuarto de baño enfundado en su opulenta bata y camino de la cama se dijo que al día siguiente pasaría a la acción. Aquella noche se acostó sin dejar de hablar a su mujer, la cual no le escuchaba por el sueño. Johnston estaba exultante, creyó que no se dormiría en mucho rato, pero dada la hora pronto se cerraron sus ojos.

Cuando el multimillonario llamó a la mañana siguiente al padre Giuseppe Scalfaro del Opus Dei y le dijo: *diséñame un país, organíceme una teocracia*, le debió dar un soponcio al sacerdote al otro lado de la línea. Cuando alguien descuelga el teléfono no espera que le digan que funde un país. El padre Scalfaro tuvo que sentarse, la conversación duró una hora íntegra. Conocía de sobra al multimillonario, le había predicado varios

retiros espirituales, e incluso fue su confesor durante una temporada mientras ejercía su ministerio en la Costa Oeste, después fue trasladado de nuevo a importantes puestos dentro de la prelatura del Opus Dei en Argentina, que era donde se encontraba. Ahora le pedía a aquel sacerdote, que se encargara de dirigir un megaproyecto. El padre Scalfaro era un hombre de espiritual y un hombre de gestión, había sido un gran empresario antes de dejarlo todo y hacerse sacerdote. Con Johnston la relación había sido no tanto de paternidad espiritual, como de amistad, una gran amistad de más de quince años. La conexión entre aquellos dos hombres había perfecta desde el primer día.

El sacerdote sabía de lo que era capaz aquel millonario viudo y sin hijos. Era consciente de que su fortuna era una de las más notables del planeta. No dudaba de que era un hombre tozudo y práctico, como todos los hombres de negocios.

-Mire, padre -le dijo Johnston-, eso déjelo de mi cuenta. En cuanto cuelgue telefonaré al Prelado de la Obra. Le pediré que le releve de todos sus encargos. Me debe muchos favores. Además, si hace falta haré las donaciones que hagan falta, pero es usted y sólo usted el que quiero que sea el director del equipo.

-Vamos a ver, ¿y exactamente qué es lo que pretende?

-Pues pretendo crear un pequeño estado que sea una teocracia, un estado confesional. Será una pequeña nación de hombres religiosos, de hombres temerosos de Dios. Vamos a crear desde cero una nación según los Mandamientos de la Ley de Dios, con familias voluntarias, muy escogidas. Podemos empezar con mil o dos mil personas. Desconozco cuantos se agregaran a este proyecto, pero por supuesto no le quepa la menor duda de que lo financiaré con generosidad.

-Mire creo que es una locura. Yo... francamente, no veo que esto pueda funcionar.

-Tranquilo, pida permiso a sus superiores para trasladarse hasta aquí y lo

hablamos tranquilamente durante un par de días.

-¿Dónde se encuentra ahora?

-En mi casa de Seattle. Mi secretaria ya ha mirado todos los vuelos: sale un avión de Buenos Aires directo a Los Ángeles dentro de hora y media. En el aeropuerto le esperaría mi avión particular para traerlo aquí.

-Mire, lo siento mucho, pero mi opinión es que esta empresa en la que se va a embarcar no tiene ningún futuro. Es más, insisto en que es una locura que no puede resultar.

-Mire usted, voy a financiar este proyecto. ¿Me entiende? Voy a financiar generosamente este proyecto. Si no es usted el que lo dirige, será otro. No dude de que alguien querrá aceptar esta tarea. Es más, estese seguro de que hay miles de personas que saltarían como locos por ser ellos a los que les hiciera el encargo que le estoy haciendo ahora mismo. ¡Pero quiero que sea usted! No obstante, si no es usted será otro. No dude de que alguien tomará las riendas del asunto.

Aquella tarde el sacerdote estaba volando hacia Seattle. Con las cuatro cosas que le había dado tiempo a meter en una pequeña maleta de mano. Con esa maleta y lleno de dudas, sus superiores habían consultado al más alto nivel dentro de la prelatura. Es más, mientras volaba hacia Seattle las consultas continuaban y, en vuelo, su teléfono sonó un par de veces. Sus superiores lo veían claro, Scalfaro debía dirigirse allí, al menos para enterarse bien de lo que pretendía aquel hombre, ésa fue la resolución final que se tomó ese día y así se le dijo. Scalfaro no se resistió, llegó a Los Ángeles a las 18:21. Tres personas elegantes se le presentaron en cuanto puso un pie en la terminal. Una aeronave particular le esperaba para llevarle a Seattle.

Aquella noche, antes de retirarse a su habitación a dormir, Scalfaro estaba sentado en el despacho de Johnston escuchando al millonario y discutiendo el

proyecto. El magnate con ojos muy abiertos y los codos apoyados sobre la mesa le dijo rebosante de seguridad:

-Mi fortuna como bien sabrá hasta por las revistas no especializadas está valorada en 130 billones. Estoy dispuesto a emplear cinco billones en este proyecto. Medio billón por año. Pero si hace falta, si hiciera falta, estoy dispuesto incluso a ser más generoso –el sexagenario se sirvió un poco de zumo natural de una gran jarra de cristal que siempre tenía sobre la mesa-. Si le doy mi palabra de que financiaré este plan, lo haré. No me voy a echar para atrás a la mitad –después de una pausa, con aire pícaro añadió-: Aunque tampoco abuse y me exprima demasiado.

-Pero...

-Yo no tengo descendencia por la que preocuparme. Ésta es la ilusión que tengo para el final de mi vida.

-Mire, señor Johnston...

-¿Es que me va a privar de esta ilusión, una ilusión que es buena y recta?

-Déjeme, hablar.

-No, no le dejo. Si me quisiera gastar ese dinero en levantar un complejo hotelero, nadie me pondría problemas. No me pondrían inconvenientes, ni aunque quisiera construir un casino.

-Es una cuestión de realismo.

-Está usted hablando con Fitzgerald Christopher Johnston. ¿Cree que me puede dar lecciones de realismo?

-¿Y dónde piensa levantar su pequeña nación?

-Por supuesto que ningún país nos va a ceder parte de su territorio. Aunque no sería difícil comprar una vasta extensión de terreno a alguna nación del tercer mundo. Hay países sumidos en la pobreza más asfixiante que tienen gobiernos corruptos. Pero el problema es que por más que les exigiéramos acuerdos firmados o leyes especiales, al final se pueden echar atrás, aunque hayan pasado veinte o treinta años. Lo malo de pactar con corruptos es que no tienes garantías.

-¿Entonces?

-Entonces construiremos una gran plataforma en aguas internacionales de algún mar poco profundo. Una plataforma ampliable.

-Saldrá caro.

-Sí, me costará más que pagar el terreno en tierra firme a alguno de esos presidentes corruptos. Pero vale la pena. El terreno será nuestro. Nuestro y de nadie más. Independencia total.

Los dos siguieron charlando durante una hora en aquel despacho de estética tecno. Visto desde el techo, el negro del traje del sacerdote contrastaba en aquel suelo de alabastro. Todo el suelo era de una sola pieza, un suelo de piedra artificial sin juntas, ni piezas ensambladas. Las manos morenas del sacerdote reposaban sobre el cuero blanco del sillón. El único toque de color chillón en ese despacho era una cascada de hiedras verdísimas que caían desde una maceta de porcelana, y cuyas hojas eran un chillido de color sobre la mesa imponente de un Johnston vestido informal y que vestido en tonos blancos hacía juego con su despacho. Detrás del dueño de la casa, el ventanal apaisado a través del cual se divisaban la casi totalidad de las cien hectáreas de bosque de su propiedad.

-Usted –continuó el magnate poniendo con unas pinzas de plata dos cubitos de hielo en su vaso de grueso cristal-, me informará de la marcha del proyecto cada semana. Tengo muchos negocios que despachar, pero dedicaré una hora a la semana a este asunto. Usted me pondrá al día y me consultará los asuntos más relevantes. Yo tendré la última palabra sobre todo el proyecto. Aunque en la práctica usted estará a pie de obra y decidirá lo grande y lo pequeño. Yo no dispongo de tiempo. Debo dedicarme a mis negocios. Mis industrias no se cuidan solas. Pero cada semana pienso dedicar, como le he dicho, una hora. Lo más importante lo decidiremos en esas reuniones, lo demás lo dejo a su buen criterio. Yo no puedo estar en todo. Usted presénteme esa pequeña sociedad dentro de dos o tres años, y ya está.

Scalfaro de nuevo iba a presentar una objeción a la totalidad del proyecto, pero Johnston le cortó antes de empezar, diciéndole:

-¡Me alegra que tenga tantas renuncias a mi proyecto! De ningún modo puedo colocar al frente de todo esto a alguien que arda de entusiasmo y se muera de deseos de llevarlo a cabo. No puedo poner al frente del equipo a algún iluminado, o a algún soñador fantasioso. Necesito en la cúpula a un hombre con los pies en la tierra. El sueño, digámoslo así, lo pongo yo. Usted se encarga de ser realista. Usted se encarga de materializarlo. Puede parecerle una paradoja el hecho de que sea usted, tan poco ilusionado, el que sea al que se encomienda esto, pero así estoy más seguro de que este sueño se hará realidad. Los idealistas debemos encargar nuestros sueños a hombres ajenos a todo sueño. Si un idealista se apoya en otro idealista, todo se viene abajo. Aunque a decir verdad, yo mismo soy un hombre práctico, un empresario, pero no tengo tiempo de encargarme de esto.

Cambiamos de tema. Ya le he dicho que le proporcionaré medio billón de dólares al año. Aunque, una vez que tengamos un proyecto concreto, un proyecto sobre el papel, me encargaré de invitar a mis amigos a colaborar para lograr una más abundante financiación. Si me muevo, podemos esperar donaciones generosas. No obstante, por el momento presupueste sólo de acuerdo a la cantidad que le he mencionado, la que yo le daré. Aquí tiene mi teléfono directo, y éste es el número de la cuenta de donde ya desde hoy puede sacar los fondos que precise. De momento he ingresado en ese número de cuenta quinientos millones de dólares. En los próximos días haré nuevas entregas.

Cada vez que necesite de asesoría jurídica, o de nombres de empresas para ejecutar algún paso del proyecto, o de consejos para cuestiones logísticas, lo que sea, llame a mi secretario Januzs. Él le pondrá en contacto con todos servicios de

mis empresas. Y si algo no tenemos le daremos los nombres de las empresas que dispongan de esos servicios.

Quiero insistirle en que dedicaré una hora a la semana a esto. Ni un minuto más. Lo más importante que me haya de comentar hágalo en esa hora. El resto de la semana es usted el que ha de decidir. No quiero que me llame para asuntos menores. ¿Entendido? Cuando delego, delego.



Un mes después Scalfaro entró en el despacho que se le había asignado en Los Ángeles para dirigir la realización de aquella magna empresa. El sacerdote ya estaba dedicado en exclusiva a sacar adelante este proyecto. Había obtenido una entrevista con el mismo Prelado del Opus Dei y, aunque con dudas, le había recomendado que aceptara el encargo. También le pidió que no le anduviera consultando cómo llevar adelante la empresa. Si la cosa salía mal, no deseaba que pareciera que aquello había sido una obra llevada a cabo por la Obra. El había recibido el encargo y él debía llevarlo a cabo.

-No me complace para nada el que nosotros estemos en medio de este asunto – le repitió el Prelado-. Pero hay que reconocer que lo que él le dijo es verdad: o lo lleva a cabo usted, o lo realizará otro. Así que es mejor que sea usted.

Scalfaro le comentó la intención que tenía de formar un grupo de consejeros que le ayudasen en el diseño teórico del nuevo estado. De momento, antes de entrar en cuestiones materiales, había que hacer un diseño teórico de esa sociedad. Y para eso era muy conveniente escuchar muchas opiniones y contrastarlas, necesitaba un grupo de consejeros. El Prelado le aconsejó que no formara el grupo sólo con miembros del Opus Dei, sino que formara un grupo abierto a otras formas de pensar.

-Involucremos a otros en esta empresa –le dijo el Prelado-. Eso será bueno incluso en el caso de que haya que repartir responsabilidades. Si las cosas salen mal, no quiero que seamos nosotros los únicos que llevemos el peso de toda esta carga sobre nuestros hombros.

-Muy bien.

Scalfaro se puso manos a la obra de inmediato. Se pasó un par de días al teléfono, pero al quinto día ya tenía el Consejo formado. Ocho catedráticos, tres de ellos miembros del Opus Dei, dos religiosos legionarios de Cristo, un jesuita, un dominico y dos franciscanos. Todos ellos prestigiosos profesores en distintas universidades esparcidas por el mundo. Los dos franciscanos se retiraron del proyecto un mes después por indicación de sus superiores.

El Consejo Directivo, como se denominó con el tiempo a ese grupo, recibió el encargo de Scalfaro de que cada uno se tomara una semana para poner fin a los compromisos que cada uno tuviera adquiridos antes de ser llamados para el proyecto. Esa semana también serviría para reflexionar cada uno por separado acerca de cómo organizar y crear de la nada una nación. Al cabo de una semana se reunirían y deliberarían entre sí. La oficina de Scalfaro en Los Ángeles era a partir de ese momento el cuartel general alrededor del cual se irían habilitando nuevas oficinas conforme el desarrollo del proyecto lo requiriese. Para el 8 de febrero, dijo Scalfaro, os quiero a todos instalados en vuestras residencias de West Palm Beach, vamos a comenzar a trabajar en serio y a toda máquina desde el primer día. El señor Johnston quiere ver el estado estando vivo. No quiere que sea una realidad veinte años después de su muerte.



El 8 de enero temprano por la mañana, ya tenía Scalfaro sobre su mesa el informe de la más prestigiosa firma de abogados de Los Ángeles. Dos elegantes abogadas del bufete, ya entradas en años, le explicaban:

-Padre, los detalles los encontrará en este informe. Así como todos los tratados internacionales acerca del tema sobre el que nos pidió el trabajo. Las referencias y fuentes aparecen citadas con el Sistema Manhein de citación de textos legales. El resumen de todo es lo que sigue: Las aguas internacionales, es decir aquellas que van más allá de las 200 millas, de acuerdo a la convención internacional del 30 de abril de 1982, no son propiedad de nadie. Lo que hay en las aguas internacionales no pertenece a nadie. Tengo entendido, según me dijo, que la construcción de esa plataforma artificial íntegramente la costeará el señor Johnston, por lo menos de momento. ¿No es así?

-Sí.

-Pues bien, la plataforma será propiedad suya o de aquél a quien la done. Se equipara a un barco en aguas internacionales. Un barco o un avión aunque se hallen en aguas internacionales están sujetos a la jurisdicción del país bajo cuyo pabellón navegan o vuelan. Ahora bien, si un barco retira la bandera y destruye los papeles que acreditan su pertenencia jurídica a una determinada nación, entonces ese barco se convierte en un barco apátrida. Eso significa que ninguna nación amparará sus derechos. Si esa plataforma es cedida con un acto de compraventa a sus propios habitantes o a sus representantes, entonces la plataforma pasará a ser una propiedad de ellos. Si ellos no están erigidos en ningún tipo de figura legal sometida a algún tipo de jurisdicción de alguna nación, entonces esa plataforma será, según el derecho internacional, completamente apátrida. Eso tiene la ventaja de no estar sometido a nadie, pero la desventaja de no estar amparado por nadie.

-Este tipo de miniterritorios soberanos –intervino la otra abogada- son relativamente comunes. Ahora mismo hay unos 500 en el mundo. La mayor parte no cuentan ni con un centenar de personas. Normalmente se crean como ficción jurídica para evadir impuestos. Otras veces se han instalado justo a un par de millas de los límites marinos de la territorialidad, para así poder instalar algún tipo de empresa o negocio que escape a algún tipo de legislación. Otras veces se han creado como enclaves para la práctica de experimentos médicos y biológicos penados por algunas legislaciones.

En cualquier caso, el tema de los Estados Marítimos es un asunto muy debatido entre Estados Unidos y Europa. Siempre dicen que hay que llegar a algún tipo de consenso internacional, pero al final no hacen nada. Hasta ahora no ha habido acuerdo para poner coto a la creación de nuevos estados, porque a la industria norteamericana no le interesaba. Además, a los grandes bancos les interesa crear sus propios paraísos fiscales. De ahí que sigamos con la ley de 1982.

Por otra parte, no han cambiado el actual status, porque saben que un reparto de las aguas internacionales significaría que cada país con costas, por pobre que sea, tendría derecho a un pedazo de la tarta de esa inmensa superficie de aguas. Mientras ese derecho internacional consensuado sobre el tema llega, las grandes naciones saben que pueden moverse como Pedro por su casa en esa inmensa superficie del globo. El paso de portaviones, de material bélico, de mercancías es completamente libre. Un reparto de las aguas acabaría con el libre tránsito de las grandes potencias. Así que ni se vislumbra que la situación cambie.

En cualquier caso, si la situación algún día cambiara sólo afectaría a los estados que se crearan a partir de la firma de ese acuerdo internacional, no a los que ya existieran antes. Ya que los microestados creados hasta el momento se han fundado con un escrupuloso respeto a los tratados que regulan el Derecho Internacional.

-Muy bien, me alegro de que no haya nubarrones jurídicos –dijo para acabar el sacerdote-. Pues nada, les consultaré cualquier otro tipo de duda –dijo levantándose de su asiento, todavía le quedaban cuatro horas de citas aquella mañana.

Dos horas después, en el despacho del padre Scalfaro entraban los cinco expertos en oceanografía geológica.

-Bueno, ¿y ya han pensado bien las opciones acerca de dónde colocar la plataforma? –preguntó Scalfaro.

-Sí, aquí tiene el informe final.

-El señor Johnston –dijo mientras lo leía-, sabe que tiene que construirla en aguas poco profundas. Pero al mismo tiempo tengo que hacer que le entre en la cabeza, que esas aguas no están por todas partes –siguió leyendo en silencio-. Ya veo que la profundidad media del Océano Índico es de 4210 metros.

-Nos imaginamos que el señor Johnston no quiere pagar unos pilares de cuatro kilómetros cada uno.

-No, no, claro está. ¿Y cerca del continente europeo no hay nada?

-Que estén libres, no. Hay en el Mar Noruego una zona de plataforma continental que se haya en aguas internacionales. Pero estamos hablando de una profundidad que va de los 1600 a los 1750 metros.

-Vaya.

-Es una pena también que no podamos construir nada en el Estrecho de Baas en el Océano Pacífico. Tiene una profundidad media ese estrecho de cincuenta metros.

-Pues sí. Qué pena.

-Pero no pasa nada. Hay muchas posibilidades.

Acto seguido se pusieron a ponderar las ventajas de cada una de las zonas orográficas que ellos sugerían. La reunión duró una hora y media. Pero al acabar, el informe final para Johnston ya estaba listo y sólo faltaba darle la redacción final.



Un año después se colocaban los primeros pilares del nuevo Estado. El lugar elegido para el emplazamiento era el mar de Tasmania, en el Océano Pacífico, a dos mil millas de la costa australiana. En aquellas aguas internacionales, en un mar poco profundo, se colocaron los formidables pilares sobre la que se construiría la gran plataforma. El terreno que se colocara sobre la plataforma se constituiría como completamente independiente y soberano.

La estructura sobre el mar había sido erigida a un ritmo inmejorable. Se trataba de una plataforma como las de las prospecciones petrolíferas, sólo que colosal. Una plataforma de cuatro kilómetros cuadrados. Se consideraba que iría siendo ampliada con el tiempo, pero se comenzaría con esa superficie.

190 pilares dignos de los Gigantes de la mitología griega sostenían una superficie edificable de 1128 metros cuadrados. No toda la superficie de la plataforma era edificable. Sólo se podían levantar edificios en las partes designadas para ello, allí donde los pilares estaban pensados para ello. El resto de la superficie era césped y palmeras. La plataforma ostentaba en su centro una gran montaña artificial. La montaña por dentro estaba pensada como una estructura arquitectónica habitable. Por fuera la montaña mostraba verdes laderas y grandes masas rocosas. Masas rocosas de materiales artificiales y huecas por dentro. La gran montaña ocuparía una tercera parte de la superficie de ese nuevo territorio. Una prominencia orográfica rodeada de verdes llanuras. La isla artificial contaría con un río, un helipuerto, terrenos cultivables, un puerto y hasta tres playas artificiales, y una central atómica con dos núcleos que constituirían el verdadero corazón del nuevo Estado en construcción. Los dos núcleos de la central nuclear proporcionarían una abundantísima

cantidad de energía, que permitiría la evaporación de cantidades ingentes de agua salada para un suministro muy generoso de agua dulce.

La campaña de propaganda de Johnston había surtido su efecto y miles de familias de todo el mundo imbuidas del ideal de crear una sociedad religiosa escribieron solicitando un lugar en aquella utopía del Pacífico. El Consejo de asesores de Scalfaro había creado la Oficina de Selección, la PSB, People Selection Bureau. Esa oficina se encargaba de escoger las personas y familias más interesantes. Todos debían ir movidos por el único deseo de participar en la creación de una nueva sociedad enteramente cristiana. Pero toda aquella familia que fuera sospechosa del más leve desequilibrio psicológico en alguno de sus miembros, toda aquella familia que fuera sospechosa de algún tipo de iluminismo, o de extrañas ideas políticas, quedaba automáticamente excluida de las listas.

Como es lógico una campaña como la que se hizo para buscar familias que poblaran el nuevo proyecto era como la miel que atraía a un tropel de visionarios, iluminados y chiflados. Todos estos quedaban filtrados en los distintos niveles de selección, porque, además, había un campo de alojamiento transitorio en Utah, donde, además de trabajar, convivían todos durante un año entero antes de dirigirse a lo que sería su definitivo asentamiento. Durante esos meses previos convivían bajo la atenta mirada de los supervisores y psicólogos camuflados entre los habitantes del campo. El PSB quería gente idealista, romántica, soñadora, pero no alucinados, ni sujetos problemáticos. Queremos gente en gracia de Dios pero con los pies en el suelo, repetía el director general de la Oficina de Selección, un hombre muy religioso perteneciente a Comunión y Liberación.

Como era de esperar, muchos no obtuvieron jamás el permiso de residencia en la nueva utopía y se quedaron durante años trabajando (como mano de obra barata) en el campo de alojamiento

transitorio, que se gestionaba como una empresa dedicada a productos de limpieza, una división de otra empresa de Johnston. Porque si el Director General de la Oficina de Selección tenía su lema, también lo tenía el Director de la Oficina Contable: *el que no trabaja que no coma*. Este lema lo llevaba a rajatabla, pues quería que el proyecto entero se pudiera autofinanciar en el menor número de años posible, una vez que se terminara la construcción de las plataformas.

El Consejo Directivo dejó para el final la resolución definitiva del modelo teórico que regiría el funcionamiento constitucional del nuevo Estado. Ese asunto era el que más problemas podía plantear para el futuro y por lo tanto no convenía precipitarse sino irlo madurando a lo largo de toda la puesta a punto del proyecto. Lo primero de todo, era pensar cual sería la fuente de ingresos económicos para la nueva nación. Johnston no sería eterno, y aunque lo fuera, aquel país debía ser autónomo. Ni el Consejo Directivo, ni Johnston, deseaban crear una especie de feudo personal.

En seguida hubo una cierta unanimidad sobre hacia donde encauzar las actividades económicas de las familias que se iban a trasladar. La nueva nación comenzaría como una empresa de mil trabajadores dedicada a la artesanía de material artístico religioso. La idea era que esa empresa fuera creciendo en volumen de facturación, lo cual generaría demanda de puestos de trabajo. La compañía se emprendería centrada en pintura religiosa, escultura y orfebrería. Poco a poco iría diversificando sus ámbitos de trabajo. Al principio, la empresa y el Estado formarían una cierta unidad, sino de derecho al menos de hecho. Pero con el tiempo la población iría abriendo nuevos campos económicos ajenos totalmente al control y protección del Estado.

Mientras llegaba el momento de poder inaugurar la nación, las solicitudes de incorporación se iban estudiando y aceptando, incorporándolas también como

mano de obra para su construcción. De los cinco mil obreros que construían la plataforma, ochocientos serían futuros habitantes de la nación. En los siguientes meses, nuevos contingentes de futuros habitantes fueron engrosando el número de obreros. Los pilares se erguían orgullosos en medio del mar. Gruesos e imponentes, algunos de ellos contaban con un diámetro de cien metros. Algunos de esos pilares ya estaban comenzando a ser unidos con los contiguos, coronados por formidables estructuras metálicas. Estructuras sobre las que se erguían un sinnúmero de grúas. Sobre el color grisáceo de las vigas metálicas, sobrevolaban grandes y pequeños dirigibles. Aquellas esferas de helio suspendidas en el aire sostenían elementos, e iban y venían con materiales. Cada esfera-dirigible que se movía por el aire, además de los grandes números que la identificaban, estaba pintada con las usuales rayas amarillas y negras de los vehículos terrestres. A nivel del mar, grandes barcos-plataforma servían de centro de operaciones para la construcción. Unos ochenta barcos de distinto tonelaje rodeaban la estructura metálica que mes tras mes crecía, se elevaba e iba tomando forma.

Johnston hizo un par de viajes relámpago en los meses siguientes. Con dos días de antelación avisaba de que iba a ir a ver como marchaban las cosas. Tomaba asiento en su imponente helicóptero a reacción y se presentaba allí vestido de cualquier manera, con un refresco de cola en la mano, y un sombrero de paja sobre la cabeza. Daba unos cuantos golpes al suelo con su pie derecho, como para comprobar su solidez, quizá como una necesidad psicológica de demostrarse a sí mismo que su sueño se iba materializando. Y tras eso, manifestaba su deseo de pasar revista a todas las instalaciones. Pasaba revista durante menos de una hora, después se cansaba, tomaba un almuerzo ligero con todos, y se marchaba.

Un año y medio después, la isla iba siendo ya una realidad y no un proyecto. Ya tenía nombre: Nueva Brunswick. Ése era el

nombre de la nueva nación del Pacífico, de la nueva cristiandad del hemisferio sur.

El estado tendría que haberse llamado Neodén, que era el nombre que les gustaba a todos. Procedía de la unión de *neo* + *Edén*. Pero descubrieron que existía una empresa que tenía el mismo nombre. El resto de nombres como Edenia y similares también estaban cogidos. El millonario se enfadó y dijo que si no se llamaba Nueva Brunswick, se llamaría Nueva Brunswick. Qué razones pulularon por su mente para mantener tal decisión con una invencible tozudez, es algo desconocido. Alguna razón sentimental ligada a su infancia, motivó que él quisiera honrar a la ciudad del mismo nombre que radica en Nueva Jersey. Así que después de intentar cambiar su idea durante un modo razonable, sus colaboradores tuvieron que dejar este tema por imposible. Para distinguirla de la ciudad de Estados Unidos, el nombre oficial sería Nueva Brunswick de los Mares del Sur. El nombre le parecía muy poético a Johnston.

Nueva Brunswick de momento seguía presentando todo su perímetro rodeado de grúas, barcos y dirigibles. La isla seguía mostrando un aspecto de gigantesca plataforma petrolífera, pero ya habían comenzado a cubrir 3/5 partes de su superficie con tierra. En el centro de esa isla, la cima de la montaña artificial ya estaba comenzando a ser cubierta de tierra, y eso le confería al conjunto, por primera vez, un aspecto más natural. En un mes, la montaña entera recorrida por senderos estaría cubierta de fino césped y árboles. Aun antes de que se acabara la isla, ya se hallarían medio millar de personas trabajando en la recién estrenada firma de artesanía de arte sacro.

Las cifras iniciales de población se habían disparado. Sólo trabajando en la construcción había ya cinco mil futuros habitantes. Aquel año el millonario Johnston tuvo que desembolsar 250.000 millones de dólares adicionales para crear un pequeño centro agrícola que abasteciera de alimentos a la nueva comunidad. El

Estado ofrecería puestos agrícolas a todos aquellos para los que de momento no hubiera otro puesto de trabajo. Así que de pronto, gracias a la nueva inyección de dinero, la nación era autosuficiente en producción de alimentos.

La idea, le había explicado Scalfaro a Johnston, es que a un habitante de esta nación, en un futuro lejano, si no tiene trabajo, porque hay desempleo, no le podemos dejar en la miseria. Así que si le hemos de ayudar económicamente, mejor que trabaje en algo, no que esté ocioso. De ahí la importancia de una gran extensión de terreno dedicada a la producción agrícola. Si tenemos esa posibilidad, los desempleados podrán trabajar como agricultores. Si hay más desempleo, trabajarán más con sus manos, de un modo más tradicional. Si hay pocos desempleados, usarán más las máquinas. Para los terrenos de producción agrícola, podemos usar el espacio de la estructura bajo la superficie, iluminada con luz artificial. La superficie será como una isla tropical, como un gran parque. Y el nivel inferior puede estar cultivado. Johnston pagó sin rechistar.



El padre Scalfaro estaba reunido con uno de los equipos que había constituido para la creación de Nueva Brunswick. Yale, Oxford, Berkeley, Cambridge y Harvard estaban representados en los cinco catedráticos que ocupaban los sillones y sofás de cuero de aquel salón de grandes alfombras de una casa privada a las afueras de Nueva York. Scalfaro, como siempre, con su clériman negro impecable. El resto vestían desde pantalones de pana, hasta elegantes trajes de sastre.

En el centro una gran mesita baja con té y pastas. Alrededor de ella, un profesor con chaleco a cuadros fumaba en pipa, otro limpiaba cuidadosamente con una

gamuza sus gafas finas y redondas, otro se tumbaba más en su mullida parte del sofá. Pero todos estaban concentrados, embebidos, en el tema que estaban tratando. Y eso que no había ni un solo papel sobre la mesita central. Los papeles, plumas y bolígrafos se habían quedado en otro salón contiguo, donde habían trabajado toda la mañana. Estarían reunidos, en total, dos días. Eran catedráticos de Derecho Constitucional. Magníficos y prestigiosos profesores en sus universidades, reunidos con una tarea: dotar a Nueva Brunswick de un texto constitucional.

Construir un paraíso edénico en el siglo XXII o en cualquier siglo plantea problemas. Problemas logísticos, económicos, de servicios, de Derecho Político. Quizá los problemas teológicos eran los menores. Lo más complicado era cómo organizar políticamente aquella sociedad. Había que organizar un mundo regido por premisas religiosas, pero había que colocar el poder fuera de las manos de aquellas personas encargadas de discernir esas mismas premisas: el clero.

Es decir, había que crear una sociedad al servicio de una Verdad Absoluta, pero había que crearla de manera que esa sociedad quedara fuera del alcance de aquellas mismas personas que iban a ser los jueces únicos del contenido e interpretación de esa Verdad. El clero jamás debía ir más allá de los límites que la Carta Magna les fijase de forma férrea. Sabían que eso no resultaría fácil, pues siempre iba a existir una constante tentación clerocrática. Los distintos elementos de la sociedad debían tener sus campos perfectamente delimitados, aun sabiendo que la vida está llena de intersecciones.

La nación que se iba a crear, podía durar siglos. Ese texto constitucional debía ser un muro invisible pero férreo frente a las ambiciones, frente a las pasiones, las conjuras y las conspiraciones no de la gente sencilla, sino del poder. No es tan sencillo crear un yugo invisible al que uncir los grandes poderes de una nación. El poder puede cabecear con una tremenda fuerza. El

texto podía ser preciso en sus prohibiciones, pero el conspirador buscaría todos los entresijos. Afortunadamente, los que estaban debatiendo en ese salón eran grandes especialistas. Y eran conscientes de que debían hacer bien su trabajo, para que fuera cual fuera el futuro de Nueva Brunswick, los ciudadanos venideros sintiesen admiración por los redactores del texto constitucional. Se trataría de un texto de pocas páginas. Pero si estaba bien erigido el sistema constitucional, se podrían evitar tantos problemas en siglos futuros. Quién sabe cuántos gravísimos problemas se podrían evitar.

A esas horas de la tarde, todavía no habían llenado con sus notas páginas y páginas de papel. Habían consumido bastantes tazas de café, pero todavía seguían inmersos en una interminable lluvia de ideas acerca de los fundamentos esenciales de la futura constitución. La fundación creadora de Nueva Brunswick les pagaba bien su trabajo, pero ellos trabajan suficientemente incentivados por el entusiasmo ante la operación de ingeniería genética que estaban realizando. Los genes que contenían el desarrollo constitucional de las futuras generaciones de Nueva Brunswick, se discutían allí con la seriedad de los que sabían que una decisión tomada en ese salón tendría indudables consecuencias en la futura historia de ese estado aun inexistente. Todo estaría contenido en aquel texto que ellos producirían, miles de hombres tendrían que moverse por aquellos senderos que ellos les delimitarían.

La verdad es que actuaban concienzudamente. Las brillantes mentes allí reunidas y dedicadas a la docencia del Derecho Constitucional, sabían que un asunto tan delicado no podían dejarlo en manos del Pueblo. Al Pueblo le dejaban la libertad, pero los caminos para defender esa libertad no los abandonaban a su suerte. El trazado de los caminos para defender la libertad siempre han sido delegados a una minoría, a una élite que escribe con matices. Las masas escriben con el corazón.

Las masas son buenas para lanzarse en masa hacia una trinchera, o para tomar el Palacio de Invierno de San Petesburgo, o la Bastilla. Pero una masa incontrolada, abandonada a sus propios impulsos, nunca te levanta un palacete renacentista o te compone una partitura de Vivaldi. Las masas no escriben textos donde se salvaguarden los derechos y se delinee los campos de los poderes del estado.

Vidas futuras se confiaban a los bien delimitados caminos de ese texto. Estaba claro que no se podía dejar el futuro lejano de Nueva Brunswick en manos de unos miles de recién llegados. Organizar el paraíso es una tarea más propia de ángeles. Además, los paraísos son muy distintos según cada cual. El paraíso de unos es el infierno de otros. En ese salón estaban para organizar un paraíso para todos. Materializar el paraíso levantando pilares de acero había sido más fácil, que materializarlo en un texto de Derecho.

Los profesores intervenían de un modo relajado, entre sonrisas, interviniendo cada uno en el momento en que se creía que algo merecía bien una puntualización, bien la expresión de una opinión completamente divergente. Scalfaro no tuvo que poner orden ni una sola vez, todo fluía como una charla entre amigos que hablan de pesca.

-Debemos inculcar una política de la diferencia, de la heterogeneidad, el gusto por la diversidad. Todo debía estar permitido mientras no contraviniera expresamente la Ley Natural. Pero es seguro que pronto la sociedad se irá polarizando en grupos.

-Sí, estoy de acuerdo. Los Ritualistas y los Libres, por ejemplo. Sin duda serán grupos así. Unos más flexibles y otros más estrictos. No hace falta ser un profeta para entrever que en un grupo como ése, se dará una lucha por la más rigurosa ortodoxia. Y seguro que en medio de ese afán por la ortodoxia, aparecerá otro grupo más proclive al ecumenismo, o a la amplitud de costumbres.

-Sin duda, sin duda. En los Libres, llamémoslos así, radicará la semilla de la

secularización de ese mundo, de la progresiva pérdida de la identidad de esa sociedad. En la derecha ortodoxa estarán guardados los fantasmas del fanatismo más opresivo, el cese abrupto de todo el complejo sistema de libertades y derechos del que ahora les queremos dotar.

-Yo tengo una moderada confianza de que la moderación de las masas sea la que contenga las opciones más extremas. ¿No?

-Evidentemente. Ellas, las masas populares, son las únicas que pueden imprimir a todo el devenir de esa pequeña y singular democracia el encanto y agradable toque del término medio.

-Bien, creo que estamos de acuerdo entonces en que lo mejor es que el sistema político sea el de la pentarquía.

-Sí.

-Ciertamente.

Todos estuvieron de acuerdo, así que se pusieron a discutir los detalles. El esquema del poder en la isla sería el siguiente:

Poder Ejecutivo: Es elegido por el Congreso.

Congreso: Sus cien escaños son elegidos por sufragio universal. Representa la voluntad popular.

Senado: Los cincuenta miembros del poder legislativo son vitalicios. Cuando se produce una vacante, el Congreso nombra un senador cuando se pone de acuerdo en un nombre con 2/3 de los votos.

Tribunal Supremo: Sus diez miembros son vitalicios. Cuando se produce una vacante, el Senado nombra un juez cuando se pone de acuerdo en un nombre con 2/3 de los votos.

Cada poder del estado, como se ve, sería completamente independiente. La única cámara que sería elegida por votación popular sería la del Congreso. Pero ellos no podrían votar ninguna ley. Era el Senado el

que podía recibir o redactar propuestas de leyes, y aprobarlas. Lo mismo el Tribunal Supremo, sus miembros eran inamovibles por cualquier otro poder del estado. Sólo el mismo alto tribunal tendría capacidad para cesar a uno de sus miembros.

A estos cuatro poderes, añadieron una institución más: la Censoría. Sus ocho censores no tenían ningún poder, se les consideraba la voz de la autoridad moral. Podían emitir informes sobre cualquier persona, cámara, ley o resolución de cualquier poder del estado, así como de cualquier ciudadano o grupo. Hubo una larga discusión entre el grupo reunido con Scalfaro acerca de si este grupo debía tener algún poder de veto o si todo se debía limitar a su autoridad. Finalmente, se optó por otorgarles sólo autoridad. Pero su labor sería importante, porque si existía, por ejemplo, un debate acerca de si un político había hecho bien o no algo, ellos podían investigar de forma completamente independiente, y determinar si su actuación había sido justa o, por el contrario, censurarle.

Ellos podían, incluso, advertir a la opinión pública de que un determinado programa político, o incluso un candidato, no eran adecuados a los fines fundacionales de esa nación. Si la Censoría se ganaba el prestigio durante generaciones, su voz gozaría de un gran peso. Debía intervenir poco y de un modo completamente no partidista.

De todas maneras, aunque no tuviera poder, sí que su labor era importante en determinados supuestos constitucionales. Ya que su aprobación era necesaria, en el improbable caso de que alguna vez en la Historia hubiera que disolver una cámara por causas de fuerza mayor. En el complejo engranaje de mecanismos para los casos extremos de crisis constitucional, la aprobación de la Censoría era imprescindible.

El modo en el que se escogía a los ocho censores era por un sistema de turnos. Sus funciones eran vitalicias, cuando se producía una vacante ésta era cubierta una

vez por un grupo, la siguiente por otro grupo, por turno. El sistema evitaba cualquier tipo de maquinación política. Los turnos eran los siguientes:

Cinco turnos consecutivos los elegiría el clero de la isla. Tres turnos los elegiría una cámara consecutivamente (una vez el Congreso, otra el Senado, otra el Tribunal Supremo). Dos turnos por cooptación del mismo consejo de censores. Cuatro turnos serían elegidos consecutivamente por la Academia de Ciencias, formada por los más prestigiosos intelectuales de la nueva nación.

El sistema de turnos *ex profeso* había sido pensado para alejar maquinaciones partidistas. De forma que los censores siempre fueran independientes, no dependieran de los votos, y se tratara de personas prestigiosas que pusieran muy alto el nombre del Consejo del que formaban parte.

-Padre Scalfaro.

-¿Sí?

-Se me ha ocurrido una idea... original.

Todos le miraron con curiosidad.

-Verá, ¿y si incluimos una disposición en el texto? La disposición de la inmutabilidad?

-¿Cómo?

-La Carta Magna podría permitir que se cambien las personas y las leyes, pero no los artículos integrantes de la misma Carta.

-Interesante.

-Sí, no se me había ocurrido.

-¿Hay algún precedente?

-No, no lo hay.

-Considero que sería lo más adecuado dejar fuera de las veleidades populares, las normas que constituyen la columna vertebral de la separación de poderes.

-Al fin y al cabo, será una constitución de no más allá de siete u ocho páginas.

-Pero ¿y las situaciones imprevisibles?

-Vamos, Alfred, no me vengas con lo de las situaciones imprevisibles.

-Precisamente si se dan situaciones extremas, razón de más para no cambiar nada en medio de una situación de presión.

-Nunca en la futura historia de Nueva Brunswick, volverán a tener un entorno tan calmado, tan favorable para tomar decisiones objetivas, como el que tenemos ahora.

-Sí, como has dicho: que cambien personas y leyes. Pero la división de poderes, el mecanismo esencial que salvaguarda sus libertades, que ése no se pueda cambiar.

-Debemos proteger la libertad contra el mismo Pueblo. El Pueblo es manejable. Las grandes columnas que sustentan la libertad deben quedar fuera de las manos de la misma voluntad popular.

-Perfectamente de acuerdo. La Libertad debe quedar amparada frente a la dictadura de los votos. A veces, la Libertad debe estar salvaguardada del Pueblo. Es una mera cuestión de tiempo que surja alguien que vea el mecanismo que hemos creado, como un obstáculo, como una limitación, a su capacidad de gobernar. La eterna tentación de saltarse las vallas.

-¿Estáis todos de acuerdo en blindar el mecanismo constitucional?

Todos asintieron.

-Pasemos a otro punto. ¿Cómo elegirá el Congreso al Poder Ejecutivo? Yo propongo que la votación sea secreta y que el mandato sea indefinido. Es decir, mientras mantenga el apoyo del Congreso, que representa la voluntad popular, que continúe en el puesto.



Scalfaro salía del despacho de Johnston. En su mano una carpeta de cuero negro con una copia notarial de cuatro de las cláusulas del testamento del magnate. Las cláusulas referentes al fondo de inversiones que dejaba asignado a Nueva

Brunswick cuando muriera. La fundación creada para la erección del estado seguiría viva durante veinte años después de su muerte. Gestionando un capital destinado a generar una cantidad anual de apoyo al nuevo estado. Durante varios años, la nación neonata tendría que ser apoyada. Sin recursos, cualquier emergencia podría desestabilizarla. Se necesitaba una especie de colchón.

La nación debía vivir de la gran empresa de arte religioso y arte en general que ya llevaba funcionando y creciendo desde la creación del campo provisional de Utah. También habría un consorcio agrícola, de tamaño mediano. Y cinco compañías más de pequeñas dimensiones financieras. El futuro haría que otras empresas surgieran allí y florecieran.

En la carpeta, el sacerdote llevaba el diseño del escudo de Nueva Brunswick. Propiamente hablando, la isla no tendría bandera. La bandera consistiría en el mismo escudo sobre fondo azul. Un fondo azul compuesto por ondas en dos distintas tonalidades azuladas. Junto al diseño del escudo de armas, estaban también los planos de cómo debía organizarse la ampliación física del país en los años futuros. La isla inicial se convertiría en un punto central rodeado de otras islas, unidas unas a otros por puentes. Bajo la constelación de islas, habría un bosque de pilares de distintos tamaños, un bosque sombrío. Pues las islas debían estar elevadas entre nueve y trece metros de altura sobre el nivel de las aguas. Era necesario por una cuestión de seguridad frente a los tsunamis, frente a los buzos que si no se introducirían en la nación amparados por la oscuridad de la noche. Por estas y otras razones, el terreno debía estar elevado sobre el mar.

Toda la isla sería peatonal, así como sus ampliaciones. El transporte se organizaría bajo la superficie de la plataforma. Los planos de cómo organizar el futuro desarrollo del territorio eran preciosos: bosques, núcleos urbanos,

playas, una universidad. ¿Cuánto de todo esto se llegaría a realizar?

La nación comenzaría con una isla con una especie de pequeña población. Pequeño el poblado de casas, pues la mayor parte de las personas vivirían en las estructuras internas de la montaña y de la parte inferior de la plataforma. En superficie sólo habría, de momento, un centenar de idílicas casitas familiares. Un precioso poblado de viviendas blancas de madera como las de Nueva Inglaterra.

Alrededor de esta isla central, se construirían cuatro islas pequeñas. Cada una con unos cuatro mil metros cuadrados de superficie. Si no había contratiempos financieros, el capital de la fundación levantaría una isla más cada tres años. La cuarta isla, algo más extensa, sería la de los edificios institucionales, una pequeña Acrópolis: un monte verde con cipreses, donde se levantarían cinco temples griegos. Construcciones de mármol blanco y techo de teja roja, con sus frisos y sus columnatas. Sólo cinco edificios en la isla: el Congreso, el Senado, el Tribunal Supremo, la Censoría y la residencia y lugar de trabajo del gobernador de la isla.

El estado era tan pequeño que todos los consultados habían preferido que el título que ostentase fuese el de gobernador, y no el de presidente o primer ministro. Gobernador no de un monarca, sino del Pueblo Soberano.

La isla de los cinco edificios de las instituciones sería pequeña, pero estaría dotada de una pura e irresistible belleza griega. Cada año, en esa isla, se alzaría una columna con la estatua de un ciudadano, o algún tipo de monumento similar. Aunque para esto todavía quedaba mucho tiempo. De momento, todas las instituciones públicas debían compartir y usar por turnos las salas del Edificio de la Gobernación. Con el pasar de los años y sin prisas, las cinco construcciones institucionales se erigirían en la pequeña acrópolis. Cada templo debía tener unos doce metros de altura, pues debía incluir no sólo la cámara de sesiones, sino también oficinas, salas de

reuniones y archivos. Pero para todo este proyecto no había calendario. Se construiría en la medida del presupuesto del que se dispusiese.

Una razón poderosa para hacer tan hermosa la pequeña acrópolis era que la isla con el tiempo, sin duda, se convertiría en un destino turístico. Por eso ésta última cuarta isla alrededor de la isla central, se levantaría la última. Se consideraba que cuanto más se consolidase el país, más voluminoso sería su presupuesto anual. Así que esa parte sería dejada para el final. Cada uno de los cinco templetes debía ser realmente hermoso. Según el dinero que entrara en el estado, las fases se acortarían en el tiempo o se alargarían.

Johnston estaba encantado. Se sentía orgulloso de Scalfaro.

-Cuando yo elijo a alguien –le comentó-, sé muy bien por qué lo elijo.

Lo único que el anciano le pedía, le suplicaba, e incluso se lo dijo cogiéndole de la manga del brazo, era que él pudiera ver todo eso, la primera fase de todo lo que aparecía en los proyectos.

-No quiero que sea una realidad veinte años después de mi muerte. ¡Quiero verlo con mis propios ojos!

La primera noche que Scalfaro habló con Johnston, la noche en que le hizo venir a toda velocidad desde Argentina, pensó que un anciano siempre ve las cosas peor de lo que están. Se mira al mundo con la falta de optimismo que tienen los ojos del que ya se va despidiendo de la vida. Pero los años siguientes le demostraron que crear esa burbuja podía ser mucho más razonable de lo que pensaba. ¿Qué sucedería si había una guerra atómica y la mayoría de la gente desaparecería? Tal vez esa burbuja estaba llamada a repoblar la tierra. Repoblar la tierra entera... Puede que lo que, en principio, le parecía un proyecto pequeño, supusiera un cambio radical de la historia de la humanidad.



Scalfaro todavía tuvo que regresar a Seattle muchas veces más. Hubo que decidir a quién entregaban la defensa de la isla. La nación contaría con fuerzas policiales mínimas. Pero por grandes que fueran estas fuerzas de seguridad, necesitaban de fuerzas militares que pudieran protegerles en caso de un ataque armado de proporciones mayores. Desde que habían aparecido un buen número de microestados, había florecido la piratería en las aguas internacionales. Piratería organizada que podía atacar uno de esos pequeños países marinos, cortar todas sus comunicaciones, y desvalijarlo durante un par de días, con toda tranquilidad. Se trataba de pequeños ejércitos de doscientas o trescientas personas. Ex mercenarios con material pesado. Los grandes países terrestres continentales no querían saber nada de esos microestados creados para evadir impuestos. Así que había que contratar la defensa a alguna compañía.

Existían compañías que se encargaban de proteger a varios microestados, empresas y mercantes. No cobraban poco. Pero si un estado mandaba una señal de alarma, sus fuerzas se dirigían a toda velocidad a neutralizar al atacante. Se optó por una empresa australiana. En caso de necesidad, sus cazas llegarían en veinte minutos a Nueva Brunswick. Las fuerzas aerotransportadas tardarían algo más de media hora. Pero se podía tener la seguridad de que cualquier atacante sería neutralizado en un plazo razonable. Además, las fuerzas policiales con ametralladoras, granadas y pequeños misiles, podían resistir por sus propios medios durante el tiempo necesario para que llegasen los auténticos profesionales.

En la primera fase, siempre se había pensado que Nueva Brunswick comenzaría con mil habitantes. Pero ya se había decidido que se comenzaría con siete mil. Se estimaba que, en los años siguientes, el país alcanzaría los veinte mil habitantes. Y que durante los cuarenta años posteriores se produciría un lento crecimiento

demográfico hasta llegar a una cifra de unos sesenta mil ciudadanos.



El 13 de agosto de 2130, festividad de los santos Ponciano e Hipólito, se consideró oficialmente como primer día del nuevo estado. El sexagenario Johnston de salud cada vez más precaria, se encontraba presente en la ceremonia fundacional de Nueva Brunswick. Los 7.000 habitantes congregados en la explanada habilitada al efecto en un extremo del centro urbano. En el gran estrado de mármol construido, y que quedaría después como memorial, estaban los primeros cincuenta representantes del pueblo, elegidos democráticamente.

La escena que presentaban los congregados sobre el estrado parecía propia de una ópera. Se trataba de una escenografía sobria, pero triunfal, evidentemente. Las elegantes sillas habían sido dispuestas formando tres grupos. En el centro, el magnate fundador rodeado del Consejo Directivo. A la derecha, el Congreso que iba a recibir el poder, cien personas en total. A la izquierda, y como testigos del acto de transferencia del poder, los ocho sacerdotes que conformaban el clero de la pequeña nación. En medio del grupo eclesiásticos, se hallaba el arzobispo primado de Australia sentado en el centro, magnífico con su capa pluvial y su espléndida mitra, con dos diáconos con dalmáticas flanqueándole. En

A las doce del mediodía, con puntualidad exquisita, los tres jueces con los que contaba la nación, dieron comienzo a la ceremonia de transmisión de poderes. Los tres togados tomaron juramentos, y llevaron de un lado a otro la Carta Magna para que la firmaran los que, hasta entonces, habían ostentado el ejercicio de la autoridad en esa isla. En medio de aquella ceremonia llena de pompa, el magnate firmó el documento por el que entregaba la

posesión de la isla a esa colectividad de siete mil personas. Otro documento, una semana antes, había sido firmado ante sus abogados en un despacho de notarios de Los Ángeles. No debía haber ninguna duda acerca de la posesión legal de ese enclave. Si bien, el documento de Los Ángeles especificaba que hasta ese día no se haría efectiva la transmisión de los derechos de propiedad. Legalmente, hasta ese momento, la isla era propiedad de Johnston. El documento que ahora firmaba en la isla era simbólico. El documento de validez legal era el de la firma de notarios californianos.

Los jueces de Nueva Brunswick se movían solemnes, con sus togas negras, con sus pelucas blancas. Johnston había insistido en lo de las pelucas blancas, le hacía ilusión. Se le advirtió acerca del hecho de que estaban en una latitud tropical. Él gritó: *¡pagaré el aire acondicionado, pero los quiero con peluca!* No volvieron a llevar la peluca nunca más. Pero la ceremonia de transmisión de poder se hizo a su gusto. Los tres eran jueces retirados, cada uno de un país. Se les pidió que ayudaran dos o tres años a organizar el sistema judicial de Nueva Brunswick. Hicieron un magnífico trabajo en los años siguientes.

Sólo había habido tres discursos: el de Johnston, el del primer Presidente del Congreso, y el del arzobispo, por ese orden. A cada discurso se le concedió de antemano una duración de ocho minutos. Johnston habló con una admirable cordura. Dijo que él nunca había sido un soñador lunático, y que su única pretensión con aquello había sido no reformar una sociedad, sino crearla desde sus cimientos.

Mientras Johnston hablaba en su estrado, el padre Scalfaro sonreía. Al principio, el millonario apenas si se había inmiscuido en los aspectos concretos del proyecto. Pero en los meses finales, cada vez intervenía más y más. Y cada vez lo hacía en cuestiones más triviales. Jugaba a diseñar parques y plazas sobre la mesa de su despacho de Seattle. Un buen día, en una reunión, se empeñó en que la urbanización

inicial tuviera aspecto de un poblado de puritanos de New Hampshire en el XVIII. Así que la estética de las casas tuvo que ser ésa, justamente ésa y no otra. Otro día se empeñaba en poner una estatua en honor a tal o cual persona en este u otro sitio. Era lógico, aquel era su sueño. Su sueño y no el de otros. Menos mal que el día oficial de la fundación del Estado había llegado para alivio de todos. El Congreso de Nueva Brunswick tenía los plenos poderes que le concedía la Constitución. En las semanas siguientes se procedería a elegir los miembros de las otras dos cámaras. El pueblo de Nueva Brunswick era plenamente soberano. Aunque el Consejo Directivo continuaría constituido un par de años más ejerciendo labores consultivas. Los nueve miembros del Consejo Directivo se reunirían una vez al mes en la oficina de Los Ángeles, para resolver las cuestiones generales o prácticas que le plantearan los ministros del Ejecutivo de la isla. El Consejo Directivo contaba con varios equipos de expertos distribuidos entre West Palm Beach y Seattle.

Scalfaro, durante la ceremonia, pensaba que la isla ya nunca volvería a contar con un grupo de tanto peso académico e intelectual como el que había tenido durante la fundación. En aquel consejo fundador había afamados catedráticos de universidad, prestigiosos escritores, conocidos pensadores. Vuestra Era de Pericles está a punto de concluir, pensó el padre Scalfaro en aquellos momentos, aunque nunca lo dijo a nadie.

Después, la banda de música comenzó a tocar. Johnston y todas las autoridades disfrutaron de un almuerzo oficial.



Al día siguiente, Johnston paseaba por las calles de la nueva ciudad. No pretendía ir de incógnito, pero con sus gafas negras y sombrero blanco, acompañado tan solo de Scalfaro y dos

catedráticos más, intentaba dar un paseo como un ciudadano más. Era un ciudadano más. Eso decía su pasaporte, el nuevo pasaporte del nuevo país. Cuando se lo presentaron en el centro de un gran estuche de cuero, no se sorprendió que tuviera la numeración 000001.

Ahora sólo quería pasear. Disfrutar del pequeño parque que tantas veces había supervisado en los planos.

-Amigos –comentó el millonario atusándose el pañuelo blanco del bolsillo de su camisa-, no saben, no pueden imaginar, ni de lejos, lo que siento. Lo que siento ahora mismo –el millonario sonreía mostrando todos sus dientes perfectos y artificiales-. Ésta era mi ilusión.

Los dos catedráticos sonreían de satisfacción. Era comprensible el orgullo del anciano.

-Ejem –carraspeó uno de los catedráticos-, no una nación, sino que, en cierto modo, yo diría que hemos recreado una nueva cristiandad.

Todos rieron satisfechos. Todos se sentían felices con la idea de haber dado comienzo a algo importante. La vista ante ellos era una delicia. Toda construcción estaba nueva, recién pintado. El césped perfecto. El parque un poco más allá parecía un ensueño tropical. La avenida de palmeras con pequeños establecimientos comerciales a ambos lados se abría ante ellos. El futuro se abría ante aquel país. El optimismo reinaba. No empieza todos los días la historia de una nación.

-Lamento que no viviré muchos decenios más para contemplar el desarrollo de mi obra –comentó Johnston.

Todos protestaron ante estas palabras, como se suele hacer en estos casos. Aunque a todos la palabra *decenios* les pareció, efectivamente, inasequible. Pero cuando un anciano dice que ya no vivirá muchos años para ver algo, los presentes siempre rechazan estas palabras como si se hubiera dicho algo sin ton ni son. Aunque pocas veces suele haber un pensamiento tan sensato como ése. Aun así, el anciano continuó:

-Pero si viviera os aseguro que si se prolongase mucho mi vida, no interferiría en la evolución de este nuevo Estado. Aunque eso sí, pasaría largas temporadas aquí. Sí, ciertamente, en una casita soleada con una buena vista.

-No creo que fuera difícil convencer al Congreso de que le concediera la casa con la mejor vista de la isla –bromeó Scalfaro.

-Una casita soleada, cuidando de mis pájaros... y de mis hortensias –suspiró como si ya entreviera su fin cercano-. En fin...

Uno de los acompañantes pensó en hacer un comentario alentador acerca de la salud de aquel hombre de negocios. Pero el hombre de negocios no le dio tiempo pues continuó hablando, pero lo hizo en un tono mucho más serio:

-Confío en que se me dé cristiana sepultura en el centro de la iglesia de los Santos Ángeles.

Es propio de algunos ancianos recordar a sus colaboradores los detalles de su testamento. Últimamente, el magnate estaba haciendo de esto una de sus actividades preferidas. Después que le ofrecieron todo tipo de seguridades, añadió:

-Colocareis una losa de piedra, ¡grande!, e inscribiréis en ella:

**FITZGERALD·CHRISTOPHER
JOHNSTON
AQUI YACEN LOS RESTOS DEL
FUNDADOR DE NEODEN.
HOMBRE CRISTIANO,
AUTENTICO CREYENTE.
MURIÓ EN LA FE DEL SEÑOR**

El millonario profirió la inscripción como si la estuviera leyendo ya con sus propios ojos, pronunciaba las palabras de la losa casi acariciándola con sus manos. Cada palabra con tanta contundencia, como si su lengua fuera un cincel que esculpiera en el aire.

-Deseo –añadió después de una pausa- que siempre haya junto al sepulcro rosas frescas. Rojas. Que se cultiven en la

isla. Un cirio lucirá siempre encendido justo encima de la losa. Y que se celebren misas por mi alma mientras la isla subsista.

El anciano hablaba como vislumbrando el futuro con sus ojos nublados, parecía otear una llanura lejana de siglos futuros. Los circunstantes recibieron con satisfacción el silencio del anciano. Por un momento temieron que la lista de caprichos funerarios no conociera fin

-Sé lo que estáis pensando –añadió al volver en sí el millonario-. Sois unos rufianes –pero lo dijo sin acritud, casi con una sonrisa-. Unas flores, unas velas y una losa no es tanto.



Hoy ha nacido un niño en Nueva Brunswick, es el primer niño nacido en esta tierra. El 2 de septiembre de 2130 nació el primer ciudadano cuya historia estará vinculada desde su primer día a esta tierra que hemos levantado entre todos.

Hoy nacido un niño en Nueva Brunswick. No es un niño cualquiera. Hoy es el 15 de marzo de 2202. Han transcurrido ya sesenta y dos años desde el día considerado como Día de la Fundación. Este niño es la tercera generación nacida sobre esta tierra. El primer nacido cuyos padres, abuelos y bisabuelos nacieron sobre este país.

Parte II

El cénit de una isla



Aquella noche de la llegada del cardenal, una noche ventosa. Nadie estaba en el helipuerto. Aquella noche todos los accesos a esa parte del aeropuerto, estaban cortados por los servicios de seguridad. Estaban cortados hasta para los mismos trabajadores. Llegaba un cardenal de la Curia Romana. No cualquier cardenal, sino el Cardenal Secretario de Estado del Vaticano. Pero no era por el cardenal por lo que se había organizado todo aquel dispositivo de seguridad. Era por la caja que se descendió de la nave. De hecho las otras cuatro naves que acompañaban a la del cardenal eran naves de escolta, naves cargadas con todo tipo de misiles aire-aire, ya que la aeronave del cardenal debía ser protegida a toda costa. La caja fue descendida bajo los atentos ojos del prelado y el gobernador. Ni sus consejeros, ni los funcionarios de menor rango perdían detalle de aquel momento verdaderamente histórico.

El alto y enjuto cardenal tenía sueño y estaba cansado, detestaba aquel convoy de seguridad que podía atraer la atención de los lugareños. Pero aquel convoy, todas aquellas providencias eran precisas. Los servicios de inteligencia del pequeño Estado les habían enviado mensajes confusos e intranquilizadores. Sus infiltrados en los servicios de inteligencia de los Estados Unidos no acababan de aclararse sobre si ese envío era o no

conocido por algún contacto de la CIA, por eso no podían correr riesgos. Una de las cuestiones para la que no tenían respuesta ni el cardenal, ni el gobernador, es cuánto estaban dispuestos a pagar por el contenido de esa caja marcada con un escueto VA327. Ocho cajas más, sin despertar tanto interés, fueron descendidas de la aeronave.

El cardenal se metió en el coche y desapareció en dirección opuesta a la del convoy, en aquella noche ventosa, deseando cuanto antes dormir.

Deborah con un helado de pistachos, trocitos de fresa y arándanos se sentó en el banco de madera del parque del monte Ararat. Desde allí se contemplaba una vista inigualable de la llanura Yehudah de Nueva Brunswick. Unas cuarenta torres se erguían orgullosas hacia el cielo entre las bandadas de palomas y otros pájaros tropicales que anidaban en ellas. Las torres no eran muy altas, sobresalían veinte o treinta metros por encima de los tejados de la población. Pero eran muy variadas: unas torres estilo *Quattrocento*, otras torres neoclásicas, otras agujas tenían un estilo art decó como una especie de hibridación en miniatura con el Chrysler Building de Nueva York. Era como un bosque de cipreses, un bosquecillo de torres de estilos variados. Todas irguiéndose por encima de los techos de pizarra, tejas, pináculos de cobre ya verdoso que constituían aquel enrevesado centro urbano.

Por en medio de esos cielos en los que se elevaban las torres, un sinfín de pajarillos saltando al vacío, yendo y viniendo. Todo bajo aquella luz del atardecer. Las bases de las torres y el resto de las construcciones se perdían en medio de la fronda del bosque tropical que cubría la llanura. Ecos de lejanas campanas, débiles en la lejanía, llenaban el aire con su música de bronce. Deborah lamía con refinada parsimonia su cornete de helado de vainilla. Su marido, que había venido trayéndole el helado, jugaba con sus hijas cerca de ahí. Delante de sus ojos, junto a la balaustrada de la altura desde donde se divisaba todo aquel espectáculo arquitectónico, un crepúsculo único.

A la plataforma inicial de Nueva Brunswick se la habían añadido posteriores ampliaciones en los decenios siguientes. Los negocios de Nueva Brunswick iban viento en popa. La empresa de arte religioso había incrementado su facturación a un ritmo constante. Muy pronto la compañía facturó más con la venta para todo el mundo de productos no religiosos. Y siguió creciendo y creciendo. Primero se

atrevió con la orfebrería, después abrió una sección de vidrieras, prosiguió con el negocio de la escultura. A esto siguieron añadiéndose un sinfín más de sectores. Al final tenía hasta oficinas de arquitectos diseñando templos de todos los tamaños para todo el mundo. Se comenzó con los templos, pero no se tardó mucho en construir cualquier tipo de edificio. La empresa inicial se había convertido en una multinacional con oficinas en todos los continentes.

El siguiente capítulo de ingresos fue el ámbito de gestión bancaria. Y es que pronto algún tiburón de Wall Street hizo uso de los servicios de una cincuentena de piadosos contables habitantes de aquella comunidad. Las ventajas eran evidentes. No hacían huelgas, además estaban alejados en aquel rincón del mundo de ser tentados de vender algún tipo de información restringida y, por si fuera poco, aquellos hombres eran testarudamente ultra-religiosos y, por tanto, en contrapartida eran insobornables. El tiburón de Wall Street que los descubrió se dio cuenta de esta fórmula matemática:

$$\begin{aligned} \text{puritanismo} &= \text{honradez} \\ \text{puritanismo extremo} &= \text{más honradez} \end{aligned}$$

Era una fórmula matemática (o cuasimatemática) basada en las neutras e irrefutables leyes de la lógica y el buen sentir. La fórmula podía parecer pueril y hasta se le podían buscar infinitas excepciones, pero este tipo de fórmulas infantiles suelen dar resultado. En cualquier caso, a aquel ejecutivo de Manhattan le pareció convincente su propia fórmula, y el manejo de la información más delicada se desvió a través de conexiones de fibra óptica a este equipo de insobornables. En la cúpula del banco se les conoció como los *intocables*. Al cabo de veinte años, el resultado fue tan satisfactorio que los equipos bancarios que tramitaban los números de las cuentas de alto secreto se multiplicaron como una hiedra que crece y

crece verde y lozana. Aproximadamente la isla contaba ya con unas treinta grandes firmas gestionando este tipo de cuentas.

El paso siguiente que tomó el Gobierno de Nueva Brunswick fue no tan solo gestionar las cuentas de otros bancos y agencias financieras, sino crear ellos mismos su propio banco. Un banco dedicado no a las cuentas corrientes, sino únicamente a operaciones financieras. Un banco con sólo medio centenar de sucursales en el mundo. El resultado fue óptimo.

Y no sólo eso, la misma moneda de Nueva Brunswick (el Marco Pacífico, como se la llamó) fue una moneda cada vez más cotizada dada la monolítica estabilidad del país y su ausencia de deseos de aventuras económicas o políticas. El resultado fue que el marco se revalorizaba año tras año con una tenacidad imparable. Ni siquiera las abundantes emisiones de moneda lograban detener esta inexorable revalorización.

El fruto más visible de todos estos éxitos financieros fue la continua ampliación de los territorios de la isla. Las plataformas se agregaban de un modo natural, casi orgánico a la *célula* original. Una isla de casi diez kilómetros cuadrados de superficie se había adosado al plano primitivo de las cinco islas originales. Y un archipiélago artificial de quince islas menores, no unidas por puentes y situadas a algo más distancia, rodeaban las islas centrales de mayor tamaño. Incluso el turismo fue incrementándose año tras año. Aunque el Gobierno orientó esa afluencia de visitantes hacia un turismo que podríamos llamar de peregrinación religiosa: retiros espirituales, cursos de teología y cosas por el estilo.

Algunos se quejaban de que todo esto impregnaba a la isla de un aire marcadamente monacal. Según otros, eso es lo que le daba mayor encanto. Lo cierto es que las vocaciones nativas eran abundantes. Setenta años después de su fundación, el estado contaba ya con doscientos mil habitantes censados, población que permitía

el sostenimiento de las treinta órdenes religiosas radicadas en la isla. Las grandes abadías benedictinas eran las más grandes y magníficas que se habían levantado en el mundo en los dos últimos siglos. La isla había sido constituida por la Santa Sede como diócesis, poniendo al frente de ella a un obispo. Los, en un tiempo, primeros ocho sacerdotes formaban ahora un clero diocesano de medio millar de presbíteros.

Dios parecía empeñado en bendecir aquella tierra. Y los habitantes de Nueva Brunswick, por su parte, parecían haber constituido la república perfecta. Distintas universidades abrieron allí ateneos de Teología. Y posteriormente, la creación de prestigiosos equipos dedicados al estudio de las lenguas muertas todavía hizo que se abrieran más centros académicos. Al final, el estado contó con cuatro universidades.

Ya a mediados de la segunda generación la situación de la república era tan envidiable, que pequeños grupos no católicos pidieron construir comunidades al amparo del florecimiento de la nueva teocracia. El asunto fue muy debatido en el Congreso de Nueva Brunswick. En el Parlamento, en los foros de las universidades y hasta en el palacio episcopal. Finalmente, prevaleció la postura del obispo: los hermanos separados eran verdaderamente hermanos. Nueva Brunswick también con ellos debía dar ejemplo de caridad y hospitalidad. Al fin y al cabo, también eran seguidores de Cristo y sus enseñanzas. Así que fueron admitidos metodistas, presbiterianos y evangélicos.

Ellos, exactamente, lo que habían solicitado no era vivir en la isla principal o en una de las islas adyacentes unidas por puentes, sino construir su propia isla. Es decir, vivir en su propia burbuja, teniendo al lado todos los servicios que les ofrecía el estado. Servicios que iban desde los hospitales hasta la defensa militar. Y así, tras la aprobación por el Congreso, ellos construyeron una diminuta isla a dos kilómetros de la isla principal.

Un estatuto especial regía las condiciones por las que se permitía en

Nueva Brunswick la implantación de ese tipo de comunidades. Estatuto que aceptaban ambas partes desde el principio y que sería inmodificable a través de los siglos, fuera cual fuera la evolución de ambas comunidades.

Lo cierto es que el *Estatuto de Libertad*, como se llamaba, y también, digámoslo claramente, la separación física de ambas comunidades hizo que la convivencia rozara casi la perfección. Ciertamente también que a ello contribuyó la idea que tenían aquellas comunidades recién llegadas de vivir una vida apartada de todo, una vida sencilla y agrícola, para huir de la Gran Babilonia. Con gente así es difícil llevarse mal.

La inmutabilidad férrea del Estatuto por el que se regía la admisión de aquellos *hermanos separados* podía parecer demasiado pesada para alguien del mundo *exterior*. Pero las comunidades que se agregaron las aceptaron de buena gana, porque ellas sabían muy bien lo que costaba poner en marcha una nación desde cero. Ellos habían comprendido el trabajo y el capital necesario para crear una nación. Por eso convencieron a sus seguidores que si uno pretendía crear una pequeñísima comunidad de creyentes alejados del pecado y la iniquidad de la Babilonia mundial en la que se había convertido el planeta, entonces era mejor agregarse a una república ya constituida.

Los habitantes de la isla principal contemplaban aquella curiosidad, aquella isla cercana, sin saber que en los dos decenios sucesivos distintas denominaciones religiosas del resto del mundo pedirían acogerse al mismo estatuto. Primero fueron los judíos representantes de la ortodoxia más estricta. ¿Por qué construir un enclave hebreo allí, y no en Israel? La respuesta que dieron es que querían que existiera una especie de hogar común en Asia para los judíos que moraban en esa parte del mundo.

Esta vez, dado el precedente, el debate del Parlamento ya no fue ni largo ni arduo. Se debía permitir al Pueblo de la

Antigua Alianza residir con el de la Nueva. No en vano ellos (los cristianos) habían sido injertados en aquel árbol. Los judíos con fondos generosos levantaron una plataforma no lejos de Nueva Massachusetts, como se llamaba a la isla de los *hermanos separados*. La isla denominada Nueva Judá y comenzada el día posterior a la Pascua judía del año 2.184 se constituyó como una verdadera república judía. El Antiguo Testamento era su ley, y constituyeron Jueces sobre la comunidad. La gran Sinagoga de Moisés fue un edificio esplendoroso adonde confluían todos los judíos de Asia, orgullosos de la creación de ese enclave.

Más conflictivos y polémicos fueron los debates acerca de si se debía admitir a los budistas y a los musulmanes, que pidieron su ingreso una década después de los judíos. Nueva Brunswick se había levantado con gran esfuerzo para reconstruir la Cristiandad, por lo menos un pedazo de ella. Ahora si se admitía a los infieles qué sentido tenía Nueva Brunswick, decían los críticos. Qué sentido tenía tanto sacrificio realizado en levantar todo aquello.

Finalmente preponderó la postura más ecuménica. Los creyentes en el único Dios verdadero, el Creador y Juez del cosmos y de los hombres, podrían ser admitidos en la república bajo las draconianas exigencias de un segundo estatuto, un estatuto genérico para los creyentes en un único Dios. Estatuto poco divergente del primitivo por el que se admitió la presencia de los primeros metodistas. El segundo estatuto admitía particularidades para los usos y costumbres de cada comunidad.

Las nuevas comunidades conformaron un pequeño archipiélago al oeste de la isla principal. Un archipiélago de cuatro diminutas islas en total. Verdes con sus palmeras y helechos, con todas sus embarcaciones amarradas en los pilares inferiores.

La coexistencia de todas estas comunidades fue modélica. Fue un ejemplo

de como el cultivo de la heterogeneidad no sólo no provoca necesariamente conflictos, sino que, por el contrario, es una fuente de enriquecimiento. La diversidad se convirtió en timbre de gloria de Nueva Brunswick, por lo menos esto es lo que se decía en los discursos oficiales.

Aunque la tolerancia estaba basada en los férreos estatutos que fueron aceptados al permitir la entrada de las nuevas comunidades, el ejército estaba formado exclusivamente por fuerzas católicas. Asimismo, el sistema judicial estaba formado exclusivamente por aquellos que juraran la obediencia plena al Evangelio y a las leyes de la Santa Madre Iglesia. El Parlamento se elegía por sufragio universal, pero sólo los católicos tenían voto. Las distintas comunidades religiosas votaban entre ellas, y sentaban en los escaños del Parlamento cada una a un único representante con voz pero sin voto. De manera que junto a los cien escaños que determinaba la Constitución, siempre hubo un metodista, un presbiteriano, un evangélico, un judío, un musulmán y un budista.

Cada uno de esos representantes asistía a los plenos con sus trajes más solemnes. El budista con una túnica azafrán, el presbiteriano de negro con un cuello blanco almidonado, etc. Para acabar de completar el cuadro pictórico que presentaba la gran sala rectangular de las sesiones plenarias del Congreso, tenían derecho de asistencia el obispo de la isla y cada uno de los abades de la misma. Los cuales asistían sin voto alguno, pero también con voz. Y aunque sin voto, sus hábitos negros y capuchas ponían un colorido encantadoramente medieval a aquella asamblea. Era tradición que cuando el obispo asistía, no más de dos veces al año, fuera él el que abriera la sesión. En verdad que si había un lugar especial en la Tierra era aquella república con sus tradiciones, con sus muy especiales normas. Sus habitantes amaban su tierra y Dios continuaba bendiciendo la República.

Deborah seguía sentada en su banco de madera, su hermana al lado inmutable en su punto, el tema de conversación que versaba sobre su marido había sido abandonado y reemplazado por cotilleos acerca de sus hermanas y suegra. Los niños correteaban, una mariposa se movía cerca de donde ahora se habían detenido exhaustos. Deborah recordó de nuevo los pasajes de Isaías, era muy fervorosa de Isaías:

Aquel día el retoño del Señor vendrá a ser el esplendor y la gloria y el fruto de la tierra la magnificencia y ornato de los supervivientes de Israel.

Cuando el Señor haya lavado la inmundicia de las hijas de Sion y haya limpiado la sangre de en medio de Jerusalén con espíritu de juicio y con espíritu de conflagración, entonces creará el Señor sobre toda la montaña de Sion y sobre todas las asambleas una nube de día, y humo con fulgor de fuego resplandeciente de noche, porque por encima de todo la gloria del Señor será un refugio protector.

Deborah se levantó hacia la balaustrada, la panorámica era muy amplia. Desde allí se veían, tras las torres, hacia el Este de la isla mayor de Nueva Brunswick, los tres montículos de cipreses y almendros: el Carmelo, el Athos y el Tabor. El Athos contaba con una reproducción exacta del templo de San Pietro in Montorio. Cuando todos los almendros florecían a la vez formaban como una nube de flores blancas de la que surgían enhiestos los cipreses. En verdad los diseñadores de la isla fueron hombres a la altura de Miguel Ángel o Bramante.

Los siete poblados de los que constaba la Isla Mayor formaban un anillo que recorría toda la costa de la ampliación norte de Nueva Brunswick. Digo *costa*, pero en realidad sería más apropiado hablar

de *perímetro*, ya que el mar se encontraba nueve metros más abajo, entre los pilares. Los nombres de los poblados eran Corinto, Tesalónica, Filipos, Tróade, Cesarea, Hebrón y Siquén.

Deborah miró en lontananza, un pequeño tifón se formaba en la lejanía. Ese año ya habían sufrido dos. Aquel se alejaba en otra dirección, hacia otras costas. En fin, ya iba siendo hora de irse a casa.

-Bueno, venga, Clara, deja de hacer punto que nos marchamos. Yo tengo todavía que preparar la cena. ¡¡Niños!!

La madre imperiosa gritó sus nombres. De lejos le vino el agudo chillido de sus hijas persiguiéndose. En sus correrías, los niños siempre gritan al perseguirse. El mejor momento del juego es ése en que por fin uno oye la voz de la madre urgiendo el regreso. La hermana fue recogiendo sin prisas su costura.



De las palabras anteriores alguien podría llevarse la impresión de que todo era perfecto en Nueva Brunswick. Hay quien cree que todos éramos santos en esta santa república. No voy a decir la manida frase *nada más lejos de la realidad*. Ni mucho menos. Nuestra realidad era muy superior a la realidad circundante, mas el ideal nos parecía a nosotros mismos tan lejano. Al fin y al cabo éramos seres humanos, corazones con nuestras pequeñas y grandes pasiones. Todos los pecados capitales se dieron en esa isla. Hubo robos, adulterios, también individuos no creyentes.

Claro que las personas individuales que sostenían este tipo de opiniones contrarias a la fe, nunca se manifestaban en público. Como solíamos decir *hay pecado en esta sociedad, pero menos que en las que nos rodean*. La población reclusa de Nueva Brunswick era casi testimonial, casi todo delitos menores, casi todos los reclusos eran recién llegados o personal en tránsito, mano

de obra que venía a ejecutar alguna obra particular.

En toda la historia de Nueva Brunswick desde su fundación únicamente se dieron cuatro casos de asesinato. Homicidios pasionales. Dos, frutos de odios inveterados. Dos, frutos de borrascosas pasiones. Cada uno de esos homicidios habían conmocionado espantosamente a nuestra sociedad. Pero en fin, todas estas infidelidades conyugales, enfrentamientos físicos y hurtos eran cuestiones menores.

Paradójicamente, lo que hacía que Nueva Brunswick fuera un lugar idílico, era justamente lo que hacía que fuera desagradable para una minoría que no llegaba ni al 1%. Y es que esa atmósfera tan intensamente religiosa se tornaba un ambiente irrespirable para algunos de sus habitantes. Más bien, todo hay que decirlo, para aquellos de la segunda o tercera generación, que habían salido a hacer estudios fuera o habían pasado largas estancias fuera de Nueva Brunswick. Ni para los entusiastas recién llegados, ni para los nacidos aquí, existía ese aire irrespirable. Pero sí para algunos jóvenes que habían conocido en el extranjero un ambiente mucho más *abierto*.

Había jóvenes que estaban deseando cumplir los dieciocho años para salir a estudiar fuera del país, al menos un año. Para otros, más adultos, el problema era la carga psicológica que suponía saber que el sistema no podía ser cambiado a pesar del sufragio universal. El mismo sistema político había sido erigido sobre la base de una limitación de las futuras posibilidades de cambio del mismo sistema constitucional.

La primera generación de esta nación libremente hizo una cesión de parte de esa libertad. La sociedad no sólo era confesional de facto, sino que proclamaba como primera ley inmutable la Ley de Cristo contenida en los cuatro evangelios. Todo aquello que contrariara un principio de esa ley inmutable era por su propia naturaleza imposible de aprobar como ley por el Senado. Este principio que puede

parecer muy etéreo y general se concretaba en muchas pequeñas cosas. Pequeñas cosas que suponían piedrecitas en el zapato de todos aquellos agnósticos que vivían entre nosotros, sin saberlo nosotros. Eran piedrecitas inmutables. Para ellos, lo malo no era saber que allí estaba la piedrecita, lo malo era saber que estaría allí mañana, pasado mañana y dentro de un siglo.

Deborah apoyó su rubia cabellera sobre el respaldo del sillón de su despacho. Un despacho en su casa, un reducido despacho bastante informal, lleno de plantas. Macetas de hiedras de interior de hoja minúscula, tres bonsáis, dos potos muy cuidados y exuberantes. La mesa del despacho tenía dos grandes pilas de libros encima. Deborah, de vez en cuando, subrayaba con su rotulador rojo una frase o hacía una anotación en el margen. Algunas cosas las subrayaba con un rotulador azul.

El trabajo de censor es siempre un trabajo... cómo diríamos... complicado – pensaba ella-. El *quid* de todo es saber dónde acaba lo inofensivo para comenzar lo peligroso. La herejía es fácil de detectar, pero lo difícil es saber eso, donde está lo peligroso. Nosotros los censores no estamos para prohibir lo resbaladizo, sino lo malo. Pero, a veces, la frontera entre lo resbaladizo y lo malo es etérea. Y ahí está la cuestión. Leo y leo, hago dictámenes impongo un juicio a cada obra que pasa por mis manos. En ocasiones es un libro, otras un artículo, normalmente me dan novelas, y al final, a la derecha del título, debo colocar mi sentencia. La sentencia se reduce a un número y a una letra. Detrás de la letra y el número viene un segundo número, el del informe donde se detalla, donde se desmenuza, el porqué de ese juicio mío sobre el libro. El número indica el índice de peligrosidad. El cero indica que no hay nada malo. Pero a partir de ahí, las calificaciones van desde el 1, que indica que hay algún detalle resbaladizo, hasta el 10 de las obras claramente anticristianas. La letra indica la materia en la que es peligrosa. La letra indica si es un daño para

la fe o para la castidad o para la corrosión de las costumbres, si es blasfema o si se trata sólo de una obra sembradora de la duda, etc, etc. El guión separa esta calificación, de número del informe, donde se ofrecen las razones de la calificación. Los informes van desde un párrafo a varias páginas. Por largo que sea un informe, el primer párrafo debe condensar todo nuestro juicio.

El nombre de los censores no se hace público. Pues como es lógico nunca jamás se ha conocido a un autor de Nueva Brunswick que haya sido censurado con una mala censura, y que haya estado conforme. Todos, todos los autores, sin excepción, protestan que el juicio sobre el escrito es injusto. Por eso todas las censuras pueden ser recurridas. Y así cada autor que recurra tiene derecho a que un segundo censor lea la obra. Hablamos de autores de la isla, porque a los que son de fuera de la isla, nuestras censuras les traen al fresco.

Si el segundo censor coincide con el primero, el autor todavía tiene derecho a recurrir. Pero el sueldo del tercer censor (bastante económico, por cierto) corre ya a cuenta del que recurre. Si el tercer censor confirma la sentencia de los anteriores, al autor sólo le queda la posibilidad de recurrir ante los tribunales civiles de la isla. Aunque la mayoría suele hacerlo ante las autoridades eclesiásticas de la isla. Sin duda para ahorrarse los costos de un juicio. Sólo un par de veces se ha llevado el sistema de recursos hasta su agotamiento en todas las instancias. Hubo uno escritor que tras pedir la tercera censura, apeló hasta la tercera instancia de los tribunales eclesiásticos, y simultáneamente, reclamó el amparo del prelado. Se dice que llegó a tratar de llevar su caso ante la Congregación para la Doctrina de la Fe. Los hay que no se dan por vencidos nunca, y los hay que incluso nunca jamás.

Yo me dedico a mi trabajo con verdadero interés, jamás me tomo mi labor a la ligera. Censurar libros es un arte, un arte artesano. No es una operación

mecánica y fría, aunque sí objetiva. Claro que la censura siempre se da en caliente, porque si se le dan muchas vueltas a una obra o a una simple frase, al final uno se desorienta. Dar excesivas vueltas a todo, lleva a calificar cualquier afirmación de levemente peligrosa. Muchas veces pienso, aunque en broma, qué hubiera sido de la Biblia si hubiera caído en manos de censores. De sus páginas, probablemente no hubiéramos dejado en pie ni el Libro de Proverbios.

Los libros se amontonan sobre mi mesa, pero leo rápido. A veces, incluso, con pasión. La pasión de la censora. A veces el mal más licuado es el más peligroso. El mal más rebajado entra más fácilmente que el mal en estado puro. Y no sólo eso, una simple frase, una simple frase después de 300 páginas, puede ser implacablemente destructiva. Una sola frase al final de todo te puede cambiar el sentido del libro. Y un texto de piadoso puede tornarse en maligno. El arte de escribir nunca es inocente. Cada frase tiene detrás una intención. Especialmente los escritores que dicen que no tienen intención suelen ser los que más intención tienen. No sólo una frase puede tener un propósito totalmente opuesto a lo que aparenta, sino que a veces, ese propósito puede estar a su vez preñado de otra sentido. A veces una frase puede ser un enigma de anillos concéntricos, o ser un premeditado selvático racimo de inconfesables pretensiones.

A veces, hallamos un nido de intenciones donde menos nos lo esperamos. El censor es como un paseante por el campo, que de pronto puede poner casualmente su pie sobre una madriguera de mecanismos ocultos. Porque el escritor puede ser tan artesanal como su censor-cazador. El escritor puede escribir un libro para la generalidad de los lectores, y dentro del libro, haber escondido un libro subterráneo para unos pocos, normalmente los más inteligentes. Por eso los libros subterráneos son tan peligrosos, porque serán captados por los más inteligentes, por los que más influencia tienen en la

sociedad. Censurar y escribir, en cierto modo, es un duelo entre dos inteligencias. No siendo, ni mucho menos, la inteligencia del censor una cuestión secundaria. Pues no raramente los ardidés del censor es lo que espolea el ingenio del escritor. Por otra parte, la labor creativa del censor puede estar muy por encima del escritor. He leído informes que eran verdaderas obras de arte, acerca de libros que después se me caían de entre las manos. Al escritor no le entra en la cabeza, que el censor puede ser mucho más inteligente que él.

Además, tendemos a pensar que el censor es un intransigente. Pero se dan infinidad de casos en los que el libro contiene en su seno todos los gérmenes del fanatismo. Y es el censor, un hombre abierto y tolerante, el que debe poner una calificación moral a un libro. Casi siempre nos limitamos a eso, a dar una calificación moral. Es muy raro que algo producido en la isla sea prohibido. Se trata de algo excepcional. Y normalmente suele ser porque el censurado es un sembrador de intransigencia. Un estado supone un clima perfecto para que algunos ciudadanos desarrollen una tendencia a cerrarse a todo lo distinto, a reforzar sus mecanismos de defensa. Otras veces sólo somos un filtro para despojar de contaminaciones sensuales a los escritos, películas y programas. Si no filtráramos lo pequeño, en pocos años tendríamos en nuestro suelo patrio las mismas perversiones que en el resto del mundo.

Mucho más trabajo nos da lo que viene de fuera. Somos un tamiz que retenemos aquello que no está de acuerdo con los principios fundacionales de esa sociedad. Sin un cierto aislamiento audiovisual, todo esto se hubiera corrompido en dos generaciones. Nuestra labor es necesaria aquí. Por lo menos, si Nueva Brunswick quiere seguir existiendo. Y cuando digo esto me refiero, sobre todo al sexo, en televisión, en el ordenador y en los escritos. El sexo es una gran fuente de gratificación personal, pero también de muchos problemas. Aun así no seremos

nosotros los censores, los que neguemos el importante papel del sexo en el campo de la propagación de la especie humana.

Tenemos censores especializados en todo lo que tiene que ver con la imagen, y otros especializados en escritos. Yo trabajo en el segundo campo. Mi labor es una labor objetiva, por eso aquí, en mi mesa, no se juzgan las intenciones, sino las frases. Lo que dice una frase eso es lo que cuenta, lo demás... son músicas celestiales. En la balanza del juicio del censor se pesan las frases, se examinan las palabras, cada palabra. El corazón del autor se deja al juicio del Omnisciente Todopoderoso. De todas maneras, las obras magnas del ocultamiento, esas ante las que el censor no puede menos que decir: ¡*chapeau!*, de esas... hay pocas. Ésas son como grandes piezas de cacería. Y nadie mejor que nosotros, los censores, sabemos valorar el arte, la inteligencia y el trabajo de nuestros antagonistas. Pero de esos hay pocos. Los conejos suelen ser más frecuentes. Conejos tontos. Liebres y codornices temerosas que no están dispuestas a derramar ni una gota de sangre por sus escritos. Su única habilidad consiste en su capacidad de reproducción.

Cada censor tiene su parcela. Unos se dedican a revisar periódicos digitales otros a portales de contenidos especializados. Por supuesto que no se puede revisar todo. Nuestro departamento siempre actúa por el criterio de la relevancia, como no puede ser de otra forma. Nunca llegaremos a todo, ni lo pretendemos. Pero podemos mantener unos criterios de eficiencia razonables. El campo que me ha sido encomendado es el de hacer censuras de novelas, y concretamente estoy especializada en censura de novela postmoderna.

Es una compleja tarea decidir qué no se debe leer o qué no es recomendable, quien sí y quien no. Pero amo mi trabajo. Mi trabajo es, digamos, sanitario. Además, todo escrito es bueno mientras no se

demuestre lo contrario. Si condenas un libro, hay que decir por qué.

¿Es mala la censura? Bien, enfoquémoslo de otra manera: la censura en Nueva Brunswick nació de una demanda social. Al principio, en la nueva república, no hubo censura. Pero en seguida se recogieron firmas para pedir por la salubridad de la televisión, de las revistas, de las librerías. Concretamente, lo que movilizó a la población a demandar este *servicio* fue que en la isla, en un plazo de tiempo muy breve, se trataron de comercializar dos libros terriblemente peligrosos para la fe. La opinión más generalizada, y en este caso equivocada, fue que los Testigos de Jehová o los masones estaban detrás de ello. El furor popular fue casi incontenible. Los gobernantes tuvieron que hacerse eco de esta demanda. Tuvieron que hacerse eco aun sabiendo que estaban abriendo una Caja de Pandora. El Ejecutivo siempre manifestó su deseo de que en Nueva Brunswick no hubiera ningún tipo de censura. Pero la presión popular fue tan fuerte, que el Congreso forzó la creación de ese departamento. Y finalmente el Senado cedió y se aprobó la ley que reguló este tipo de actividades censoras.

De este modo, se abrió una sección dependiente de la Cámara de Censores, el Departamento de Revisión de Medios de Comunicación. Nada de todo esto se ocultó a los ojos de la población. Sus actividades no eran ni secretas, ni misteriosas. Todo lo que fuera contra la fe o las buenas costumbres sería censurado. La gente podría leer o ver *cosas feas* en Internet, pero no comercializarlo en la isla. Como es evidente, con Internet toda censura es relativa. Si bien, los servidores que existen en la isla actualizan continuamente sus sistemas para filtrar contenidos inadecuados. Para el resto de contenidos que escapan a esos filtros, la censura condenatoria adquiere más que nada un carácter de acto simbólico. Aunque la población sigue el dictado de los censores del Ministerio de un modo asaz obediente. Todos confían en nosotros, y no en vano, en

los muchos años que lleva de funcionamiento el equipo de censores han dado, hemos dado, indudables pruebas de profesionalidad, objetividad e independencia.

No buscamos ningún beneficio personal con nuestra labor, no estamos al servicio de nadie. Nuestra calificación se aplica automáticamente, nadie puede interferir en ella; como mucho puede ser recurrida. Prohibimos poco. Sólo prohibimos lo que claramente se debe prohibir. Algunos se preguntan si se debe prohibir algo. Esta pregunta es recurrente. Alguien se la vuelve a hacer públicamente por lo menos una vez cada dos o tres años. Es ya como un rito en las columnas de opinión o en los debates. Pero la pregunta es irrelevante en cuanto a su capacidad para detener nuestras actividades. La gente confía en nosotros, porque nos hemos ganado una reputación. Una reputación que en gran parte se debe al modo en que organizó la famosa Comisión de Censura su primer director general. Bertrand Wesler la organizó de un modo tan inteligente, de un modo tan lúcido que, a pesar de los años pasados, sesenta y ocho, su reglamento de funcionamiento no ha sufrido, apenas, modificación alguna.

Por supuesto, el Ministerio de Justicia no censura todos los libros, labor hoy día imposible, sino sólo los best-seller. También encarga la censura de aquellos libros que considera que van a ejercer una clara influencia en la intelectualidad de la república, aunque su tirada sea más reducida. Como se ve, la censura de la Comisión es una censura muy limitada, muy pobre. Es casi una censura confinada, una censura en inferioridad de condiciones. No es el monstruo del Poder atenazando a los autores, sino más bien, unos cuantos guardias de tráfico tratando de poner un poco de orden en medio de una plaga de langostas, pues no otra cosa la marabunta de los escritores. Si el sistema sigue en pie, y con gran salud, es porque la gente, las buenas familias de Nueva Brunswick, desean y buscan la puridad de los escritos

Deborah volvió a leer. La pila de libros a su derecha, sobre la mesa, le esperaba. Colocó su taza de café al lado y abrió el primer libro.

Una cena en la casa del Gobernador de la isla. Una larga mesa con diez invitados vestidos elegantemente. Sobre los blancos manteles, cuatro grandes candelabros, la luz de las velas bañaba con una luz especial y dorada. Dorada quizá por los bronce, quizá por el color oro de los marcos de la pared, quizá por el color de los cubiertos. El salón estaba presidido por un gran escudo en piedra.

-¿Y ese gran escudo? –preguntó el embajador de Corea moviendo su rostro hacia la pared de su espalda.

-Ese escudo no pertenece a la mansión, es de mi familia –respondió el gobernador limpiándose ligeramente los labios con su servilleta-. Mi familia proviene de un antiguo linaje de Hungría. El escudo, ya se da cuenta por el tamaño, está realizado no es antiguo –la longitud del escudo era el doble de altura de un ser humano-, pero las armas que lo blasonan son auténticas. Me refiero a que son las de mis antepasados en aquellas llanuras de centroeuropa.

Los comensales que tenían el escudo enfrente se hicieron boca de la belleza de los ciervos en campo de gules. La piedra tenía partes ligeramente doradas.

-Monseñor también pertenece a una familia de rancia tradición –añadió el gobernador; el vicario general de Nueva Brunswick hizo un silencioso gesto de humilde gratitud a la observación del anfitrión. La comida siguió saboreando la guarnición de cebollas asadas rellenas de camembert.

-Díganos, ¿resulta difícil gobernar esta nación? –preguntó el embajador.

-Oh, de ninguna manera –respondió sirviéndose más pato de la bandeja que le sostenía un mayordomo-. En cierto modo, dado el número de habitantes, es como ser alcalde de una ciudad. Aunque la riqueza que se ha acumulado en este pequeño

rincón del mundo hace que sea una labor más extensa, con más funciones, pero se trata de un tamaño ideal. El país que todo gobernante querría tener bajo su administración.

-Oh, querido, quizá gobernar la nación no, pero preparar una cena sí – enseguida intervino su esposa, cuyo esbelto y delgado cuello estaba rodeado de un fino collar de perlas-. Fíjese que cuando preparo una cena hay que ver no sólo quién viene a nuestra casa, sino también en qué día de la semana estamos. Si es viernes nada de carnes, si es judío comida kosher, si es musulmán no ha de haber ni un trocito de cerdo en el relleno del pavo, los menonitas no prueban el alcohol, los mormones no gustan de las carnes rojas. Y a veces estos comensales con distintas costumbres vienen a una misma cena. Confeccionar un menú es como rellenar un crucigrama.

-No exageres. A todos les gusta el pollo.

-Sí, menos mal que existe el pollo.

Todos rieron ante el tono de voz fingidamente cansado que ponía la esposa harta de hacer malabarismos gastronómicos. También era cierto que la esposa sólo pretendía ser graciosa, pues el 96% de la población era católica, y sólo en contadas ocasiones el gobernador invitaba a miembros de otras confesiones religiosas. Los comensales bromearon un poco acerca de si la sopa de tortuga o la carne de canguro era aceptada o no por unos y otros.

El embajador de Corea era un buen conocedor del catolicismo, aunque nunca había mostrado el más leve interés en abrazarlo. De hecho era un *bon vivant* amante de los aspectos estéticos del cristianismo. El cristianismo le apasionaba, pero como estética. El embajador Akiro era un devorador bibliófago de toda obra teológica. Sobre todo, de las escolásticas. Por eso cuando hizo la siguiente pregunta, todos los presentes le prestaron toda su atención:

-Ahora hablando en serio, ¿no tienen a veces miedo de que un estado así no resulte un poco contrario a la voluntad

evangelizadora del fundador de su religión? Me refiero a que parece que el Mesías hubiera preferido que salieran a evangelizar, no que se recluyeran en una burbuja.

-Una muy buena pregunta – comentó el vicario general. Todos esperaban que él iba a dar una cumplida respuesta, pero se limitó a servirse más guarnición y a dejar que otro lidiase la cuestión. El vicario general, por profesión, siempre estaba respondiendo preguntas. Por eso, siempre que una pregunta no estuviera dirigida directamente a él, prefería que fuera otro el que intentara responderla.

Finalmente, y tras algunas respuestas poco convincentes de algunos de los presentes, Pietra Torino, una mujer de unos cincuenta y muchos años, y una de las figuras de más talla intelectual de la isla, le dijo.

-Señor Akiro, ésa es una cuestión que se planteó ya desde los principios de la creación de este Estado. Nuestros fundadores, los fundadores de este país, se preguntaron si no era algo consustancial a la esencia del cristianismo el estar mezclados con los demás, como fermento, como levadura. Tal como dice la famosa *Carta a Diogneto*, una carta del siglo II. Nuestros fundadores se preguntaron acerca de la conveniencia, e incluso de la licitud, de crear un ghetto, una burbuja, como usted ha dicho. Sin embargo, los que crearon esta nación entendieron que el mandato del apostolado es general, no obliga a todos y cada uno de los cristianos en el sentido de tener que ir físicamente a predicar a los gentiles.

-¿Está seguro? –dijo el embajador.

-Completamente, de lo contrario no sería lícito que existiera monasterio alguno. En cierto modo esta sociedad es un monasterio, una sociedad-monasterio. Es como si todos fuéramos franciscanos terciarios y dominicos legos. Es una sociedad de legos gobernada por el clero en lo espiritual. En lo material, nuestros representantes elegidos por sufragio mandan e imperan con plena

independencia. Creo que es un sistema que bueno o malo por lo menos hay que admitir que ha funcionado.

-¿Tiene algo que añadir, monseñor?
-le preguntó con una sonrisa cómplice el gobernador.

-Nada. Se ha expresado tan bien... que no tengo que añadir nada -el vicario general estaba de excelente humor y dejó que siguiera hablando Pietra.

-Se que le parecerá -continuó ella- que gobernar una nación con el Evangelio como ley suprema resulta un poco difícil

-No sólo con el Evangelio, sino también bajo los preceptos de nuestra Santa Madre la Iglesia -interrumpió con amable suavidad otro de los presentes en la cena.

-Bien, de acuerdo, bajo todas esas leyes -continuó Pietra-. Gobernar una nación bajo esas leyes puede suponer para algunos un peso insuperable. Pues bien, la puerta está abierta. El que quiera puede marcharse. Cada año se marchan algunos.

-¿Abandonan el paraíso? -exclamó irónico el embajador-. Una decisión equivocada. Éste sería para mí un lugar óptimo para mi jubilación. Aunque reconozco que no es fácil conjugar aquí, me parece, las ansias de libertad y las ansias de crear una sociedad... digamos, monolítica.

-Señor embajador -intervino otro de los comensales-, en un mundo libre tiene que haber libertad para crear una pequeña sociedad como la nuestra. El mundo es más rico, más variado, con rincones como el nuestro.

-No lo dudo -dijo la muy reservada esposa del embajador que intervenía poco en la conversación.

-Por otro lado -dijo otro comensal-, ha habido en la historia otros experimentos como el nuestro. No somos los primeros.

-¿No? -exclamaron Akiro y su esposa.

-No -negó el gobernador-. Las colonias puritanas de la costa este de Norteamérica, toda Nueva Inglaterra fue un experimento de sociedad creada con el propósito de abandonar la corrupción del

Viejo Mundo. Así nació la república puritana en Massachussets.

-Y eso sin olvidar el Estado de Israel creado en el siglo XX -le recordó su esposa.

-Nosotros no hacemos otra cosa -dijo uno de los invitados sentado en el extremo de la mesa- que materializar una pequeña sociedad con los criterios que rigieron en Europa durante un milenio. En cierto modo esto es sólo la Cristiandad en tamaño reducido, en versión siglo XXII.

-Bien, bien -repuso el embajador-. ¿Pero no tienen miedo de que la sal se vuelva cada vez más sosa?

-Explíquese.

-¿No albergan temores de que vayan abriendo la mano, un poco más en cada generación, y que al final esta sociedad acabe siendo como las demás.

-Bien -respondió el gobernador-, ése es un peligro real. Ya aparece esta cuestión en las conferencias que el padre Scalfaro dio por todo el mundo en los años siguientes tras la creación de esta república. Es un peligro que debemos aceptar.

-En cierto modo -añadió la esposa de otro comensal-, vivimos con la seguridad de que eso sucederá así, antes o después.

Algunos de los sentados a la mesa pusieron cara de no estar de acuerdo con esa afirmación.

-Pero desde luego endurecer la mano para evitarlo, no es el camino -dijo otro de los presentes-. Es más, cuanto más endurezcamos la mano, más aceleraremos el proceso hacia la secularización de esta sociedad. Nos vemos obligados a no ir más allá de las líneas marcadas por nuestra Carta Magna. Ella defiende los derechos de todos, ella constriñe a los legisladores actuales a no ir más allá de las fronteras que se han fijado a los poderes de nuestros gobernantes -y lanzó una mirada complaciente al gobernador.

-¿Ustedes escribieron la Carta Magna? -preguntó la esposa del embajador.

-No, la Carta Magna, nuestra Constitución, fue creada por los Fundadores

y dada a los primeros habitantes de Nueva Brunswick.

-Nunca he visto las tumbas de los fundadores en ninguno de mis muchos viajes aquí –dijo otro de los presentes, otro coreano.

-Bueno, es que ellos no vivieron aquí nunca.

-Qué curioso. Los fundadores de una nación que nunca pusieron sus pies en ella.

-Para ser exactos, yo creo que cuatro o cinco de los considerados Fundadores, sí que hicieron alguna visita. Pero es lógico que no vinieran. Al principio, esto era poco más que una plataforma en medio del océano. Había poca cosa que visitar.

-Lo cierto –continuó el gobernador-, es que debemos reconocer que ellos, cuando Nueva Brunswick sólo existía sobre el papel, no tenían mucha confianza en nosotros. Pensaban que si no ponían coto a nuestros afanes de purificación, de catarsis, nuestra sociedad podía caer en un continuo proceso de “exigencia de pureza”. Por eso idearon una constitución que impidiera que nuestra sociedad cayera en lo que ellos llamaban un *proceso crónico de caza de brujas*. Nuestra Carta Magna es como un mecanismo de relojería, perfectamente contrapesado. Curiosamente más que la secularización de la que usted habla, lo que más les preocupó fue la posibilidad de una radicalización religiosa de esta sociedad. De ahí que ellos mostraran tanto afán en lograr un mecanismo perfecto y sencillo.

-Ellos gozaban de la ventaja de crear una sociedad sin estar bajo ningún tipo de grupo de presión –intervino otra mujer-. Ellos dispusieron de la maravillosa ocasión de crear una sociedad desde cero. Este tipo de posibilidades no se dan todos los días.

-Ciertamente, ciertamente –dijo el embajador. El embajador se sentía subyugado por la belleza del lugar que visitaba por primera vez. Aunque sentía al mismo tiempo que mantener aquel Estado,

era como mantener una reserva natural, una especie de ecosistema cerrado-. Y dígame, ¿la libertad de prensa es absoluta?

-Por supuesto –contestó al momento el gobernador-, absoluta, total. Sólo la blasfemia está prohibida. Bueno algunas cosas más también. De todas maneras, hay que distinguir, uno puede decir lo que sea contra el poder ejecutivo, contra nuestro sistema constitucional y contra lo que sea.

-Pero que no se le ocurra mostrar en una foto el seno de una mujer –dijo socarronamente la esposa del gobernador.

-Sí, –continuó el gobernador-. Está prohibido hacer befa de cualquier cosa que tenga que ver con la religión, está prohibido hablar públicamente o escribir contra las verdades de la fe o la moral. En fin, hay unas cuantas prohibiciones. Pero se puede criticar la regulación de las prohibiciones. Es decir, blasfemar está prohibido, pero criticar las leyes que regulan la blasfemia no está prohibido. Se puede luchar por cambiar esas regulaciones. De hecho, siempre hay una cierta polémica, sana polémica, entiéndame, acerca de qué es lo que debe entrar o no como materia de restricciones. Digo “cierta polémica”, pero en realidad nuestra sociedad ya ha llegado a un cierto consenso sobre este asunto. Y no sólo a un cierto consenso, sino incluso a una cierta práctica a la hora de aplicar estos principios con mesura y sentido común.

-La pornografía es algo completamente inexistente en nuestra nación –comentó un comensal.

-¿Aquí llega la televisión por satélite sin restricción alguna? –preguntó la mujer del embajador.

-Acaba de tocar un tema verdaderamente importante –dijo el gobernador-, la televisión. Vamos a ver, las antenas parabólicas centrales de la isla reciben todos los canales que se ven con alta calidad. Descontados los canales secundarios, eso suponen unos 3.000 canales principales. Los cuales, por cable, se distribuyen a todos los hogares. Sin embargo, la central de recepción de canales

antes de distribuirlos, censura parte de esos canales, o incluso el canal entero. Nos reservamos el derecho a censurar en una retransmisión cualquier momento que consideremos inadecuado para la moral pública.

-Gobernador, ¿cuánta gente trabaja en el Departamento de Revisión?

-Sólo encargados de los contenidos de televisión, hay doscientas personas.

-¡Eso sale, indudablemente, caro!

-Hay cosas cuyo beneficio está muy por encima de su coste económico.

-Bien, ya que nos ha dicho cuántos trabajan para la televisión, díganos cuántos más están metidos en ese departamento.

-Si no me equivoco, hablo de memoria, hay trescientos cincuenta revisores dedicados a los contenidos de Internet, aquí están incluidos los que se encargan de los portales de prensa. A eso se añaden diez revisores dedicados a novelas, y cinco a ensayos.

-Todo un presupuesto... -exclamó en tono de escándalo la única tailandesa sentada a la mesa.

-Entiendo que para los extranjeros esto resulte, un poco incomprensible. Pero la supervivencia de esta nación depende del buen funcionamiento de ese departamento.

-Mucha preocupación por la televisión -dijo el embajador.

-Pues sí, mucha -respondió el gobernador-. Desde el principio, sabíamos que la televisión podía ser un talón de Aquiles de nuestra república. Un elemento que podía destruir nuestro pequeño paraíso.

-¿Y si alguien se empeñara en comprar un sistema propio de recepción? -preguntó el embajador.

-Sobre este punto seríamos inflexibles -respondió el gobernador-. Mantener una *burbuja* requiere de condiciones especiales. El materialismo, la sensualidad, la visión relativista, escéptica, penetraría en pocos años en nuestros jóvenes. Sobre ese punto siempre nos hemos mantenido inflexibles. Si alguien se empeñara, estaríamos dispuestos a llegar incluso a la expulsión. Si se lo permitimos a

alguien, el ejemplo cundirá. No debemos albergar focos de infección moral en la isla.

-Bueno -dijo el embajador-, por lo menos ustedes no engañan. Las reglas están claras.

-Exacto, el que quiera las acepta, el que no esté dispuesto se marcha -dijo la severa esposa del gobernador.

Los cuatro extranjeros presentes no se mostraron muy convencidos ante las razones que les habían ofrecido. Así que Pietra defendió el sistema, diciendo:

-Aquí no nos avergonzamos de afirmar que en Neoden existe la censura. La censura existe como una acción del Estado ante una demanda de la sociedad. La sociedad reclama un cierto nivel de *salubridad pública*. ¿No exigimos acaso aire puro en nuestras poblaciones? No es la censura del gobierno contra sus ciudadanos, es la censura abierta y transparente. Todos saben qué es lo que censuramos. En qué temas se realiza y hasta donde llegamos.

Usted puede escribir en el periódico que el gobernador aquí presente, o sus ministros, son corruptos, falaces o prevaricadores. Nadie se lo impedirá. Pero si se le ocurre escribir un artículo explicando que la Santísima Trinidad son cuatro, entonces desde el redactor hasta el impresor se negarán a sacar eso a la calle.

-¿La censura de los escritos es siempre posterior?

-Sí.

-Pero todas las cadenas locales de televisión y las pequeñas editoriales de aquí tienen la lista de prohibiciones, de contenidos que no deben ni emitir ni imprimir. Contravenir la ley siempre supone una sanción. Pero siempre es posterior. Una censura previa sería imposible dado el volumen de publicaciones y retransmisiones.

-Bien, no seré yo el que critique este sistema de convivencia que ustedes han aceptado libremente -dijo el embajador con una sonrisa y tomando un poco más de vino-. No seré yo el que alborote el gallinero.

-Este gallinero comenzó con 7.000 gallinas y ahora cuenta con 200.000 –le comentó Pietra-. Y permítame decirle con orgullo que este gallinero mueve ahora mucho dinero –y lanzó una mirada al gobernador. El cual añadió:

-Anualmente tenemos un producto interior bruto de 30 billones de dólares.

-Oh, vamos, no se ofenda –se excusó con sinceridad el embajador-, no ha sido mi intención ofender sus... particularidades. Defiendo y defenderé que en este mundo cada cual pueda crear excepciones a la regla. Creo en un mundo variado, no cuadrulado.

-Mi marido ha hablado con tanta confianza, porque es un apasionado estudioso del cristianismo –dijo la esposa del embajador.

-Estoy seguro, señora –dijo el gobernador-, de que su esposo nos quiere. Si no se hubiera limitado a llevar la típica conversación correcta y anodina. Brindo por Corea –dijo levantando su copa-, un país con el que cada vez tenemos mayores relaciones.

La conversación siguió tratando cada vez temas de menor trascendencia. El embajador de Corea era el cuarto encargado de negocios que había sido elevado al rango de embajador. Nueva Brunswick tenía ya en su territorio cuatro embajadores de países asiáticos. Además de un cónsul que representaba a varios países y organismos.

El embajador de Corea y el gobernador aprovecharon la mañana siguiente para dar un paseo juntos por la avenida comercial de la capital. Se llamaba la capital al núcleo urbano de la parte central de Nueva Brunswick. Alrededor de esta *capital* estaban los siete poblados. Tanto el gobernador como el diplomático iban vestidos con bermudas, de modo informal, con amplios sombreros de paja, en tonos blancos. Aunque el gobernador se había permitido en la informalidad de su atuendo un par de detalles de distinción, al fin y al cabo era el gobernador. Las esposas de

ambos les seguían detrás charlando de sus cosas, mirando escaparates y cosas por el estilo.

-Sí, lo que hablábamos ayer es así –dijo el gobernador-. Pero mire, organizar una sociedad civil con sus derechos y libertades, no es cosa fácil. El millonario fundador de todo esto gritó un buen día por teléfono: organíceme una teocracia. ¿Pero qué es una teocracia? ¿El Poder en manos de la casta sacerdotal? ¿Había que reorganizar una Edad Media? ¿Había que reestructurar un nuevo medioevo? Scalfaro, en los últimos días de su vida, se dedicó a dar conferencias, y una de las cosas que una y otra vez repetía es que cuando se sentaron a discutir el asunto aquel lejano 2124, no sabían por donde empezar. *¡Organícenme una teocracia!* ¿Qué es lo que queríamos?, ¿lo teníamos claro?, repetía Scalfaro muchos años después cuando veía como su pequeña obra en el Pacífico se consolidaba económicamente, comenzaba a disfrutar de una natalidad creciente y diversificaba sus fuentes de ingresos.

-Verdaderamente la fe mueve montañas.

-Eso lo podrá afirmar con más verdad dentro de diez minutos cuando siguiendo por esta avenida aparezca ante sus ojos la mole del complejo hospitalario Sicheng, con su torre de más de cien metros de altura.

-¿Organizar este estado ha sido como organizar un macromonasterio? ¿Un macromonasterio de cientos de miles de personas?

-No le oculto que, en cierto modo, sí. Aunque, al mismo tiempo, aquí nos esforzamos por respetar los derechos de todos.

-Y veo que les ha pasado como a los primitivos monasterios. Aquellos lejanos monjes de siglos pretéritos huyeron del mundo, y el mundo fue a ellos. Y en unas generaciones hallaron que sus pequeñas moradas de oración se habían transformado en imponentes abadías. Huyeron de la riqueza y la riqueza afluyó a ellos.

El gobernador rió. Después dijo:

-Ya lo ve. Algo así, algo así nos ha sucedido. Es curioso como la historia a veces se repite.

-Ah, *l'histoire*, una misma obra de teatro con actores diferentes. En el mundo lleva en cartel la misma obra desde hace milenios. Eso sí, hay representaciones más lucidas que otras.

-Sin duda alguna –asintió riendo el gobernador y mirando a sus esposas que se habían quedado rezagadas ante un escaparate de sombreros traídos de París.

-Querido, acércate un momento – dijo la esposa del embajador con su voz aguda y melosa. El marido sin rechistar se acercó. Sabía que significaba aquello. No opuso resistencia y sacó la cartera.

LA GAYA CIENCIA

Fiedr. NIETZSCHE



CXXIV

¿No oísteis hablar de aquel loco que en pleno día corría por la plaza pública con una linterna encendida, gritando sin cesar: ¡Busco a Dios! ¡Busco a Dios!

Y a estas preguntas acompañaban risas en el corro. El loco se encaró con ellos y, clavándoles la mirada, exclamó: “¿**Dónde está Dios?** Os lo voy a decir. Le hemos matado; vosotros y yo, todos nosotros somos sus asesinos. Pero ¿cómo hemos podido hacerlo? ¿Cómo pudimos vaciar el mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar el horizonte?

¿Qué hemos hecho después de desprender la tierra de la cadena de su sol? ¿Dónde la conducen ahora sus movimientos? ¿Adónde la llevan los nuestros? ¿Es que caemos sin cesar? ¿Vamos hacia delante, hacia atrás, hacia algún lado, erramos en todas direcciones? ¿Hay todavía un arriba y un abajo? ¿Flotamos en una nada infinita? ¿Nos persigue el vacío con su aliento? ¿No sentimos frío? ¿No veis de continuo acercarse la noche, cada vez más cerrada?

¿Necesitamos encender las **linternas** antes del mediodía? ¿No oís el rumor de los sepultureros que entierran a Dios? ¿No percibimos aún nada de la descomposición divina?... Los dioses también se descomponen. Dios **ha muerto!** ¡Dios permanece muerto! ¡Y nosotros le dimos muerte! ¡Cómo consolarnos, nosotros, asesinos entre los asesinos! Lo más sagrado, lo más poderoso que había hasta ahora en el mundo ha teñido con su sangre nuestro cuchillo. ¿Quién **borrará** esa mancha de sangre? ¿Qué agua servirá para purificarnos? ¿Qué expiaciones, qué ceremonias sagradas tendremos que inventar? La grandeza de ese acto ¿no es demasiado grande para nosotros? ¿Tendremos que convertirnos en dioses o al menos que parecer dignos de los dioses? **Jamás hubo acción más grandiosa**, y los que vengan después de nosotros pertenecerán a causa de ella, a una historia más elevada que lo fue nunca historia alguna.

Se añade que el loco penetró el mismo día en varias iglesias y entonó su *Réquiem aeternam Deo*. Expulsado y preguntado por qué lo hacía, contestaba siempre lo mismo. ¿De qué sirven estas iglesias, si no son sepulcros y monumentos de Dios?

LA CIENCIA DESGRACIADA

Dr. Alessandro Marconi



IV bibl.fort

¿No oísteis hablar de aquel loco, de aquel insensato, de aquel necio que fingía buscar a Dios corriendo en medio de la plaza pública, en medio de un Divino Sol de Justicia, en medio de la Era de su Revelación?

¿Dónde está Dios? Le habéis matado. Sí, ciertamente, en la Cruz.

Le habéis matado, vosotros y... yo. Con nuestros pecados le llevamos al suplicio. Vosotros y yo somos sus asesinos. Pero ¿cómo hemos podido hacerlo?

¿Cómo el mar, el océano, de la esencia inmutable pudo unirse a un cuerpo mortal? Él era nuestro Sol. Ahora sin Dios vagamos sin rumbo, sin órbita, hemos perdido nuestro lugar en el Universo.

¿Sin Dios adónde vamos? ¿Adónde podemos ir?

Desde nuestro pecado nos persigue el vacío con su aliento.

Necesitamos de débiles **linternas** porque aquella luz que inundaba todo, ha desaparecido de nuestros corazones.

Enterrando al Viviente nos hemos enterrado a nosotros mismos. Hedíamos nosotros, nuestros espíritus, y todavía no nos habíamos dado cuenta.

El loco de la plaza **ha muerto**, ha mucho tiempo. Él ha muerto, pero el Altísimo permanece.

¿Cómo consolarnos nosotros, que hemos dado muerte al Consuelo? Ahora el Consuelo vive, pero nosotros vivimos desconsolados.

¿Quién **borrará** nuestra mancha de sangre en nuestras manos? Solo Uno puede. Sólo un agua puede. El agua bautismal que brotó de su costado traspasado por nuestro deicidio.

La bajeza de este acto no tiene parangón. Anhelamos ser dioses y nos convertimos en demonios y bestias, en bestias demoníacas. Jamás hubo acción más vil. La historia se dividió en dos mitades.

Se añade que el loco, el deicida, el blasfemo, se tornó cuerdo y entró en varias iglesias y entonó su *Kirie Eleison* y preguntado por qué lo hacía recitó un maravilloso *Te Deum laudamus*. Preguntado por los circunstantes siempre respondía lo mismo: Yo estaba muerto y ahora vivo.

El profesor de lenguas mesopotámicas, Yasir El´Yusuf, se encontraba en final de su disertación en el salón de conferencias de la Universidad Aquinatus situada en la ampliación del sector IV de la isla.

-La muerte de Dios es *palpable* – exclamó con ironía, con una medio sonrisa- en estos 28.000 metros cuadrados de perfecta teocracia –la voz del catedrático era grave, profunda, de una agradable belleza. Hablaba con seguridad, de pie, sin ademanes, era ya el final de su larga intervención de hora y media-. A todos los que a lo largo de la Historia nos habéis atacado, a todos los que nos habéis perseguido, yo os digo: venid aquí a lavar vuestras manos ensangrentadas, vuestras almas pútridas. Aquí veréis donde está *arriba*, donde *abajo*. Aquí, en esta comunidad de hombres pecadores como vosotros, pero que intentan santificarse, veréis donde se halla el cielo, donde el abismo.

Esta isla es la losa aplastadora de *la muerte de Dios*. Esta isla con su peso estimado de cinco billones de toneladas es la losa donde se aplastan los tentáculos venenosos de la duda que el demonio inoculó en las arterias del mundo. Este estado es una afirmación. Una afirmación rotunda. Hablar aquí de la muerte de Dios, en esta tierra, en medio de sus incontables torres, en medio de sus innumerables pórticos, suena a chocarrería, a broma. *Si los hombres dejaran de aclamarme, las piedras gritarían*. Sí, aquí las piedras aclaman al Rey de reyes, al Señor de señores. Aclaman a la Verdad, la Verdad que es una persona, la Verdad encarnada. Una persona que supone la existencia de la verdad en estado puro, la verdad perfecta.

Abandonad vuestros prejuicios. La falsa libertad de la cadena de vuestros prejuicios, la falsa libertad de esa pesada cadena, quebrantadla aquí, quebrad aquí sus eslabones. En este lugar podéis lavar vuestras manos ensangrentadas. Porque tratando de haceros hombres superiores os habéis hecho inferiores. ¿Y así ahora sois

presas de sobresalto? ¿Sobreviene el vértigo a vuestro corazón? ¿Se abre ante vosotros un abismo? No me extraña. Vosotros que habéis penetrado en todo lo prohibido, ahora volved a lo permitido. Vosotros que habéis roto todo lo que veneraban los corazones de todos los creyentes, que habéis derribado todos los mojones, ahora tenéis una puerta por la que entrar en busca de la salvación.

Acabada su disertación se retiró de la tribuna con gesto serio, y se sentó en el asiento de la mesa donde le escuchaba el vicedecano de la Facultad de Filosofía. Los trescientos universitarios de la audiencia se levantaron a una, bramando en aplausos. Fue una explosión de aplausos, un estallido de entusiasmo que se había estado conteniendo durante una hora y media. Los más de treinta catedráticos presentes en la primera fila de asientos sostenían sus papeles con el codo, los dejaban sobre sus sillones, todos aplaudían enardecidos. El profesor El´Yusuf tenía un estilo propio de dar conferencias, un estilo completamente personal. Los que iban a escucharle lo sabían, y normalmente no se perdían ni una sola.

Deborah había asistido a la conferencia y se quedó hasta el final de todas las felicitaciones para saludarle. Cuando acaba una conferencia, todo el mundo va a estrechar la mano del conferenciante, a decirle alguna cosa. Si quieres hablar más rato con el conferenciante, la experiencia demuestra que lo mejor es sentarte y esperar tranquilamente a que la nube de felicitantes descargue su tormenta de enhorabuenas y vaya disipándose.

Al final, pudo ella aproximarse y decirle:

-Profesor, su disertación ha sido magistral.

-Muchas gracias –le dijo recogiendo sus papeles en la cartera.

-Sabe, algunas cosas de las que ha dicho tienen grandes paralelismos con la obra de Dupois, Ivonne Dupois. Yo misma,

cuando hice mi tesina sobre la obra de la académica francesa, ya percibí lo que usted ha dicho acerca de Heidegger.

-Ciertamente, está muy presente en su obra.

-De todas maneras, si me he acercado no ha sido sólo para felicitarle, sé que está usted en la Comisión de Prohibiciones, yo trabajo como censora para esa comisión y quería preguntarle cómo ha quedado el asunto de la obra de Abbud.

-¿Se refiere a Ahmad Abbud?

-Sí.

El conferenciante dejó todos los papeles, levantó la vista hacia ella.

-Bien, buena pregunta –dijo con una gran sonrisa.

Y, metidos todos los folios, cerró el broche la cartera.

-Mire –continuó el conferenciante-, he sido favorable totalmente a la libertad de publicación de la obra. Y al final, ha preponderado esa misma opinión.

-Bien, estaré deseando leerla. Ha sido un placer –y se despidieron.

La obra de Ahmad Abbud había provocado una tempestad en el tranquilo seno de la Comisión de Prohibiciones. La polémica se había desatado cuando una editorial de la isla había decidido comercializar una biografía publicada en Italia, una biografía de Johnston, el fundador de Nueva Brunswick. El libro, documentadísimo, era una tesis doctoral, contaba con multitud de información inédita. La cuestión era que en el libro se probaba de forma fehaciente que nuestro venerado fundador, una buena persona, tuvo no pocos elementos en su vida no muy ejemplares.

La figura de nuestro fundador no quedaba muy bien parada. Pues se añadían múltiples pequeños detalles que destruían su imagen idealizada. Eso iba provocar una más que previsible oleada de indignación, una marea de protestas. Finalmente, la Comisión dijo que el libro se podía publicar, a pesar de todas las protestas del

gobernador. Incluso el Congreso nos presionó para que cambiáramos el juicio sobre la obra. Pero la Comisión se mantuvo firme: en el libro no había nada contrario ni a la fe de la Iglesia ni a las buenas costumbres. El asunto llegó a la cámara de los trece censores, los cuales después de estudiar el tema durante diez días, se decantaron a favor del respeto a la libertad.

Una vez más, los revisores nos consideramos como una casta con un sacro deber. Y eso que el trabajo de revisor está muy mal pagado. Se suele encargar a personas de confianza que están preparando oposiciones, adjuntos a cátedras que van leyendo los escritos en ratos libres, clérigos con tiempo, gente así. Pero vemos en el departamento a pocos cabezas de familia que tengan que alimentar varias bocas con ese sueldo.

Se podría encargar este trabajo a peritos muy prestigiosos, pero la Comisión se ve obligada a reducir gastos en la mayor medida posible. Sólo los grandes libros, los libros de los grandes pensadores o los que se van a vender mucho, son leídos por sesudos catedráticos. Yo soy ama de casa y simultaneo mis labores con esta ocupación. Lo bueno de esta labor es que puedes trabajar en casa y trabajas cada día el tiempo que puedes. Al fin y al cabo, te pagan por número de páginas, el ritmo te lo fijas tú. En cierto modo, se podría decir que tanto trabajo solamente para producir una letra y un número. Los agricultores entregan kilos de patatas, nosotros un título acompañado de un número y una letra. Y eso sí, un informe de poco más de una página para el archivo. Ése es nuestro trabajo: desmenuzar el error, analizarlo. Trabajamos con el error.

Nuestros juicios determinan el destino de un libro. Aunque tampoco voy a afirmar que todo esto sea un acto mecánico. Hay actos administrativos que se convierten en asuntos muy espinosos, en asuntos que rozan la política. Censurar un artículo de alguien influyente en Nueva Brunswick, o de alguien muy prestigioso fuera de aquí,

puede tornarse en un acto problemático que hay que valorar. Da la sensación de que el ejercicio de la censura acerca de la moralidad o la ortodoxia debería ser algo fríamente objetivo. Al menos, nuestros informes lo son: son informes fríos, glaciales, carentes de emociones. Pero después la ejecución requiere de discernimiento. Se requiere prudencia hasta para defender la ortodoxia. Probablemente se requiera de prudencia y sentido común hasta para pasear por el jardín. Pero hecha esta salvedad, hay que reconocer que el mecanismo del ejercicio de la censura resulta bastante automático, por lo menos en la generalidad de los casos.

Tal cual suele ser el juicio, así suele ser la actuación del Ministerio. Lo otro son excepciones. Tanto los revisores, como el equipo de los que ejecutan las prohibiciones y restricciones son muy independientes. Ambas son independientes del Ejecutivo, como independientes entre sí. Los que llevan a cabo las medidas concretas, son conscientes de que a veces el remedio es peor que la enfermedad que trata de enmendar el remedio.

La mayor parte de las veces la comisión permite la comercialización de un libro acompañado de una pegatina donde consta su juicio moral. A veces, si el autor es de aquí, se le pide que retoque una escena que roza los límites del erotismo. O un párrafo que flirtea con la heterodoxia. Por supuesto que lo que nunca hacemos es modificar nosotros un escrito sin permiso del autor. Como he dicho: somos profesionales. Nosotros somos peritos en nuestra materia, no somos los fontaneros de la moralidad. Tampoco raptos de párrafos. Precisamente porque nos tomamos en serio las palabras, no tocamos nada. No trabajamos de un modo furtivo y vergonzante. Nosotros no tenemos nada que ocultar. Muy por el contrario, si algo nos parece mal lo decimos bien a las claras. Nuestra labor busca la luz, no la oscuridad.

Me han llegado a decir que hay quien piensa que entre las personas que nos dedicamos a esto reinan turbias conjuras,

inconfesables consignas y cosas por el estilo. Nada más lejos de la realidad. Yo soy ama de casa, amorosa madre de un niño y una niña, felizmente casada con un libanés que se trabaja en una empresa de calzado. Shui, otra revisora de mi equipo, es una amable madre procedente del sur de China que se está preparando para opositar a un puesto de profesora de Filosofía. Christian, otro miembro, es nuestro párroco, un bondadoso sacerdote cuya máxima preocupación son los pobres. El resto del equipo de censores son gente de más peso, más inmersa en los ámbitos de la universidad. Pero todos buenas personas, no monstruos.

Los que viven aquí entienden a la perfección que si uno funda una teocracia se ha de ejercer una cierta vigilancia de la moralidad. Una vigilancia no opresiva, sino humana. Además, uno de cada cuarenta libros es revisado por una segunda persona de otro equipo. Y una tercera de un escalafón superior compara los dos informes. Si las discrepancias son notables y se repiten varias veces, el entero trabajo del revisor es sometido a investigación. Para indicarle qué debe cambiar o, incluso, ofrecerle otro trabajo meramente administrativo, si se ve que no es apto para la labor que está haciendo.

No en todos los casos, uno es apto para esto de una vez para siempre. Hay quien se va volviendo más riguroso al final de la vida; o más laxo. Una depresión u otros problemas personales influyen, ciertamente, a la hora de emitir este tipo de juicios. Hay quien con los años va acumulando una carga de amargura.

A mí mi trabajo me resulta muy gratificante y, además, en cierto modo, se complementa con el de mi marido. Mi trabajo radica en el mundo de los conceptos, el trabajo de mi esposo se halla en el mundo material. Mi marido produce cosas visibles, tangibles. Yo trabajo por la defensa intelectual y moral de nuestra república.

Deborah miró cariñosamente a su marido, algo rellenito, con bigote, sentado en el sillón, viendo el rugby, comiendo palitos de queso. Media hora después, llegó un vecino a tomarse unas cervezas, mientras veían la segunda parte del encuentro. El vecino trabajaba en el Departamento de Defensa y le estuvo explicando durante un buen rato el nuevo programa de defensa perimetral subacuática de Nueva Brunswick. No dejaba de hablar de cómo, de forma permanente, más de mil sondas submarinas estáticas detectarían el más pequeño objeto que penetre en las profundidades en un radio de quinientos kilómetros a la redonda. Después, se ha puesto a hablar entusiasmado de los nuevos submarinos Weister-Hubble.

Me imagino que cada uno se exalta con sus propias cosas, pensó Deborah. Una madre y esposa feliz, contenta de su trabajo y de vivir en el lugar donde vivía.



La ampliación suroeste de la isla central con los años se había convertido en un archipiélago de islotes unidos por más de dos centenares de puentes. Había puentes color crema airosos, rectilíneos. Otros viaductos eran, aparentemente, pétreos, pesados, con ventanas cuadradas que recordaban que, incluso en esas estructuras, el espacio había sido aprovechado para viviendas. Los había anchos con árboles y farolas, otros estrechos y reducidos al estilizado esqueleto metálico esencial.

En este archipiélago se hallaban también pequeñas islas artificiales que sostenían no más allá de una decena de casitas con su verde patio central cubierto de arbolillos, palmeras y helechos. Aquel entramado de diminutas islas daba la impresión de una Venecia tropical perdida en el Pacífico. Aunque más que una impresión veneciana, daba la sensación de estar delante de un grupo de empinados

icebergs no blancos, sino rebosantes de vegetación y salpicados de edificaciones pequeñas.

Esa impresión de icebergs de laderas empinadas se debía a su elevación sobre el mar. Debajo de las plataformas, navegaban todo tipo de embarcaciones, en todas las direcciones, de todos los tamaños. En algunos de los fiordos que formaban los islotes, había miles de personas nadando, todas cerca de las playas artificiales.

Al principio, los bañistas podían nadar por cualquier parte, con total libertad. Pero en el año 2190 comenzaron a aparecer los primeros tiburonatos. Algún ingeniero genético de Los Ángeles, nunca se supo con seguridad quien, modificó en un laboratorio algunos de los genes de los tiburones mezclándolos con algunas características de las orcas y los cachalotes. El resultado premeditado era crear un tiburón extraordinariamente agresivo con los nadadores y de un tamaño cinco veces más grande. Aunque luego una mutación subsiguiente del contador interno de la dexoproteasa hizo que estos tiburones llegaran a alcanzar incluso más allá de los mil kilogramos de peso. Pronto popularmente se les llamó *tiburonatos*. Resulta difícil imaginar quién pudo a sangre fría derramar en alguna costa el bote de cristal que contenía los primeros alevines que se dejaban en libertad.

En las templadas aguas tropicales estos seres de laboratorio se reprodujeron con notable fecundidad. Desde ese momento ni en los mares alrededor de Nueva Brunswick, ni en ningún océano, nadar volvió a resultar seguro al 100%. No había demasiados informes de ataques, pero nadie que se metiera en el agua podía obviar la posibilidad de que esos seres transitaran por esa zona en concreto. Fue después de que se produjera la novena víctima mortal en menos de dos meses, cuando el gobierno de la isla ya no tuvo ninguna duda de que había que haber que aislar la zona de baño con redes especiales.

Después se vio que las redes no bastaban. La embestida de esas fieras contra

las redes era de una fuerza impresionante. Y eso sin contar con que en dos casos, percibiendo a los bañistas al otro lado, llegaron a pasar por encima del obstáculo que significaba la red. La visión de centenares de seres humanos chapoteando les volvía como locos. Finalmente, hubo que poner fondos artificiales.

Desde el año 2190, bañarse en el mar no ha vuelto a ser lo mismo. Esos seres pululan y es una mera cuestión de suerte estar o no en su camino, y ser detectado por ellos.



Lvanova Keresdenko se mecía tranquilamente en la vieja mecedora de su porche. Miró a su interlocutor con desconfianza y con fastidio, a partes iguales. Después contestó:

-Pues sí, yo amo a mi país. ¡Esta es mi patria! Aquí nací, aquí me quedaré. Usted no se imagina el orgullo que siento por esta tierra que entre todos hemos levantado y mantenido –la vieja seguía meciéndose con beatífica pesadez, acariciando su gato mimoso-. Usted no sabe la tranquilidad qué significa para una anciana como yo saber que puedo pasear por cualquier rincón de Nueva Brunswick a cualquier hora del día y de la noche. ¡A cualquier hora, por cualquier lado! Sé que nadie va a entrar en mi casa, ¡aquí no hay robos! Confío en mis gobernantes, estoy segura de que no me van a mentir. ¡No mienten! Son gobernantes que se confiesan, que reciben los sacramentos.

Sí, esta tierra está bendecida por Dios. El Creador nos da lo necesario cada día para vivir. Veo a mis nietos corretear al final de la calle todos días, están solos, pero sé que nada malo les puede ocurrir. Fuera de este bendito país hay un asesinato cada minuto... o cada segundo... no me acuerdo bien de las estadísticas. Sólo he salido de turismo una vez en mi vida. Puse la televisión en el hotel y creí que iba a

vomitarse. Excuso decirle lo que vi. Cuando salí a la calle había cuatro drogadictos que delante de nosotros, sentados en un banco, fumaban no sé qué en unos tubos de cristal. Y una hora después, vi como a una pobrita jovencita le robaban el bolso dándole un golpe en la espalda, un golpe que la tiró al suelo. Todo eso sucedió a pocos metros del grupo de turistas en el que iba.

Aquí me siento segura, aquí hay temor de Dios. ¿Sabe usted lo que es el temor de Dios? La gente tiene conciencia. No es la Ley la que mantiene el orden en Nueva Brunswick, es la conciencia.

Fuera, los matrimonios se separan continuamente. Nadie puede tener seguridad de que el marido cumplirá la palabra dada. Aquí reina la Ley del Altísimo. Una se casa y sabe que ese hombre te cuidará en la vejez. ¿Me ha entendido usted?

-¿Y la censura?

-¡La censura! ¿Qué pasa con la censura?

-¿No preferiría un poco más de libertad?

-¿Ah, no soy libre?

-Me refiero a que hay cosas que aquí no se pueden hacer.

-Aquí no se puede hacer, lo que no se debe hacer.

-Pero eso lo decide el estado.

-Eso lo decide la Ley de Dios.

El gato quería que le siguieran acariciando, así que levantó la patita hacia arriba, como diciendo: estoy aquí. Ivanova prosiguió:

-Ya veo por donde va. Mire, no es que nos prohíban ver o leer nada. Lo que sucede es que nosotros no queremos entrar en contacto con esas cosas, con esas inmundicias. Ni con las guarrerías ni con las mentiras del demonio. Sí, el Diablo, el Príncipe de la Mentira, ha lanzado toda su baba para confundir a las mentes. El ateísmo, el agnosticismo y todas esas... mentiras del Maligno, el Enemigo de la raza humana.

-Veo que está contenta de habitar en este país.

-Es mi patria. Mire, cuando veo esa bandera de ahí –y señaló a lo lejos, a la bandera con ondas azules, la enseña de Nueva Brunswick - no sabe usted lo que siento. No puede entenderlo. Canto nuestro himno a pleno pulmón. Y me emociono. Todavía me emociono, como cuando era una niña.

Este mundo sería perfecto, simplemente perfecto, sino fuera por los musulmanes y los budistas que habitan la las islas del sector 5, las de enfrente de Tróade. Pero ésa es otra historia. Hemos sido demasiado buenos. Y de esos malditos protestantes, mejor ni hablar. Ya es hora de que seamos más egoístas. Tenemos que pensar más en nosotros mismos. Hemos abierto demasiado las puertas. En fin, no me tire de la lengua.

El reportero se marchó. El trabajo realizado era para una televisión nipona. La que había hablado era la abuela de Deborah, la cual la escuchaba en otra mecedora del mismo porche. A pocos pasos, pero fuera del enfoque de la cámara.

-Lo has hecho muy bien –le felicitó Deborah.

Déborah con resignación seguía matando algún que otro mosquito que se le posaba sobre su delicada piel. Su mano acababa de poner punto final a la vida de uno de esos diminutos insectos. Deborah, abanicándose miraba a su abuela. Su abuela era la tercera generación en aquella isla. Por las venas de Deborah corría sangre grecochilena y francoirlandesa por el lado paterno, y rusa por parte de materna.

La rama de su familia que más llevaba en la isla era una familia de conversos que se trasladó allí porque no tenía nada. Llegaron con sus maletas, con su entusiasmo y dos niños pequeños. En cierto modo, ésa era la historia de muchas familias de Nueva Brunswick. Casi todo el mundo que llegó, llegó sin nada. Por eso, Nueva Brunswick era una sociedad tan igualitaria.

La abuela de Deborah echó al gato de su regazo y tomó la pequeña Biblia de

cubiertas negras y flexibles que tenía junto a un gran vaso de té y hielo. Apartó un marcador de papel, poniéndolo en la mesita de su izquierda, y leyó un rato como solía hacer antes de la cena. Sus ojos se toparon con los versículos que decían:

En tiempo venidero la montaña de la casa del Señor será firmemente establecida en la cima de los montes y se elevará por encima de las colinas.



Ha habido varios intentos de implantar la utopía a lo largo de la Historia: la nación de ciudadanos que debía emerger de la revolución francesa, la república que nació de la revolución americana, la sociedad proletaria de la revolución soviética, la China campesina de Mao. Ha habido muchos intentos menores, de dimensiones reducidas. Han existido otras tentativas inmensas, que han resultado catástrofes de gran tamaño. La búsqueda de la utopía, la búsqueda del paraíso perdido. ¿Un Olimpo materialista o una teocracia edénica? ¿Era la ciencia, el nivel de vida, lo que nos redimiría? ¿O debíamos construir una sociedad como la que dibujó Norman Rockwell en sus idílicos lienzos? Lo cierto, piense cada uno lo que piense, es que hasta los mismos Estados Pontificios en la Edad Media, o el Estado de Israel aparecían como una cierta prefiguración de nuestra cristiana república.

Deborah entró en el despacho, su esposo ya debía haberse quedado dormido en la cama o en el sofá, era casi la hora de irse a la cama. Tomó un libro. Todavía tenía tiempo de leer unas cuantas páginas en medio de ese silencio placentero. La pila de obras de su derecha esperaba a ser censurada. Las obras aguardan pacientemente a ser censuradas.

El último crecimiento del estado ha sido el Parque Chiang Yatsen. Oficialmente tiene ese nombre, pero todo el mundo lo conoce como el Parque de Santa Juana de Arco por una estatua que hay en el centro de un jardín cuadrado cerca de la entrada. La estatua ecuestre muestra a la doncella francesa enarbolando orgullosa su estandarte. El caballo y la joven parecen hechos del oro más puro, y desprenden un vigor, una fuerza, que hacen de ese jardín de césped y setos cuadrados, uno de los lugares favoritos del parque. El cual está dotado de tres niveles.

El nivel de la superficie de cuenta con tres kilómetros cuadrados de agradables praderas y tupidos bosques. En el centro del parque se yergue majestuoso un árbol artificial cuyo tronco tiene treinta metros de grosor, si bien es chaparro. Este árbol tiene el aspecto de un baobab de cincuenta y cuatro metros de altura. Aunque en su interior hay una estructura metálica y su exterior es de un tipo de metacrilato, cuelgan de él abundantes lianas. Y en los huecos de su corteza rugosa crecen miles de plantas. El árbol con sus plantas creciendo sobre él, sus lianas, el musgo que recubre algunas de sus partes y los pájaros que anidan en sus ramas, es un verdadero mundo, el orgulloso emblema del parque. El parque en sus partes exteriores es una llanura de hierba, salpicada por algunas flores silvestres. En su parte más interior, hay una especie de suaves montañas densamente cubiertas por un bosque. En el mismo centro del parque, rodeada por el anillo de montes, está la planicie con el gran árbol, cuyo nombre era Iggdrasil.

El segundo nivel del parque corría bajo la superficie. Grandes aberturas del primer nivel dejaban entrar la luz en la parte inferior. El suelo estaba cubierto de hierba artificial, pues la luz era escasa. Excepto bajo las grandes aberturas del techo, donde entraba la luz a raudales, lo que permitía que crecieran las plantas y los árboles en esas partes del segundo nivel. El tercer nivel contaba con la luz de contadísimas

aberturas del primer nivel. Era un parque nocturno, incluso al mediodía. Crecían muchos tipos de hongos y setas naturales o manipuladas genéticamente. En medio corrían arroyos del agua que escurrían las hojas de las plantas por la humedad de los niveles superiores, así como por las lluvias.

Si sumábamos los tres niveles, eso daba un resultado de nueve kilómetros cuadrados. La construcción de este parque, así como el desarrollo de sus zonas verdes, se llevó a cabo durante veinte años, y fue el propósito en el que se empleó la mitad de los fondos de la fundación que había creado Johnston para ayudar al estado. El estado definitivamente estaba consolidado, y la fundación se fue deshaciendo de sus fondos progresivamente en proyectos de este tipo. Pues no había sido el propósito crear una fundación que durase indefinidamente.

En la parte sur del parque, había una zona prados y lirios enmarcada entre unos valles. En su centro, había dos árboles artificiales de nueve metros de altura que representaban el Árbol de la Vida, y el Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal. Estos dos árboles eran una de las representaciones más frecuentes en la iconografía de la isla. Estos dos árboles eran dos obras de arte de bronce y esmalte. Las hojitas verdes estaban hechas de piedras semipreciosas, una variedad de turmalinas, jades y malaquitas. Sus troncos tenían el color del ágata. En esa parte, siempre había un par de centenares de personas sentadas meditando o leyendo. Era un lugar muy popular en Nueva Brunswick. El parque entero siempre tenía millares de excursionistas cualquier día de la semana a cualquier hora.



El sector bancario... ¿Quién nos iba a decir que ésa iba a ser la principal fuente de ingresos para el estado. En Nueva Brunswick hay ocho edificios de oficinas, que tienen delante relucientes carteles con largas siglas de entidades bancarias. Además de estos Ocho Grandes, hay unas veinte oficinas financieras. Despachos mercantiles, testaferros, bufetes de abogados especializados, sucursales administrativas de compañías... La isla es considerada una nación pequeña pero seria. Los banqueros extranjeros no saben si aquí reina la religión, pero han comprobado que en esta pequeña nación desde luego reina la estabilidad y la seguridad.

El volumen de negocios ha crecido tanto, que el estado ha decidido crear una pequeña isla en el Océano Atlántico, a doscientos kilómetros al oeste de Irlanda. Justo donde acaba la plataforma continental y comienza el Océano Atlántico. Se trata de una plataforma pequeña, llamada Heimrrodall, apenas doscientos metros cuadrados de superficie, pero es nuestra sucursal en Europa. Un solo edificio como un castillo, ocupa prácticamente toda la isla. Exactamente el 96% de su superficie. El edificio tiene el aspecto de un castillo escocés de piedra: alto, sobrio.

En teoría es un lugar de retiros espirituales, y lo es. Pero el edificio está dividido en dos partes, y una de esas partes tiene funciones es donde están las oficinas para la atención de los clientes, así como las salas con cajas privadas. Apenas habitan Heimrrodall una veintena de personas. No es una isla-estado, sino que su *status* es el de una posesión de Nueva Brunswick. Ésa isla es nuestra, y bien que nos cuesta mantener un equipo mínimo de personas allí. El tiempo es infernal, una verdadera antítesis de Nueva Brunswick. La lluvia, fina o gruesa, es constante. Cuando no llueve, el cielo siempre está cerrado bajo un compacto techo de nubes. Esa zona del Atlántico suele mostrar unas aguas grises, desapacibles, con aguas nunca del todo carentes de olas. Siempre hace frío. En invierno la nieve se acumula en todos los

tejados, cornisas y patios. En enero y febrero, puede nevar durante una siete o nueve días.

Algunos grupos pequeños, acompañados por un sacerdote, hacen un fin de semana de retiro espiritual, o cuatro o cinco días. Es un lugar óptimo, porque se tiene la sensación de estar en un extremo del mundo, en un entorno apocalíptico. Y en las noches de galerna, las olas se estrellan contra los muros de la isla con una violencia espectacular. Pero la estructura ni se inmuta. Fue erigida para soportar todo eso. La fortaleza gótica es un peñasco inmutable en medio de un mar revuelto.

Discretamente, unas veinte veces al año, una aeronave viaja de Heimrrodall a Nueva Brunswick. Dentro de ella, copias digitales de transferencias, inversiones y algunas cajas cerradas bajo llave. El cliente sabe que con sólo dar la orden, esa caja en cuatro días puede estar de nuevo en Heimrrodall. Todo es una cuestión de dinero. Si pagas, obtienes los servicios. Pero nadie piense que en Nueva Brunswick había cámaras con lingotes de oro o que allí se guardaban físicamente las fortunas de los clientes. El capital ingresado en los servicios financieros de Nueva Brunswick estaba repartido por todo el mundo. No había cámaras de dinero ocioso en Nueva Brunswick, sino una red de cuentas por todo el planeta. Cuentas que se invertían y producían un río de beneficios. Si bien hay que aclarar que 4/5 partes del volumen bancario que se movía en Nueva Brunswick, pertenecía a firmas extranjeras que habían abierto sucursales allí.



-Hemos llegado a tiempo –dijo con satisfacción el jefe del bufete de abogados al Gobernador de Nueva Brunswick -. Contamos con informaciones coincidentes de que se están moviendo las cosas para crear ya, por fin, la *Sociedad General de Estados Marinos*.

Se llevaba más de tres decenios hablando de la *Sea States General Society*, conocida por sus siglas SSGS. Pero las desavenencias entre los grandes estados habían evitado que fuera una realidad.

-A partir de ahora todo nuevo estado marítimo que se cree pertenecerá a esa organización supranacional –añadió el abogado.

Pero eso ya no les afectaba a ellos. Nueva Brunswick llevaba fundado veinte años. El abogado le explicó que la SSGS, en el fondo, escondería un monopolio controlado por Estados Unidos, Europa y China. Ya que ellos tres controlarían el 50%, del consejo de administración, el resto de naciones marítimas tendrían una participación del 25% del consejo, y la misma SSGS elegiría los miembros del restante 25% del Consejo. Esto último debido a que, en teoría, esa sociedad sería una organización independiente. Un organismo independiente con participación de las naciones en su consejo.

Hasta ahora no había habido acuerdo para poner coto a la creación de nuevos estados, porque a la industria norteamericana no le interesaba. Pero ahora el lobby bancario, que tenía muchas pérdidas por este motivo, había vencido en el Congreso de Estados Unidos. Y eso que los mismos bancos habían estado hasta ahora muy divididos al respecto. Pues en parte no les interesaba que naciones marítimas independientes crearan sus paraísos fiscales, y en parte esos paraísos estaban regentados por las mismas firmas bancarias norteamericanas.

Pero, a partir de ahora, todo nuevo estado creado pertenecería a la sociedad, pagaría impuestos a ésta, y su misma soberanía se regiría por las normas aprobadas por este organismo. Evidentemente, los nuevos estados no serían realmente soberanos, sino que en la práctica serían sucursales de la SSGS que sería el organismo verdaderamente dotado de soberanía. Soberanía sobre el papel, ya

que, en el fondo, estaría dominada por las tres grandes naciones.

Los rumores de los círculos financieros se cumplieron, la sociedad fue fundada en los meses siguientes, y antes de dos años, la SSGS contó con una flamante sede central en Australia. También en ese continente tenía su sede central la ONU.

El gobernador y el jefe del bufete siguieron revisando otros asuntos. En un momento dado, el gobernador exclamó:

-Quisimos recrear el paraíso. Y hemos creado un paraíso fiscal.

El abogado le informó de cómo iban el par de asuntos menores, que tenían rodando por las oficinas de la ONU.

La ONU hacía mucho tiempo que había quedado reducida a efectos utilitarios. Hacía medio siglo que había quedado olvidada toda veleidad de un gobierno conjunto de las naciones sobre el mundo. Los intereses nacionales habían ido reduciendo las competencias de Naciones Unidas, hasta dejarla reducida a unas oficinas para organizar todo lo que compete al Derecho Internacional. En el fondo, la ONU había quedado reducida a un organismo para llevar a cabo todo aquello que le interesara a los Estados Unidos, a Europa y a la Liga Asiática. La misma *Sociedad General de Estados Marinos* era, desde su mismo comienzo, mucho más poderosa en presupuesto y atribuciones reales que la misma ONU. Eso sin contar con que existía un plan de las grandes naciones, para que un conjunto de organizaciones que esas naciones habían creado, acabaran fagocitando lo que quedaba de las funciones de Naciones Unidas, para refundarla con unos nuevos estatutos.

La pequeña Nueva Brunswick estaba muy lejos de las grandes maquinaciones de los grandes del mundo. Maquinaciones, sin embargo, que podían acabar afectándola indirectamente, sino fuera porque a veces los planes de los hombres son interrumpidos por designios mucho más poderosos.



Deborah y su marido habían llevado a sus cuñados a visitar el centro de la capital de Nueva Brunswick. Sus cuñados eran de Uganda (aunque descendientes de holandeses) y finalmente habían decidido aceptar la invitación de visitar la isla de sus familiares. Ahora, Deborah y su marido les estaban enseñando el frontispicio de mármol y las columnas del monumental edificio del Congreso. El mármol normal formaba un magnífico marco triangular, para las figuras de mármol de carrara del frontón. Los músculos y ropajes blancos resaltaban sobre un fondo ligeramente dorado. El conjunto era espectacular. Los cuatro bajaron las escalinatas.

-Deborah, una pregunta.

-Sí.

-Nos habéis explicado antes que ese archipiélago de islas unidas con puentes que vimos al venir hacia aquí se rigen por ese estatuto del que nos habéis hablado, ¿pero no se quejan los hermanos separados, como los llamáis, de que el ejército de esta república sea exclusivamente católico?

-No, no mucho, o más bien nada. Mira, los puritanos, los amish y los grupos afines son muy pacifistas. Sostienen un idealismo pacifista del que nunca, nosotros los católicos, nos hemos sentido muy contagiados. De los budistas se puede decir lo mismo. Son pacifistas a ultranza.

-¿Y el resto?

-El resto se tiene que aguantar. El Estatuto es férreo. Ellos saben que fueron admitidos aquí con la condición de no alterar el *statu quo* que reinaba en la isla. Y, afortunadamente, llevamos vidas muy separadas. En el mismo Estado, pero en islas distintas. Nosotros no nos metemos en su vida, y ellos no se meten en la nuestra. En la práctica es como si fuéramos independientes. Nos respetamos, no nos metemos en la vida de ellos, ni ellos en la de nosotros.

-¿La policía de Nueva Brunswick patrulla en esos lugares?

-Sí. Son parte de nuestra nación. Formamos una sola república.

-Tienen derecho a tener policía propia?

-Pues no.

-¿Tienen tribunales propios?

-Tienen derecho a tenerlos en sus islas, pero el Estatuto da derecho de apelación a los tribunales de Nueva Brunswick a cualquiera de sus habitantes, sean de la etnia o denominación religiosa que sean.

-Ya veo.

-Mira, hasta en el paraíso hay que pagar impuestos, hasta en el paraíso hay leyes. El fundador de Nueva Brunswick era un hombre con los pies en la tierra. *Pedid las cosas a Dios, como si todo dependiera de Él. Haced las cosas como si todo dependiera de vosotros.* Era una frase que repetía mucho. Creo que es una máxima jesuítica. Quizá la clase media de esta nación sea muy idealista, pero sus gobernantes han heredado esa misma visión realista de nuestro fundador. Ésta es una teocracia que busca no una utopía absoluta, sino la consecución de un ideal moderado. El día que perdamos de vista el realismo, nuestra utopía moderada se desbocará en alguna dirección, naufragando después.

-Entiendo.

-Confiamos en el Altísimo – intervino el marido de Deborah-, pero al mismo tiempo ponemos los medios. Confiamos, pero estamos vigilantes.

-Oye, ¿y estos dos árboles?

Delante del Congreso, a doscientos metros, destacaban dos árboles. Aquel roble y aquel almendro llamaban la atención, pues todos los árboles de esa isla institucional eran cipreses.

-Simbolizan el Árbol del Bien y del Mal. Es una de las representaciones más repetidas en la isla.

-Sí, os entiendo. Veo que el árbol que simboliza el mal no es un manzano, ¿no era una manzana lo que aparece en la Biblia?

-No, en el texto no se dice qué árbol era.

-Ah. Es un roble muy bonito. Pero cuando el almendro florezca... en fin, también será hermoso.

-También el mal tiene sus momentos de florecimiento. También el mal tiene sus flores, flores engañosas, pero después, casi todo el año, su ramas quedan desnudas. Uno quedará desnudo, el otro seguirá verde.



Los preparativos de Deborah y su marido por arreglarse, continuaban en los dos aseos de la casa. Debían estar listos antes de las ocho para ir a cenar a casa de sus suegros. El complaciente marido de Deborah ya salía del aseo, aquél era su día libre a pesar de ser domingo. Normalmente, en Nueva Brunswick, el domingo no trabajaban más que los camareros y cocineros, pero el marido de Deborah trabajaba como electricista en el mantenimiento del sistema balístico de la isla.

La isla podía ser todo lo espiritual que se quisiera, pero cuatro torres metálicas de casi treinta metros de altura, situadas en los cuatro puntos cardinales del estado, con sus baterías de misiles siempre a punto, eran la salvaguarda de todo aquel pedazo de tierra rebosante de amor a Dios. Rebosante de amor, pero con unos ocho mil pequeños misiles de interceptación, y otros dos mil de envergadura media, estaban dispuestos a defender la peculiaridad de aquel país soberano.

Sus baterías estaban 24 horas al día vigilantes, dispuestas a actuar en cuanto los radares detectaran cualquier punto no identificado que se aproximara sin seguir todos los protocolos de acercamiento a Nueva Brunswick. El pequeño ejército del pequeño Estado era una prueba bien clara de que los rectores de aquel enclave podían

ser muy románticos en sus ideales, pero que no dudaban en apretar el gatillo si era necesario. Aunque no había que apretar ningún gatillo, ni presionar ningún botón. El sistema se activaba de forma automática. Si algo entraba a toda velocidad en el espacio aéreo de Nueva Brunswick, sería abatido e cuestión de segundos. Todas las aeronaves debían aproximarse por los pasillos aéreos establecidos, a una velocidad determinada y siguiendo todos los protocolos. Si una aeronave llena de pasajeros era derribada, no había culpables. El sistema era automático, a nadie se le podía echar la culpa. La seguridad de la isla estaba por encima de todo.

Todo aquello podía resultar muy poco poético, pero a veces la poesía se sustenta sobre mucha prosa. Los gobernantes de ese minúsculo enclave sabían que, de momento, fuera de los límites de aquella teocracia, el león no pastaba con el buey.

Cuando estuvieron listos, anduvieron trescientos metros hasta la entrada del sistema subterráneo de monorraíles. Había escaleras mecánicas, pues el andén estaba cuatro pisos más abajo. Los minitrene iban colgados por la parte superior. Una vez abandonado el andén, se veía el mar bajo los pies. Un mar que ese día estaba embravecido entre los pilares de las plataformas.

Bajo las islas, siempre reinaba la penumbra en el que destacaba el titilar de todas las luces de los minitrene que iban y venían por aquella maraña de raíles. Por debajo había embarcaciones grandes y barcas de recreo.

-Acuérdate de ser amable con mi madre –le reconvinó Deborah-. Tiene sus manías, nunca os habéis caído bien, pero al fin y al cabo es mi madre.

-Eso significa que siempre tienes que estar de su lado, ¿no?

-Exacto.

Parte III

La muerte de un Estado



*Aquella noche del 23 de abril de 2206
a las 3 de la mañana*

Aquella noche en que llegó el cardenal, el prelado del lugar ultimaba los preparativos en palacio. Cuando se oyeron las ruedas del coche del cardenal rodando por la arena del camino del porche de entrada de la fachada del palacio episcopal el obispo salió a recibirle con solideo y fajín. Los dos se abrazaron al modo clerical, cordialmente pero sin efusividad.

Tras el abrazo entre el cardenal y el obispo del lugar, el secretario del purpurado se aproximó a presentarle sus respetos al obispo del lugar. En ese instante, el cardenal avanzó hacia el interior del palacio. Estaba agotado, no estaba ya para ceremonias. Dejaría que sus tres secretarios estrechasen la mano del joven secretario del obispo, que se saludasen entre ellos, él sólo deseaba dormir. El obispo anfitrión subió los tres peldaños del porche tras el cardenal. Una ligerísima refección estaba lista en el comedor azul por si el prelado visitante tenía apetito.

-Muchas gracias, pero mañana debo estar en Roma –fue toda la respuesta del cardenal.

El cardenal siguió avanzando por el vestíbulo alfombrado seguido del obispo y los secretarios de ambos. El cardenal le

hizo gesto al obispo de que se colocara a su lado.

-Mientras subimos por las escaleras voy a explicarle un par de cosas –el cardenal hablaba bajo el peso de una grave preocupación, pero con energía, como alguien que sabe que no dispone de mucho tiempo en una situación excepcional. No era para menos, el Papa estaba detenido en una prisión de la Unión Europea bajo cargos gravísimos-.

-El Santo Padre seguirá detenido. No hay ninguna duda –y miró a los sorprendidos ojos del obispo con firmeza-. No albergue ninguna confianza en que esto se va a arreglar con algún procedimiento jurídico o diplomático. Dé por descontado que vamos a tener cónclave dentro de poco tiempo.

-¿Pero cómo puede decir eso? El Santo Padre sigue en perfecta salud.

El cardenal le miró con energía, aunque su mirada denotó en seguida indulgencia, conocimiento de la situación. Por un instante su mirada no había mostrado sólo vigor, nada de cansancio. Eran las tres de la mañana. El cardenal prosiguió subiendo las blancas escaleras enmoquetadas hacia su aposento, también prosiguió con sus explicaciones.

-Pronto, más pronto de lo que se imagina, comenzará una persecución generalizada en Europa.

El obispo apretó los puños pero no dijo nada. El cardenal prosiguió:

-La persecución anticristiana es una política clara y decidida del nuevo hombre fuerte en Europa y del partido que hay detrás de él. No va a haber carta magna que nos proteja. Ni sistemas constitucionales, ni nada, la voluntad del nuevo partido es clara. Recuérdelo.

-Si le soy franco –dijo titubeante el obispo-, me quedé sorprendido de que... en estas circunstancias... fuera usted el que trajera personalmente la caja.

El cardenal sonrió.

-Haré varias paradas mañana en mi viaje a Roma. Debo dar instrucciones reservadas a distintos obispos. Pero ni

siquiera saldré del aeropuerto. La otra razón para este viaje, es que convenía que yo estuviera fuera de la Urbe justamente ayer. También nosotros tenemos nuestras fuentes de información. Este viaje fue una excusa perfecta para poner distancia.

El obispo hubiera deseado hacerle un centenar de preguntas, pero ya habían llegado a la puerta de la habitación. El cardenal se volvió y con energía se despidió diciendo:

-El resto de cosas están en el maletín de mi secretario. Léalo detenidamente. Mañana no podremos hablar. Nada más levantarme marcharé a Roma.

El obispo hubiera querido hablar con él media hora más. Al menos, hacerle unas cuantas preguntas, pero el cardenal le había dicho las últimas cosas con la mano puesta en el pomo de la habitación que él mismo le había señalado como la suya. Bien a las claras se veía que quería estar

metido en la cama en menos de diez minutos. El obispo tan solo atinó a preguntarle si deseaba que le prepararan las cosas para decir la misa al levantarse.

-No es necesario. Mi aeronave en su interior tiene un altar, celebraré allí la misa durante el viaje de regreso. Me retiro a descansar.

-Hasta mañana.

Al día siguiente, el cardenal celebró devotamente misa privada en el altar de la aeronave. Un altar renacentista adosado a una de las paredes, con un bonito tríptico gótico. El cardenal celebraba con un cáliz del siglo XVI. Tras la elevación, hizo una larga genuflexión. Oraba con verdadero fervor. Sabiendo que mientras se concentraba en esas oraciones, en esos ritos, la aeronave se dirigía hacia a 900 km/hora hacia el centro de todas las intrigas, al centro del poder y las tinieblas.

Bernardino Milano echó una última mirada hacia atrás, justo antes de cerrar la compuerta metálica de gruesas barras interiores de seguridad. Era el funcionario encargado del inventario y de notificar que las últimas cajas habían llegado a su destino y habían sido almacenadas en sus lugares precisos. Ahora la cámara se cerraría para no volverse a abrir. Quedaría clausurada durante muchos años... quizá siglos.

Bernardino no sólo giró con sus obesas manos el duro anillo metálico que la compuerta tenía en su centro y que accionaba todas las barras interiores. Sino que además, cerró con dos llaves las dos cerraduras de ese pesado portón redondo. Después muy serio se secó el sudor de la frene, tomó las llaves, las dos únicas llaves que podían abrir la puerta, y en la presencia de los dos altos funcionarios allí presentes agarró un martillo y concienzudamente machacó las dos llaves, especialmente sus puntas. Ya nadie podía entrar allí. Únicamente con un equipo de soldadura se podría abrir un agujero en la puerta.

El resto del búnker tenía dos metros de espesor de hormigón rodeando paredes, suelos y techos de aquel gran cuadrado. La cámara tenía algo menos de doscientos metros cuadrados. Una compañía de veinte hombres vigilaría constantemente aquel lugar subterráneo. Aquellos militares custodiarían el lugar, aunque ellos no supieran qué custodiaban. Los presentes en la destrucción de las llaves habían jurado unos días antes no revelar nada acerca del contenido de aquel búnker.

Las cajas habían sido numeradas y catalogadas meticulosamente. Iban cerradas, pero aquel funcionario que había echado el cierre al portón, no había podido evitar echar una mirada hacia atrás antes de salir. Sabía lo que había dentro de esas cajas: Caravaggio, Rafael, fray Angélico, bustos griegos, lienzos del *Quattrocento*, fragmentos de retablos, arcones cerrados con cadenas que contenían archivos en forma de cajas metálicas numeradas. El

Vaticano había escondido allí de todo, sin que nadie en el mundo lo supiera. Ahora en Nueva Brunswick estaban puestos a salvo códices medievales, cartas de santos y reyes, infinidad de reliquias. Allí, bien clasificados, se encontraban cuerpos de místicos, la Sábana Santa y sobre todo, sobre todas las cosas, la caja que tenía la indicación VA327. En ella estaba el *Lignum Crucis*, un trozo de la verdadera Cruz donde el Redentor había ganado la salvación del mundo. Un trozo que documentadamente provenía de los tiempos del Imperio Romano, de los ya lejanos tiempos en que la madre del emperador Constantino se trasladó a Tierra Santa en busca del preciado madero.

La comitiva que vino del helipuerto escoltando aquella última caja no sabía qué contenía, los conductores desconocían qué trasportaban en su todoterreno policial. Si lo hubieran sabido no se lo hubieran creído. Sabían que llevaban algo muy importante, pero no sabían que llevaban un trozo auténtico de la Cruz, de la auténtica Cruz donde murió el Mesías.

En cierto modo, aquella caja contenía la razón por la que había sido construida aquella isla. La Historia había sido partida en dos a raíz de lo que sostuvo aquel madero guardado en esa caja en un relicario de oro y plata, cubierto entre telas de seda y rodeado de materiales mullidos que amortiguaban cualquier golpe.

Casi nadie entre los habitantes de Nueva Brunswick conocía de la existencia de aquella pequeña cámara bajo el edificio del Senado. Ése era el cuarto envío desde el Vaticano. El cuarto envío que culminaba todo. Ya no habría más. Lo mejor, aquello que habían querido salvar, lo habían puesto a salvo a 15.000 kilómetros de distancia.



Día 20 de enero de 2206
Un año antes de que se
sellara la cámara de Nueva Brunswick

Sobre la mesa que era un gran tablero de cristal transparente y recio, sostenido por varios soportes de madera, había varios ordenadores portátiles. En uno de los extremos, helechos y hiedras colgando hasta el suelo. A un lado de la mesa ocho judíos: los cuatro más altos representantes del Consejo Judío Mundial, más cuatro banqueros, los cuatro más acaudalados judíos del mundo. Al otro lado de la mesa cinco cardenales. Cinco cardenales de la Curia Romana, vistiendo sencillos clériganos sobre los que colgaban cruces metálicas. La reunión tenía en lo alto de un blanco rascacielos de Veracruz en Guatemala. Un camarero había traído una jarra de agua fresca, ahora salía acompañado de uno de los funcionarios del edificio. Los presentes aguardaron a que saliera para dar principio a la conversación.

-Confío en que su vuelo no habrá resultado muy cansado –les dijo a modo de cordial comienzo el cardenal que estaba en el centro.

-No, no ha resultado excesivamente fatigoso.

-Mejor reunirnos aquí que en Tanzania como la última vez –añadió el judío de su izquierda.

-Confiemos en que no sean necesarias muchas más reuniones –deseó en voz alta el cardenal-. Pero esta reunión era necesaria, y ya no podemos confiar en los teléfonos, ni siquiera en los teléfonos diplomáticos. Parece ya fuera de toda duda que la CIA con sus programas Blacksmith de última generación puede descifrar cualquier radioemisión encriptada.

-Bien, no insista, estamos de acuerdo en que todas estas providencias son requeridas por lo peculiar de la situación –asintieron los judíos.

-Pues vamos directamente al tema –dijo el cardenal abriendo su delgada carpeta cerrada con llave-. Nosotros les podemos

ofrecer a ustedes información y cobertura para ciertas *operaciones* tuyas a través de un estado que poseemos en el Pacífico. Nosotros, a cambio, necesitamos del estado de Israel para, digamos, *guardar* ciertas cosas, y como lugar de tránsito para sacar otras de distintos puntos de Europa. También precisamos de opacidad en un par de bancos tuyos para llevar a cabo toda esta... operación.

-Muy bien, vamos con los detalles –dijo el judío más importante, invitándole a proseguir, mientras tomaba su pluma y papel de la cartera.

-Vamos a sacar de Roma toda la pinacoteca vaticana. Con la excusa de una remodelación de los museos, estos se cerrarán. Y durante la larga clausura todo se sacará en cajas, por vía diplomática. El destino tiene que ser Israel, no podemos arriesgarnos a que cualquier otro país por error, involuntario o voluntario, abra el contenido y se descubra la operación que queremos llevar a cabo. He dicho la pinacoteca, pero en realidad vamos a sacar todas las obras esenciales del patrimonio de la Santa Sede.

Vamos a crear veintiún depósitos repartidos por diferentes países del globo. Dos de esos depósitos estarán situados en Jerusalén –el cardenal se fijó en la cara de su interlocutor, a ver como recibía la noticia el judío-. Israel no deberá hacer preguntas acerca de lo que entre o salga por sus fronteras vía diplomática. El movimiento de capital para la construcción de estos depósitos se ocultará a través de dos firmas bancarias: la suya señor Weizman y la suya señor Hertzdog –y les señaló a ambos con su pluma-. Los movimientos de capital para la construcción de los depósitos, para los viajes y para cualquier otra cosa que requiera esta operación se ocultarán ante cualquier requerimiento judicial de cualquier fiscalía. Insisto, ante cualquier tipo de requerimiento de cualquier fiscalía. Sea una autoridad judicial norteamericana o europea. Tampoco descartamos que la Unión Europea pueda usar países

interpuestos para ordenar una investigación de todo este movimiento de fondos.

-¿Tanto piensan gastar?

-Tanto, tanto. Dese cuenta de que no podemos enterrar esas obras en cualquier tipo de búnker. Esos veintidós depósitos serán verdaderos castillos subterráneos, acorazados, dotados de los mejores sistemas electrónicos de detección. Asimismo hay que pagar a los servicios de seguridad constantes que deberán custodiarlos día y noche durante quién sabe cuantos años.

-Bien, ¿qué es lo que ustedes nos van a ofrecer a cambio de estos servicios? – preguntó con corrección y seriedad el banquero judío neoyorkino.

-Varias cosas, pero ya ahora mismo, antes de nada, les ofrecemos información –respondió el cardenal-. Tenemos información que vale su peso en oro. Parte de ella se la vamos a ofrecer ahora mismo, en esta misma reunión.

-Prosigas.

-Proporcionamos información, confiamos que nos otorguen agradecimiento. Agradecimientos concretos.

-Le aseguro que sabremos ser agradecidos. En estos momentos tenemos necesidad de aliados... aliados ocultos, pero que estén de nuestro lado, para usarlos en el momento adecuado.

-Cuenta con ello.

-Pero díganos, ¿de qué información nos hablaba?

-Los grandes banqueros y empresarios judíos deben comenzar a aportar fondos para la fortificación de Jerusalén. El pasado 11 de octubre, a los más altos jefes del Partido se les dio a conocer la decisión de invadir Israel por parte de las fuerzas de la Unión Europea. No hay fecha, ni preparativos para esa campaña militar, todavía, pero la decisión es firme.

El presupuesto de la nación hebrea carece de medios suficientes para proteger las fronteras de Israel frente a las divisiones europeas. Pero si los judíos más acaudalados del mundo son generosos en un

discreto llamamiento para una donación de emergencia, podrán disponer de bastantes fondos para comprar material defensivo de última tecnología.

-Créannos, deben proceder de inmediato a la construcción de grandes refugios subterráneos para la población – añadió otro cardenal.

-Continúen, pero antes díganos sus fuentes de información –dijo el Presidente del Consejo Judío Mundial, que veía confirmadas en las advertencias de la Santa Sede los más secretos informes del Moshad.

-Les voy a revelar nuestras fuentes, porque es el único modo de que comprendan la veracidad de lo que les he dicho. Pero al hacerlo, les voy a revelar cuáles son nuestros contactos, nuestros hombres en instancias cercanas al poder. Espero que sepan valorar este gesto. No lo haríamos con nadie. Pero ahora necesitamos apoyarnos entre nosotros.

El cardenal reveló las fuentes para dejar claro que debían tomarse en serio lo que les estaban diciendo. Después, el purpurado prosiguió:

-Saquen todo el capital que puedan de Estados Unidos. Pronto las cuentas quedarán congeladas. Nosotros les podemos ofrecer vías bancarias muy opacas, protegidas por la soberanía de ese estado que poseemos en el Pacífico.

-Le estamos hablando de Nueva Brunswick –añadió otro cardenal-. Gracias a la condición soberana de esa diminuta nación radicada en aguas internacionales, una vez hechas las transferencias de capitales, los banqueros de Nueva Brunswick podrán negarse a facilitar los números de cuentas y cualquier otra información ante los requerimientos de Estados Unidos o Europa. Eso evitará que sepan con seguridad qué es lo que ustedes están haciendo. Desde allí, podrán transferir el dinero a las entidades que deseen. Pero las investigaciones siguiendo el dinero, quedarán truncadas en Nueva Brunswick.

-Créannos –suplicó un tercer cardenal-, estamos intentando salvarles de la tormenta que se avecina.

-Bueno –dijo uno de los judíos mirando a sus colegas-, esto puede ser una simbiosis. Nosotros poseemos bancos y un estado. Ustedes poseen dos estados: el Estado Vaticano y Nueva Brunswick. Podemos colaborar entre todos para lograr la opacidad de nuestras intenciones. Aquí lo importante es buscar un itinerario para los capitales que no permita su rastreo. Y la soberanía de tres Estados nos permitiría hacer muchas más combinaciones si trabajamos juntos que si trabajamos por separado.

-Y si compartimos la información, ambos nos beneficiaremos –añadió otro judío.

-Nosotros, es verdad, estamos muy preocupados –añadió otro judío-. Y tenemos informes del Moshad que nos han preocupado todavía más. Pero desconocía que también ustedes en un nivel de inquietud igual al nuestro.

-En realidad... –comenzó a decir el cardenal más anciano mirando a los cardenales de sus lados-. Estamos seguros de que el primer golpe se lo darán a ustedes, pero después iremos nosotros.

Un cardenal que hasta entonces había estado callado, se aclaró la voz y dijo:

-En realidad, no somos nosotros los que estamos preocupados. Es el Santo Padre. Creo que podríamos hablar de pánico –claramente se echaba de ver que ese cardenal no comulgaba con los temores del Sumo Pontífice recién llegado al solio de Pedro-. A nuestro Santo Padre, al que Dios le dé muchos años sobre el solio de Pedro, se le ha metido en la cabeza que estos son los tiempos de la Gran Apostasía.

En cualquier caso, por si esto no es el fin del mundo quiere poner a salvo todo lo posible, por si quedan miles y miles de años de Historia por delante. Al final, a nosotros no nos ha quedado otro remedio que obedecer. La opinión de la Curia está dividida, unos creen que toda esta reacción

es desproporcionada, que la tormenta pasará.

-Por el pináculo de la cúpula de la basílica de San Pedro ya han pasado muchas tormentas –añadió otro de los cardenales-. Pero debemos obedecer sus instrucciones.

-El Santo Padre cree que ésta no es una tormenta más, sino que es la Tormenta –agregó otro cardenal-. Y yo soy de su misma opinión. Y su eminencia Yong y su eminencia Da Cunha, también.

-Muy bien, muy bien –volvió a hablar el Presidente del Consejo Judío Mundial-, creo que por una vez, y sin que sirva de precedente, podemos trabajar conjuntamente en beneficio de ambos –dijo con una sonrisa-. Formaremos un par de comisiones para concretar los detalles. A través de ellas, cada parte hará las peticiones a la otra. Podemos crear una comisión para las operaciones económicas, otra para los temas de información y alertas urgentes, y una tercera para las acciones de carácter más logístico –dejó una pausa y continuó-: Pero hay una condición más. Una última condición antes de dejar todo este asunto en manos de las comisiones.

Miraron al judío con ojos fríos los cinco cardenales. ¿Por dónde les saldría ahora? Los dedos del judío jugueteaban con su pluma plateada sobre la mesa de cristal.

-Los dos locos de Israel deben ser llamados a Roma –dijo finalmente reposando su espalda en el sillón de cuero negro-. Por supuesto no se les concederá visado de entrada cuando quieran regresar a Israel. Así zanjaremos este espinoso asunto.

Los cardenales se miraron entre sí.

-Lo que nos pide es un imposible. Esas dos personas no son sacerdotes que podamos llamar a Roma cuando nos dé la gana. Son libres, no están bajo nuestra jurisdicción.

-Vamos, vamos, saben muy bien que si el Vaticano les llama para... por ejemplo, pedirles explicaciones acerca de alguna de sus doctrinas, acudirán dóciles. Si

algo han mostrado es un respeto sumo hacia la jerarquía eclesíastica.

-Ustedes no serán culpables de nada –añadió otro hebreo-. Sólo les habrán llamado para examinar sus doctrinas. Pueden sentenciar el asunto en dos días y con las mayores felicitaciones para ellos. Nosotros, simplemente, no les concederemos el visado de entrada. Eso es todo.

Dos hombres ancianos pretendiendo ser Enoc y Elías habían aparecido predicando por territorio israelí y haciendo “milagros”. Pretendían ser un profeta y un patriarca del Antiguo Testamento, enviados por Yahvéh para predicar a su pueblo. Para predicar la conversión del pueblo judío a la fe en el Mesías. Normalmente hubieran pasado por dos locos más y nadie les hubiera seguido. Pero se habían convertido en todo un fenómeno social. Recorrían Israel hablando ante multitudes. La televisión los sacaba en antena de forma diaria. Las conversiones al cristianismo se contaban por millares día tras día. La bola de nieve se agrandaba de forma imparable.

-Mire –dijo el cardenal-, le aseguro que nosotros no estamos detrás de esos dos rudos personajes veterotestamentarios. Todo eso nos ha sorprendido a nosotros tanto como a ustedes.

-Sabemos muy bien que ustedes no están detrás de ellos –el judío hablaba con una sonrisa condescendiente en su boca-. Además, no es su estilo. No les pedimos –insistió- que les hagan callar, únicamente que les llamen a la Congregación para la Doctrina de la Fe. No es ningún crimen que amablemente les soliciten eso. Ellos obedecerán. El dejarles pasar de nuevo las fronteras o no, será responsabilidad exclusivamente nuestra. Ustedes no tienen que hacer nada.

-Lo lamento mucho, pero eso que nos pide no resulta moral –replicó el cardenal sirviéndose más agua-. Yo no dormiría tranquilo esa noche si le pido al Prefecto de la Congregación para la Doctrina que les haga esa jugarreta.

-Vaya, cuando les interesa ustedes pueden ser pragmáticos como Maquiavelo, y cuando les interesa son angelicales como una novicia de convento de clausura.

-Insisto en que esa petición es... –el cardenal iba a decir *immoral*, pero se detuvo y dijo-: ...es completamente inadecuada. No podemos atenderla. No puedo hacer nada que me impida después mirar a los ojos de esos dos hombres.

-Mucho me temo que sus objeciones a esta petición –dijo el judío- pueden detener el entendimiento en toda nuestra cooperación.

Uno de los cardenales de un extremo acusó aquella respuesta con evidentes muestras de tensión. Trataba de contenerse. Finalmente dio un golpe con la palma de la mano en la mesa. Un golpe seco y sonoro.

-No se da cuenta –dijo el cardenal del golpe en la mesa, esforzándose por no levantar la voz- que estamos hablando de la supervivencia de nuestras dos comunidades. ¿Cómo puede ser tan rastrero para andar ahora chantajeándonos con un asuntillo de calibre ridículo?

-¿De calibre tan ridículo? –el judío que le respondió estaba tan airado como el cardenal-. ¡Eminencia!, ¿usted no sabe de qué está hablando? En medio año ha habido 100.000 conversiones en Israel. Y cuatro millones en las comunidades judías del resto del mundo. ¿Esto le parece un asunto menor? ¿Qué entiende usted por asunto menor, señor cardenal?

-Más razones para aceptar nuestra colaboración ahora –respondió el cardenal-. Si estos bautizos en masa prosiguen, pronto los judíos mesiánicos van a arrasar en las próximas elecciones. Quizá dentro de un par de años, en ese lado de la mesa, ya ni estarán ustedes, sino otros representantes que aceptarán encantados nuestra colaboración.

-¿Entonces por qué no esperan unos años y ya está todo?

-Pues porque no tenemos tiempo. Pero ustedes tampoco.

-Vamos, vamos –dijo en tono conciliador uno de los judíos de la mesa-. A todos nos interesa colaborar ahora, no dentro de dos años. Lo único que queremos hacerles comprender es que ahora mismo los *Jews for Jesus* se han convertido en un asunto de estado para Israel. No son una cuestión sin importancia. Hemos hecho todo lo posible por poner obstáculos a esta... paranoia de masas. Pero como ha dicho mi colega: la bola de nieve sigue creciendo. Hasta el Vaticano debería reconocer que sería preferible una conversión paulatina y ordenada de la población del Estado de Israel, que no ésta, digamos, brusca desestabilización de nuestra nación.

-Le reitero que nosotros no estamos detrás de esas dos personas –insistió otro cardenal-. Han aparecido sin que nosotros tengamos nada que ver.

-Ustedes no tienen nada que ver, pero ustedes pueden arreglar el asunto. Luego sí que tienen algo que ver, ¿no? – insistió otro judío.

-*Los caminos del Señor son inescrutables* –fue la toda respuesta del cardenal que antes había dado el golpe en la mesa-. ¿Quiénes somos nosotros para enmendar los planes del Señor?

-¿No se dan cuenta de que nos piden enmendar los planes de Dios? –les preguntó otro cardenal.

El judío del centro miró a sus colegas de ambos lados.

-Lo que os decía cuando les interesa son unos redomados diplomáticos, cuando les interesa son unos *hashidim* cuyas manos deben mantenerse puras de todo contacto inadecuado. Cuando les interesa tienen los pies en la tierra, cuando no les interesa tienen sus ojos en el cielo. No sabemos a qué baza jugar.

-Siempre hemos jugado a la misma baza –repuso el cardenal.

-¿Cuál?

-La de Dios.

-Pues trabajen para salvar a su pueblo –sugirió amablemente el judío,

haciendo un gesto con las dos manos que suavizaba su sugerencia-. Más vale que esos dos se queden en Roma, que no muchos más cristianos sufran todo el rigor de una persecución que con nuestra colaboración se podría atenuar, por lo menos para algunos.

-Venga, reconsidérenlo –intervino otro judío-, ustedes siempre han sido pragmáticos para lograr sus fines.

-¿Y cuáles son nuestros fines?

-No seré yo quien les tenga que enseñar cuáles son sus fines –dijo un judío.

-Nuestros fines son lograr el reinado de Cristo sobre la Tierra, defender nuestro rebaño frente a las hostilidades de los enemigos de la Cruz.

-Bien, ahora habla como un predicador. Ya no tengo enfrente de mí al negociador, sino al hombre de Dios. Quizá en vez de tener esta conversación en este piso 98 de este rascacielos, deberíamos todos juntos irnos un rato a una sinagoga a rezar. Un rato a una sinagoga y otro a alguna ermita desierta que encontremos por ahí cerca. O quizá, en vez de negociar, todo se arreglaría mejor si ayunamos unidos durante una semana.

-Calma, calma –dijo el cardenal del otro extremo del grupo de cardenales-. El ambiente se está poniendo tenso. Relajémonos. volvamos al buen ambiente que había al principio de la reunión. Vamos por partes. Lo que nos piden es inadecuado, como bien ha dicho el cardenal Yong, y jamás lo haremos. No podemos traicionar a Enoc y Elías.

-A esos que se hacen llamar Enoc y Elías –precisó un judío.

-Bien, llamémoslos los *dos ancianos* –asintió el purpurado-. No podemos traicionarles.

-No le he pedido eso.

-Perdón, perdón –se excusó el cardenal moviendo las manos-, bueno... no podemos llamarlos a Roma para, en la práctica, ser instrumentos de su expulsión de Israel. Pero, mire, mire, como gesto de buena voluntad podríamos pedir a la

Congregación de Ritos que exigiera un tiempo de catecumenado mínimo más prolongado antes de recibir al bautismo a las masas de judíos conversos –el cardenal miró a sus colegas pidiendo su aquiescencia-. Es lo máximo a lo que podemos llegar. Y lo haríamos como gesto de buena voluntad.

Los representantes judíos se dieron cuenta de que no podían exigir más, porque no iban a conseguir más. Habían tanteado el terreno y veían que habían chocado con una negativa sin fisuras en ese punto. Así que comprendieron que no tenía sentido poner en riesgo toda la colaboración, por pedir algo que no iban conseguir.

El Jefe del Consejo Mundial Judío pidió hacer un aparte con sus compañeros. Todos habían llegado a la misma conclusión a ese lado de la mesa, así que regresaron a la sala en menos de cinco minutos, y sin volver a tocar el tema, pasaron a entrar en detalles acerca de las tres comisiones de las que antes habían hablado. Los nombres y detalles de las comisiones se acordaron sin problemas en menos de una hora. Ambos sabían que se beneficiaban de colaborar y ambos estaban dispuestos a prestarse mutuamente servicios especiales.

Esto es como pactar con el Diablo, dijo en broma a lo largo de la mañana uno de los representantes judíos ante la roqueña tenacidad de los cardenales en mantener un punto concreto como era el lugar de encuentro de una de las comisiones.

¿Tengo cara de Leviatán? repuso al momento en el mismo tono jocosos uno de los purpurados enjuto, de nariz aguileña, con ojeras y no muy pródigo en sonrisas.



Es cierto que edificamos esta comunidad, esta isla, la nación, sobre los fundamentos de la caridad, el amor, la ayuda al prójimo. Es

cierto que mi familia llegó ya hace generaciones con sólo lo puesto y unas maletas, pero también es cierto que no podemos acoger a todo el que viene llamando a nuestras puertas. La república mantiene una política muy estricta a este respecto. Cada año se fija un cupo, y ni una persona más puede establecerse. Si no esta nación se convertiría en la Isla de Ellys. Los dos últimos años, se nos ha presionado considerablemente por parte de varias conferencias episcopales a que nos mostrásemos más generosos en nuestros cupos. El Congreso se hizo eco y aprobó pedir al Ejecutivo un aumento de dos mil personas en el cupo de inmigrantes. A esas conferencias episcopales les pareció poco, pero a nosotros nos pareció mucho.

Algunos nos acusan de querer mantener nuestra Suiza de los Mares del Sur, dando la espalda a Cristo que sufre en la carne de ese inmigrante rechazado. Los principios evangélicos... sí. Pero no se dan cuenta de que este ecosistema se destruiría si somos generosos en exceso. Cada inmigrante supone un gasto para el estado hasta que se integra en la maquinaria económica y comienza a producir. Y el número de personas que anualmente puede integrar nuestra sociedad es algo muy estudiado por nuestros sociólogos. Y no sólo es una cuestión tan económica, que también, sino sociológica. Miles de personas nuevas implantadas aquí, generan tensiones, problemas, conflictos. Nuestra sociedad es muy homogénea, deberían entender esto cuando nos piden que seamos generosos.

Paseo junto al puerto y veo allí toda esa mano de obra barata. Todos esos recién llegados en busca de trabajo. Todos esos recién llegados que, pobres de solemnidad, usarán de forma gratuita nuestros servicios médicos, nuestros dentistas, sus hijos tendrán que ser admitidos en nuestros colegios públicos, el erario público pagará su manutención mientras no tengan nada, etc, etc.

Es cierto que la situación fuera de aquí, la guerra que asola varias naciones, ha hecho que nos veamos obligados a forzar nuestra maquinaria social para que integre al mayor número posible de refugiados. Yo disiento de la política de nuestra Cámara de Representantes. Si de mí dependiera, clausuraría todas nuestras fronteras a cal y canto. Si la situación es mala, razón de más para proveernos, para pertrecharnos nosotros mismos frente a la época de vacas flacas. Pero estamos haciendo de buen samaritano, porque es lo políticamente correcto.

-¿Así, hija mía, que eso fue lo que dijiste?

-Sí, padre.

Deborah estaba arrodillada en un confesionario de la iglesia de los capuchinos. Le había estado explicando largamente lo que ella había estado diciendo a sus amigas en una fiesta que había celebrado en su casa. Ahora se arrepentía, de lo dicho sobre los inmigrantes, había sido dura y egoísta.

-Bueno, sé caritativa, hija mía, y recuerda que esta república no es un banco.

-Sí, padre.

-No se fundó esta nación para hacer dinero. Sino para que fuera una llama, un faro, donde resplandeciera la luz de las enseñanzas de Cristo.

-No lo olvidaré.

-Y recuerda: *La orza de harina no se vaciará, la alcuza de aceite no se agotará, hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra.* Dios nos ayudará si somos caritativos. Si nos cerramos al llanto del prójimo, dejaremos de recibir la bendición de Dios. Y recuerda, que si otros no hubieran sido generosos, sin esperar nada a cambio, tú y tu familia no estaríais aquí. Sé generosa, cómo otros lo han sido contigo.

-Estoy arrepentida, padre.

-Bien, si te arrepientes y tienes propósito de la enmienda de todos los pecados que me has confesado de envidia,

murmuración y de lo malo que pueda haber en lo último que me has explicado te doy la absolución. Rezarás en penitencia un padrenuestro, un avemaría y un gloria.



Año 2211

La economía mundial ha caído en un crack irresoluble. El sistema financiero mundial se había derrumbado. Nueva Brunswick no recibía ningún pedido, ningún turista. Las líneas de vuelos internacionales habían cesado. Las autoridades de la isla no tuvieron más remedio que suspender el funcionamiento normal de la economía de Nueva Brunswick. Los almacenes de alimentos y las granjas de producción quedaban bajo vigilancia policial y militar y administración estatal.

Al cabo de varios meses en esta situación de paro total, de racionamiento y de empeoramiento paulatino de la situación mundial, los nervios de todos estaban a flor de piel. La tensión que soportaba la isla, como el mundo entero, era espantosa: el colapso irremediable de la economía mundial, el derrumbamiento de todas las sociedades, la guerra mundial que proseguía su huída hacia delante arrasándolo todo, sin saber ya cómo detener aquella locomotora que se encaminaba al abismo, esa locomotora era la guerra entre Europa y Asia. A toda máquina y con una fuerza arrolladora, arrastraba al planeta entero.

Como siempre, la opinión pública no tardó en encontrar algún chivo expiatorio. El primer fruto de esta tensión fue el que una noche calurosa de agosto una masa furiosa de dos mil exaltados se dirigiera hacia el sector musulmán y lo arrasara todo. Fue una riada humana incontenible, enardecida por una razón falaz y fanática, una avenida de seres humanos gritando, avanzando con palos por todos los

puentes que unían las dos islas del sector musulmán con el resto de islas. Después de tres horas de linchamientos y defenestraciones, las dos islas musulmanas eran una pira, un cuadro de incendio nocturno sacado de El Bosco. A la mañana siguiente, un sentir generalizado de vergüenza por los luctuosos hechos de aquella madrugada inacabable. Sólo mil musulmanes habían salvado la vida. Doscientos cristianos yacían muertos por las aceras y otros lugares. Como es lógico, los musulmanes se defendieron, y no todos los atacantes regresaron a sus casas esa noche.

El luto y el llanto se extendieron por la isla. Los funerales colectivos fueron el colofón a esas horas de arrebatación. Aquella sociedad ya no se recobró nunca del espanto de aquella noche de destrucción. La isla había nacido con el propósito de hacer ángeles de los hombres, y ahora imprevistamente salía a la luz la parte más animal, la más bestial.

Los rabinos, sacerdotes y pastores de otras confesiones, durante la ceremonia del funeral de estado, leyeron conjuntamente el capítulo 5 del *Libro de las Lamentaciones*:

¡Ay! Cómo se ha ennegrecido el oro, ha degenerado el oro mejor. Los hijos de Sion, los honorables, que se valoraban cual oro fino, cómo han sido considerados cual tinajas de barro, obra de manos de alfarero. ¿Acaso nos has rechazado definitivamente? ¿Te has irritado hasta tal punto contra nosotros?



-Muy queridos compatriotas.

El gobernador de la república comparecía en la televisión. Su discurso había sido anunciado desde hacía dos días. Se esperaba con impaciencia. Deborah y su marido escuchaban la intervención televisiva en el más absoluto silencio.

Ambos sentados en el sofá estaban cogidos de la mano.

-Nuestra Nación se ha enfrentado en el pasado a amenazas y peligros de todo tipo. Y siempre, amparados en nuestra confianza en el Señor, los hemos superado.

A la izquierda, detrás del gobernador, aparecía la bandera de Nueva Brunswick, una bandera de seda con flecos dorados. La máxima autoridad de la isla aparecía en las pantallas con confianza en sí mismo, mirando a la cámara. A sus espaldas un amplio ventanal con vistas al jardín de la residencia oficial.

-Sin embargo, la situación a la que nos enfrentamos en este momento histórico reviste una gravedad como nunca antes pudimos haber imaginado ni en nuestras peores expectativas.

Esperamos de cada habitante de la isla un comportamiento ejemplar. Ante todo, hemos de mantener la calma. Es en momentos como estos, cuando se va a poner a prueba la resistencia de nuestra estructura social. Cada elemento, cada tuerca que forma parte de ella va a ser sometida a grandes presiones. Nuestra sociedad debe resistir. Debemos resistir, porque en los próximos meses, en las próximas semanas, nos vamos a ver inmersos en grandes sacrificios. Esperamos de cada uno que sepa estar en su lugar.

Como máxima autoridad de la isla y con el apoyo unánime del Congreso y del Senado, debo advertir que el orden se va a salvaguardar a cualquier precio. Si de algo no deben dudar mis conciudadanos es de que el orden se va a mantener. Insisto: a cualquier precio.

El paquete de decretos que se hizo público ayer, y los nuevos que paulatinamente se van a ir promulgando en las próximas semanas, son una triste solución. Pero la única solución que tiene la isla para su supervivencia. Como ya se anunció ayer, todos los medios de producción han quedado nacionalizados.

Dada la situación de hambruna a la que nos vamos a enfrentar sólo se me

ocurre confiar en el auxilio divino. Todos nos unimos de corazón al decenario de rogativas que nuestro obispo decretado en toda la isla. Que Dios os bendiga.



Una pequeña pero elegante sala en la residencia oficial del Gobernador. Alrededor de una mesa elíptica, estaban reunidos todos los ministros, diez. También estaban presentes ocho congresistas, representantes de las grandes fuerzas políticas de la isla. Les acompañaban cuatro cargos técnicos.

Ese grupo de emergencia, de concentración nacional, se estaba reuniendo todos los días desde hacía dos semanas. Uno de los cargos técnicos estaba hablando a todos mientras les pasaba unas hojas con cifras y desgloses.

-Compraremos pasta de trigo, de maíz y ladrillos de carne y legumbres.

-¿Ladrillos?

-Sí, son masas de carne compacta. Triturada, desecada y después comprimida. Tiene un sabor salado, muy agradable.

-Bien, prosiga.

-Según aparece en la hoja 5, una vez que nos llegue el último envío de 500 toneladas, dispondremos de comida para tres años. Aunque no entrara en Nueva Brunswick ni un solo saco más de arroz o trigo.

-Veo que las legumbres vendrían en forma de polvo deshidratado.

-Sí, tratamos de comprar lo más barato que hay en el mercado. La mayor cantidad, al precio menor.

-Muy bien. Estas últimas partidas completan nuestro plan de emergencia para proveernos de alimentos. Han sido confeccionadas por expertos, y no creo que haya necesidad de discutir las. ¿Todos de acuerdo?

Los presentes, todavía leyendo el largo informe, asintieron moviendo sus cabezas. El técnico volvió a intervenir:

-Daremos la orden de compra, en cuanto salga de aquí. Se impone actuar con la mayor rapidez. Los precios suben de día en día.

-La reunión no ha sido tanto para ver qué comprábamos –explicó a todos el vicegobernador-, sino para decidir hasta dónde gastábamos nuestras reservas monetarias en esta adquisición. Creo que gastar el 40% del dinero del Estado en alimentos, es el mejor negocio que podemos hacer. Dentro de poco, el dinero no valdrá nada.

-Sí, sí, está claro.

-No tenemos ninguna objeción que hacer.

-Pasemos ahora al informe de la señora Gómez –indicó el Gobernador.

-Tenemos repuestos para cinco años para los reactores que dan energía, eso nos permite desalinizar agua durante ese periodo.

-Cinco años no está mal.

-Oiga, pero si la guerra... ¿Si las aguas quedan contaminadas, muy contaminadas? ¿De dónde sacaremos el agua?

-Podemos reunir agua para un año, no más –explicó la señora Gómez-.

-¿Y no se puede hacer nada más?

-Reunir agua para un año, le puede parecer poco. Pero es muchísimo. Y eso contando con que estamos construyendo ocho nuevos depósitos de almacenamiento que estarán acabados en tres o cuatro meses.

-Confiamos en que no tengamos que utilizar esos depósitos. No quiero ni pensar lo que sería ver cada día cómo baja el nivel.

-Cinco años son cinco años. Tampoco podemos ponernos en las perspectivas más pesimistas.

-Sí, pero si el mar está tan contaminado... ya me dirás.

-¿Sabén ustedes lo que es una ciudad bajo un sol tropical, una ciudad habitada por seiscientas mil personas muriendo de sed? Compremos cantidades masivas de sedantes. Podemos hacer que por lo menos en la fase final del proceso de deshidratación la gente esté dormida. Completamente dormida. Podemos organizar esto por fases, de forma que el proceso de muerte afecte a un 5% de la población cada vez.

-Puestos en esa tesitura, sería preferible que beban el agua por contaminada que esté. Es preferible esa muerte provocada por fallos orgánicos, a la agonía de la sed.

-¿Cómo estamos de sedantes y anestésicos?

-Muy bien, Gerard –le contestó al Gobernador el Ministro de Salud-. Tenemos grandes cantidades. Ahora bien, si lo que hay que hacer es organizar la muerte por deshidratación de la población por fases. Eso requiere muchos millones de dosis. Cada persona requiere muchas. Pero... supongo que no tendremos que llegar a eso.

-Aquí, alrededor de esta mesa –dijo el Gobernador-, debemos prepararnos para lo peor. A la población la tranquilizaremos, pero aquí hay que prepararse para el peor de los escenarios. Lo que no puede ocurrir es que suceda algo y tengamos que responder a la gente: no se nos ocurrió, no previmos nada.

-Sí, no sólo debemos prever los peores escenarios. Sino que especialmente debemos prever los más catastróficos. Dime, Jean, ¿tenemos sedantes suficientes?

-Si nos quedara agua almacenada para medio año, y dejáramos de dar agua a un cierto número de habitantes, para así, al menos, preservar la vida de un número pequeño, eso significaría una cantidad masiva. Es difícil calcularla. Son cálculos complicados.

-En el caso, en el hipotético caso, de que tuviéramos que llegar a ese extremo, de que ya nos quedara agua sólo para medio año, o dos o tres meses. Habría que hacer

una especie de sorteo nacional. Todos los ciudadanos deberían estar numerados. Y a los que les tocara morir primero, deberían ser hospitalizados. Y allí dormirles y dejarles de dar líquidos. Morirían, pero sin sufrimiento. Habría que realizar este sorteo todos los días, hasta que quedara una décima parte de la población. Eso permitiría resistir diez veces más. Si, al final, sólo queda viva un 5% de la población, eso supondría multiplicar el tiempo por veinte.

-Está bien –dijo el Ministro de Salud-. Haré los cálculos. En un día o dos, os presentaré la cantidad exacta de sedantes y anestésicos que requiere esta operación.

-No hace falta decir lo secretos que deben ser esos cálculos. Mejor si sólo se encarga de ello una o dos personas. A partir de ahora, nos referiremos a este plan como Protocolo Épsilon. Jamás debemos usar en nuestras conversaciones verbos que refieran claramente a qué nos referimos. Jean, mañana, tráenos una lista de palabras para sustituir a todas aquellas que se refieran a cosas tales como *eliminación* o *internamiento forzoso en el hospital*.

-Bien, damos la palabra a Susan.

La Ministro de Economía carraspeó mientras tomaba en sus manos los papeles que tenía delante. Comenzó diciendo:

-Como bien sabéis, vamos a transformar todo nuestro capital en oro. Vale diez veces más. Los precios se han disparado. No importa. La liquidez pronto no valdrá nada. Si los precios se vuelven astronómicos de aquí hasta que consumamos la operación de compra, podríamos adquirir lingotes de plata o de hierro. El problema es que con una guerra en marcha, habrá todo el hierro que quieras. Chatarra no va a faltar. Por otra parte, el problema de la plata es que no tiene el mismo valor de cambio internacional. Oro es la mejor opción. O, tal vez, birinio, lingotes de birinio. De todas maneras, en esta situación concreta, todos los analistas son concordes: el oro subirá hasta precios imposibles, y después bajará hasta no valer nada. El proceso siempre ha sido el mismo.

Aun así, y aunque sea una medida a corto plazo, de momento vamos a transformar nuestras reservas monetarias en oro. Es seguro que el oro dejará de valer, pues el sistema económico mundial va a colapsar. Pero el dinero será lo primero en no valer nada.

-¿Así que pronto veremos llegar aquí barcos con sus bodegas cargadas de lingotes?

-La orden de transformación de las reservas se emitirá hoy mismo, como un decreto de emergencia. Pero de aquí hasta que lleguen esos lingotes, pueden pasar muchas cosas. Los mercados ahora están saturados de liquidez. Todo el mundo compra valores refugio. Hemos esperado cuatro días a ver si se calmaban los mercados. Pero ya no podemos esperar más. Compraremos el oro al precio que esté, sea cual sea.

Después de un rato de discusiones sobre otras medidas puestas sobre la mesa, uno de los técnicos dijo:

-Háganse a la idea. Aquí ya no entrará dinero. En Nueva Brunswick no hay campos que poder cultivar. Se nos plantea qué hacer con la población. De pronto la población ya no es una fuente de riqueza, sino una carga de la que no sabemos cómo desembarazarnos. Los técnicos les ofrecemos los números. Ustedes los políticos son los que tienen que tomar las decisiones acerca de las medidas.

Hora y media después de discutir y aprobar nuevos decretos, el Ministro de Defensa les explicó la situación en lo referente a sus competencias:

-La compañía de protección armada ha aumentado su precio por diez. Dicen que ellos son una compañía, no una fundación sin ánimo de lucro. Y que el producto que ellos venden, protección militar, ahora vale por lo menos diez veces más. Se trata de una mera cuestión mercantil.

-¡Pero llevamos con ellos más de cuarenta años! ¿Cómo pueden ahora darnos la patada en el trasero?

-Nos han dicho que la antigüedad no cuenta. Que pagamos por el presente, no por el pasado.

-Es increíble.

-Inaceptable.

-Puede ser inaceptable. Pero si no aceptamos sus condiciones, nos quedamos sin protección, justamente ahora, en mitad de una guerra.

-Insisto, ¿no hay posibilidad alguna de sentarse a negociar con ellos?

-Ninguna. Se han limitado a comunicarnos que a partir de ahora, estos son los precios. Además, de aquí a cuarenta días quieren que los pagos se hagan en lingotes de oro. Este mes están admitiendo los pagos en dinero, pero ya han advertido que será el último mes. A partir de la próxima semana, el 5% de los pagos tendrá que ser en oro, y esa proporción sufrirá un aumento del 8% cada semana que pase. A la séptima semana, el 100% deberá ser en oro. *Lo tomáis o lo dejáis*, eso nos han dicho. *Cientes no nos van a faltar*.

Los presentes discutieron la nueva situación. Era evidente que mientras durase esa guerra, la ausencia de garantes de un orden mundial, provocaría un incremento notable de la piratería. La protección era más necesaria que nunca. El Ministro seguía respondiendo a las preguntas de sus colegas:

-Sí, evidentemente, siguen habiendo distintos lotes de protección. Nos dicen que no nos preocupemos. Que paguemos lo que podamos. Pero que según sea el pago así será el lote que nos corresponda.

-¿Cuánto pagábamos hasta ahora?

-Empleábamos en protección el 0.9% de nuestros ingresos anuales. Ahora será casi el 10%. Señores, es preferible pagar ese índice, a ahorrarlo y perderlo todo.

-El 10% de los ingresos es sostenible, cuando teníamos ingresos. Ahora no hay ingresos. Todo tendrá que salir de los fondos de reserva. La situación no la podremos sostener mucho tiempo. Bueno, se trata de resistir, como sea, dos o cuatro años. Al menos dos.

-No creo que una situación así pueda prolongarse.

-Si estáis de acuerdo todos, aprobamos el pago de ese incremento por Defensa.

La medida fue aprobada.

Cuando acabó la reunión, todos se marcharon, menos el vicegobernador. El gobernador le había pedido que se quedara. Atravesaron un gran salón presidido por un óleo de grandes dimensiones que representaba a Johnston. El salón contaba con cinco estatuas de mármol de tamaño natural. El gobernador y su segundo caminaban sobre una mullida alfombra que cubría el centro de aquella sala de espléndidos muebles. Entraron en una habitación más moderada, se sentaron en un sofá. Un camarero les trajo té a los dos, como se lo habían pedido.

-Mañana, Antonio, asistiré a la ceremonia de vísperas en la catedral –dijo el gobernador-. Tengo que dar la impresión de que todo sigue igual, de que la vida sigue

-Los domingos era tan bonito escuchar a todos los cantores de vísperas. Los cantores y los canónigos con todas sus galas. Y la escolanía de niños, siempre haciendo travesuras.

-Durante años, siempre he ido a vísperas al menos una vez cada mes. Los domingos a las seis en punto de la tarde.

-Ceremonias de glorificación del nombre de Dios...

-Me han dicho que las vísperas ahora no son tan esplendorosas, que han perdido lustre –se quejó el gobernador-. No sé. Hace tantos años que no he asistido a esa ceremonia. En fin, haceos presentes vosotros también.

-Sí, ya les he pedido a todos los ministros que se dejen ver en cuantos más actos públicos, mejor.

-Pero dejad en paz a Gustavo. ¿Está mejor?

-No mucho. La depresión que tiene es fuerte –diciendo esto se frotó los ojos sin prisas-. Yo por mi parte, esta semana daré un discurso cada día en diferentes lugares.

-Sí, sí, el Poder tiene que hacerse más presente que nunca. No hay que dar la impresión de que estamos superados por las circunstancias.

-Malos tiempos.

Se oyeron a lo lejos las campanas de las quince torres góticas de la catedral. Los dos amigos se pusieron a hablar de lo divino y de lo humano. Al cabo de media hora, el gobernador dijo:

-Ésta es la sociedad más igualitaria del mundo. Hay muy pocas grandes fortunas.

-Pero el estado, tras su fundación, ha soportado grandes tensiones. Algunos pensaron que Nueva Brunswick iba a ser como la primitiva comunidad de cristianos de los tiempos apostólicos en Jerusalén. Una sociedad en la que los pudientes vendiesen sus tierras para dárselo a los pobres. Los que arribaron con esas ideas pronto vieron desvanecerse sus fantasías.

-Cierto, la isla nunca ha sido una comuna.

-A pesar de todo –dijo el gobernador-, el grupo de insatisfechos siempre ha presionado a favor de una política estatal que ha impregnado a amplias capas de la población de este afán de igualitarismo. Las instituciones estatales siempre han tenido que utilizar todos sus resortes para tratar de explicar que la posibilidad de hacer dinero es uno de los derechos salvaguardados por el texto constitucional de Nueva Brunswick.

-Sí, el peligro de una extensión del *igualitarismo* ha quedado contenido, pero ha impregnado la mentalidad de muchos de sus habitantes y ciertas tensiones perviven desde entonces.

-¿Te das cuenta?

-¿De qué?

-Estamos aquí, en este salón, charlando de cuestiones sociológicas a un paso del colapso de todo. Como si nada hubiera cambiado.

-Es difícil pensar que todo va a hundirse, cuando todavía el aspecto externo de lo que nos rodea sigue igual.

-Verdaderamente, a veces pienso que todo es un sueño. Que nos hemos equivocado. Que, al final, no pasará nada.

-A nuestros padres, Dios les concedió vivir un tiempo de florecimiento. A nosotros, nos ha concedido vivir un tiempo de tribulación. Fuerza para resistir, eso es lo que necesitamos. No sabemos lo que va a pasar. La fe es nuestra única luz. Dejémoslo todo en manos de Dios. Abandonémonos a sus manos.

-Vamos a afrontar todo tipo de carestías, no caigamos en la fácil dinámica de buscar culpables. Cuando todo va bien, nadie busca culpables. Pero cuando las cosas se ponen mal, tendemos a pensar que es culpa de alguien. Recuerda la matanza del 3 de noviembre.

-Quiero pensar que no acabaremos devorándonos unos a otros. Que nos transformaremos en lobos del prójimo.

-Aquí estamos nosotros, para evitar que los caballos se desboquen.

Medio mes después

Me palpo, me acaricio el vientre, cada día se hincha más, la criaturita que llevo dentro, vive en la más feliz de las inconsciencias. En medio de toda esta guerra mundial, del colapso económico, de los racionamientos, me lo imagino flotando en el líquido amniótico, chupándose el pulgar, con sus ojos aún opacos, con su piel suavísima, blanca, casi cristalina y transparente, frágil e desconocedor de todo, sumergido feliz en su claustro oscuro, materno, cálido.

Es cierto que se dice que un portaviones de la República Europea se dirige ya hacia aquí para poner punto final a este experimento teocrático que dura ya ochenta y cuatro años. Nadie puede confirmar si es un rumor infundado, como tantos otros que nos han alterado los últimos días. Es cierto que los microestados marítimos han ido cayendo uno tras otro, en mitad de la guerra, en mitad de los saqueos, diezmados por la peste. La isla de la Tyrell Corporation, la isla del complejo financiero de Han Shing, las treintena de islas botánicas que poseía Japón. Todas esas son ahora un recuerdo, una página en alguna enciclopedia. Pequeñas Troyas que serán cantadas por cantos épicos de futuras generaciones. Quizá hasta se perderá el recuerdo de todas las Troyas. Quizá quedará la constancia de que existió alguna.

Los submarinos atómicos recorren los mares como lobos, como escualos. Es la guerra total: todo es objetivo. El objetivo es la aniquilación de la sociedad adversaria. Quién se podía imaginar los océanos carentes de tráfico marino. Son excepción los que se aventuran en las llanuras oceánicas, solitarias e inacabables en las que se ha convertido el Pacífico. Los supervivientes, si los hay, de todo barco que se hunde, pueden tener la certeza de que nadie vendrá a rescatarlos.

La raíz de toda esta barbarie, de este ocaso de la civilización, es moral. Por lo menos en Nueva Brunswick, nadie duda

de que es moral. Es cierto que se ha producido la Gran Apostasía. No voy a negar que en nuestras vidas hemos sido testigos de la Abominación de la Desolación. El Anticristo gobierna sobre la República Europea. Fruto de esa iniquidad sin límite, es esta sima oscura en la que estamos cayendo. De aquellos lodos, estos barro. La población, el clero y los intelectuales de nuestro Estado, todos concuerdan en dar una misma interpretación a esta parte de la Historia que nos ha tocado vivir.

La peste, el hambre y el pillaje campan por sus respetos en todas las grandes ciudades del planeta. No obstante, ahora que va a nacer mi pequeña Ruth veo el futuro con un cierto optimismo. Sí, quizá ahora todo irá cambiando poco a poco. Quizá todavía no es éste el momento. Tal vez queden siglos por delante. Puede que queden milenios a la humanidad todavía por vivir. A alguna generación le tocará ser testigo no ya del cambio de era, sino del final de la Historia –Deborah se volvió a acariciar su vientre-. Pero no será ésta. Mi hija verá correr los años delante de ella. Tendrá un futuro.

Deborah miró al cielo, deseando posar sus ojos en un cielo azul, límpido, ajeno a toda preocupación humana. Deseaba perder su mirada en un cielo muy por encima de todas las hogueras de vanidades y conmociones que aquellos habitantes de urbes lejanas habían prendido. Sin embargo, hasta el cielo ya no era lo que había sido. Las masivas emisiones a la atmósfera de metano de hidrógeno, la liberación de miles de toneladas de clorato de carbono al destruirse en la guerra los depósitos de Siberia, habían hecho del cielo un cielo más oscuro, más amenazador. El sol ya no brillaba como antes, la luna ya no era lo que había sido. El débil titilar de las estrellas de la bóveda celeste quedaba apagado tras la capa de gases de cloruro de hidrógeno suspendido en la estratosfera. Hacía más frío. Aunque el frío se desplazaba de forma irregular. A esas horas

en el sur de Florida la temperatura rozaba los -3° . Y, sin embargo, a esa latitud del Pacífico, Nueva Brunswick todavía no observaba cambios sensibles en su clima. Pero los hielos del Ártico y el Antártico avanzaban inhumanos cada semana.

Hubo un tiempo, en el cenit del poderío de Nueva Brunswick en que Deborah pensó que la isla se iría ampliando y ampliando, hasta llegar a ser una especie de gran isla de canales con una superficie de cientos de kilómetros cuadrados. Llegó a imaginar un Nueva Brunswick habitado por cuatro o cinco millones de habitantes. Pero al final su Estado nunca había llegado a ser algo más allá que una ciudad pequeña y provinciana, si la comparaba con las grandes ciudades de los grandes países.

Hubo un tiempo de mayor esperanza en que Deborah creyó que Nueva Brunswick era un estado que llegaría incluso a implantar y financiar pequeñas islas, pequeñas colonias en todos los mares del mundo. Imaginaba algo así a la época dorada del monasticismo occidental con su imparable expansión de casas por toda la geografía del Viejo Continente. Imaginaba que quizá la implantación de cientos de vigorosas colonias como Nueva Brunswick en aguas internacionales, constituiría una nueva era de expansión religiosa. En aquellos pasados felices años, pensaba que quizá el siglo XXIII iba a conocer la fundación no de monasterios, sino de cientos y, tal vez, millares de estados-monasterio.

Estados-monásticos económicamente florecientes, soberanos. Comunidades natalistas que no pretendieran la reforma de la vieja Babilonia, sino el aislamiento con la reproducción del mismo esquema social una y mil veces. Imaginaba un mapamundi en que los grandes ancianos estados colosales estuvieran cada vez más rodeados de estas formas sociales más flexibles, más internamente cohesionadas. Más ágiles, incluso, a la hora de ofrecer nuevos productos financieros en el siempre cambiante mundo de la inversión.

Todo esto lo imaginaba en tiempos mejores. Ahora sabía que por muy autárquica que pareciera la existencia de Nueva Brunswick, los finos y casi invisibles hilos que le unían al resto del mundo eran insoslayables. Nueva Brunswick había florecido gracias a ese invisible flujo de beneficios que sus actividades reportaban. Sin ese movimiento imperceptible de ingresos en las cuentas financieras, no se hubieran erigido aquellas torres, aquellos canales, aquellos pueblecitos pintorescos. El gobernador en su mensaje a la nación retransmitido hacía dos días en la hora de máxima audiencia, había dejado bien claro que estábamos al borde del abismo.

Era evidente que la isla contaba con un buen stock de recambios, pero que después, conforme se fueran estropeando las cosas, ya no habría posibilidad de repararlas. La isla no tenía minas, y aunque las tuviera no tenía altos hornos, y aunque los tuviera no tenía todo lo demás que mantiene una fundición en funcionamiento.

Los equipos médicos, los ordenadores, todo iría dejando de funcionar en los próximos años. El día que el segundo núcleo de producción de energía tuviera alguna avería en alguna pieza agotada, nos quedaríamos sin energía eléctrica. Eso significaría que ya no podríamos evaporar el agua salada. Nos encontraríamos en medio del mar sin agua dulce. Una isla sin agua dulce en medio del océano.

Eso sin contar con que la más optimista adecuación de terreno para dedicarlo a cultivos, no bastaría para alimentar a una cifra mayor de 50.000 habitantes. En la isla había ahora 600.000 almas, almas que de momento seguían unidas a cuerpos que precisaban de sustento material.

Pero Deborah estaba optimista, la niña crecía. El futuro todavía continuaba, los relojes seguían andando. Su mano acariciaba su vientre blando. Se la imaginaba con ojos azules, y en los años por venir con una cabecita de rizados

mechones rubios, y una sonrisa que sería un sol.

Deborah con paso cansino y aburrido, se levantó de la mecedora del porche, entró en el salón de estar y encendió la televisión. Aburrida vería cualquier cosa que emitieran. La pantalla se encendió. Un hombre empapado bailaba, bailaba con una farola, un paraguas en su mano, sombrero de ala en su cabeza, cantaba feliz:

I singing in the rain,



just singing in the rain,



La, la, rá, la, la, rá.



La, la, rá, la, la, rá.

Miraba yo la superficie de las aguas. Y bien sabía que bajo esa superficie azul, clara, de apariencia inofensiva, apenas había ya peces. Esas aguas templadas habían sido colonizadas por infinidad de variedades de medusas. Medusas gelatinosas, semi-transparentes, algunas de ellas gigantes, que se dejaban arrastrar con un gasto mínimo de energía. También había especies híbridas de escualos de muchos metros de envergadura. Pero no aquí usualmente, más en aguas profundas. Estos mares y todos los mares también estaban surcados por las formas oscuras, siniestras, silenciosas, de submarinos de gran tonelaje.

Las aguas de estas latitudes tropicales ya no eran lo que fueron. Ya no eran las aguas alegres donde los niños de las islas chapoteaban hace siglos. Los mares habían sido la cloaca donde habían desaguado su iniquidad las millares de grandes conurbaciones del planeta: decenas de miles de millones de litros de sustancias químicas letales, malignas especies genéticas de nueva creación, cuenca donde ha caído la sangre de nuestras batallas. Ellos, los mares azules fueron la primera representación de la muerte del cementerio. Se habían convertido en el espejo del porvenir, en una metáfora del final del mundo y de nuestro pequeño micromundo.

Antes de que se cortaran las conexiones telefónicas con Heimrodall, se supo que seis hombres decidieron partir hacia Europa, hacia el infierno europeo, y que cuatro decidieron permanecer en la isla-castillo. No estimo que el destino de los que partieron de la isla sobre ese mar embravecido y agitado por tormentas, fuera más apetecible que la condena de aquellos que optaron por, al menos, disfrutar con tranquilidad de las comodidades del alcázar hasta que llegara la conclusión de todo.

Pero es cierto que hallándose en esas latitudes, algunos expertos han afirmado que el mar se habrá helado. No creo que sea fácil vivir en una isla en medio

de un océano congelado. Pero son especulaciones. Desde estos mares sureños, nadie ha podido volver a comunicarse desde hace semanas con esa isla cuyos muros son sacudidos por olas grises y frías.

Me puedo imaginar muchos finales para Nueva Brunswick. Múltiples son las formas en las que puede llegar hasta nosotros la desaparición. Variados son los caminos que conduzcan hasta nosotros el hecho de que este enclave desaparezca del mapa. Eclipse, ocaso... pasos previos. Finalmente, el acto de desvanecernos sobre la faz de la Tierra.

Puedo imaginarme las aguas del mar congeladas, avanzando decenas de kilómetros cada día por esta llanura de mares tropicales. Puedo imaginarme un techo de nubes oscuras, densas, impenetrables. Semanas de oscuridad. Con las únicas plantas verdes sobreviviendo bajo techo, bajo la luz cálida de nuestros focos de luz. Luz... mientras funcionen nuestros reactores atómicos.

Puedo conjeturar un final como producto de sucesivos motines. Que esta tierra se convierta en escenario de continuas insurrecciones, en nido de sediciones que provoquen tumulto tras tumulto. Revueltas que como un fuego lo invadan todo. Todo es una cuestión de cantidad, a partir de cierta cantidad la autoridad se deshace. Si eso sucede, se encontrará el hombre frente al hombre, el ser humano sólo frente al ser humano.

También suponer un ocaso completamente distinto. Un ocaso en el que todos se mantengan unidos bajo el yugo de un mismo destino. Unidos y sumisos, ocupando cada uno su lugar social. Esperando en silencio ese desvanecimiento. Me puedo imaginar a cientos de miles de personas sumidas en esa languidez, en esa resignación.

Pero, al final, las cosas sucedieron de otra forma. De una forma más banal. Menos heroica, menos pavorosa. Los caminos del vacío y el silencio llegaron a

nosotros, pero de otra manera que la imaginada.



Dos meses y ocho días después
del colapso total de la economía

Cuarenta y ocho días después del primer mensaje del
Gobernador en televisión

Puente de mando del destructor Nobumori. Buque de guerra de la armada nipona, del tipo Masayuki K3, 400 toneladas de peso, 42 nudos de velocidad.

Dentro de la sala seis soldados con uniformes con tela de camuflaje de tonos blancos y azules. Los seis soldados, incluido el capitán, sentados en dos hileras de a tres, cada uno frente a no menos de cuatro pantallas. Enfrascados cada uno en su tarea. Diciendo, de tanto en tanto, series de números y términos técnicos completamente indescifrables para los no iniciados en todos los sistemas electrónicos que portaba el buque. A veces, hablaba uno de los miembros del equipo. Otras veces, por orden, uno a uno, iban transmitiendo la información.

-Vector 3-34, épsilon.

-Rotando a 34.

-Axial hasta 344, virando hacia babor.

-Capitán, negativo el barrido de Namú.

-Yo también negativo en la medida tomográfica.

-Muy bien –concluyó el capitán-, entramos en gamma. Diez minutos.

Con esta orden, el capitán quería decir que varios de los sistemas entraban en funcionamiento automático, y que podían limitarse a controlar las variables más notables o las imágenes más sospechosas en sus pantallas.

Como ese destructor había unos cien. Recorriendo el Pacífico, cada uno en

una dirección, siguiendo una línea recta. Los satélites habían sido derribados, otros sistemas de detección no eran fiables en medio de aquella carrera tecnológica en la que el enemigo siempre sacaba de la chistera nuevos aparatos. Esos destructores recorrían las aguas buscando, barriendo las profundidades. Debían transmitir a Japón cualquier cosa que encontraran: buques, submarinos, bases flotantes. Ellos eran los ojos del Imperio del Sol Naciente. Los ojos en medio de un planeta que cada vez contaba con menos medios para saber qué ocurría fuera de sus fronteras.

-Como le decía antes, contra maestre, a mí me gusta el tofu con salsa de sepia y mejillones –comentó el capitán sin dejar de mirar unos datos en una de las pantallas menores, mientras con su mano izquierda jugaba con un lápiz, dando golpecitos sobre un block que tenía sobre su mesa.

-Para mí –le contestó el contra maestre-, los mejores restaurantes son los del barrio Mura-tokami de Kioto. Mi suegro trabaja en *La suave brisa de verano*, y me dice que la diferencia entre un yakitori de su restaurante y el de otro, aunque sea de lujo, no tiene nada que ver.

-Mira, ya lo hemos hablado más veces. Tú no eres objetivo, se trata de una cuestión familiar –le contestó sonriente el capitán-. Tu suegro te ha metido esa idea, pero son iguales que en todas partes.

-Qué conservador: ¡un suegro! –intervino otro miembro de la marinería.

-No sabía que estabas casado –añadió el subteniente.

Ninguno de los otros cinco estaban casados. Para los otros cinco, la reproducción era algo que dejaban en manos del estado.

-Pues sí, estoy casado –respondió titubeante.

-No lo dices con mucho entusiasmo.

-Teníamos decidido divorciarnos en mayo. Aunque ahora con todo esto de la guerra, va a ser difícil hacer el papeleo. Las

oficinas donde teníamos que presentar los impresos, son ahora un montón de escombros. El rascacielos entero fue alcanzado en un bombardeo. Pero...

-Capitán –interrumpió el subteniente-, a doscientos kilómetros, objeto estático, envergadura 4.

-Según mi mapa, se trata de un microestado.

-¿Cuál es su nombre?

-Nueva Brunswick.

-Muy bien. Protocolo habitual.

El destructor, sin variar sus 42 nudos de velocidad, viró 20 grados hacia babor en maniobra de aproximación. Todos comenzaron a hacer las comprobaciones necesarias en ese tipo de protocolos de acercamiento en tiempo de guerra.

-Me pregunto por qué tenemos que destruir todos estos microestados. Llevamos ya quince.

-Subteniente –le contestó el capitán-, a nosotros nos corresponde obedecer, no hacernos preguntas.

-Sí, señor.

Al cabo de un par de minutos, el capitán añadió:

-Después de esta guerra, cuando todo haya acabado, habrá que volver a empezar. En el mundo va a quedar muy poca gente. Quizá no quede ni un 1% de la población actual. Cualquiera de estos microestados, si los dejamos, serán grandes superpotencias del futuro. Si queremos que nuestra civilización sea la predominante, hay que eliminar a los pequeños competidores.

Ahora son pequeños países pacíficos e inofensivos, pero dentro de un siglo serán los grandes poderes de estos mares y de Asia. Se expandirán, no hay duda. Eliminándolos, evitamos las guerras del futuro. Se trata de una labor humanitaria. Un poco de dolor ahora, a cambio de un futuro derramando menos sangre. No podemos evitar las guerras, pero podemos disminuir su número.

-¿Cree usted que el planeta será nipón dentro de un siglo?

-No lo sé. Pero al menos Asia y sus mares orientales sí.

-¿Sabes algo de Nueva Brunswick ?
-le preguntó el cabo al contraamaestre, que era la persona más cultivada en ese puente de mando.

-No tengo ni idea. Mejor.

-Sí, es mejor verlo como un punto en el mapa. Un punto que desaparece.

-Vamos a tratar de acercarnos a diez kilómetros del blanco. Y si no vemos contramedidas de medición de señal, nos aproximaremos hasta los seis kilómetros.

-¿Cree que encontraremos un pasillo en su barridos?

-Lo veo difícil. Es de envergadura 4. Habrán gastado en poner unas buenas torres balísticas, por lo menos del tipo Hawtok.

El destructor se acercaba como una navaja afilada, hendiendo las aguas. Después de un rato el capitán preguntó:

-¿Crees que bastará con un Murakami de fuerza 23?

-No malgastemos material. Bastará un misil más pequeño.

-Un Takuya es poco.

-No hace falta lanzar por los aires hasta la última viga de esa plataforma. Si destruye el 80% de sus infraestructuras, no tendrán ni agua, ni electricidad, ni los servicios más básicos. Dejará algo, pero agonizante. Guarde el material para cuando de verdad lo necesitemos. Nuestras factorías ya no producen más.

-Sí, debemos conservar lo que nos queda. Es un deber. Vale. Pero yo lo veo grande. Subteniente Kimura, prepara dos Takuyas.

-Sí, señor.

-Shunshuke, lanza una ráfaga de intensidad 13 de ondas de Higgins. Y un impacto electromagnético de nivel 4.

-¿Desde dos segundos antes del lanzamiento?

-Sí.

-¿Cree que con eso alteraremos sus sistemas de detección? Yo creo que tendremos que lanzar más andanadas.

-Vamos a ver. De momento, debemos ver si lo logramos con el menor gasto posible. De todas maneras, la perturbación dejará ciegos sus sistemas antibalísticos si los compraron hace cuatro años.

-No creo que estén preparados – intervino el contramaestre-. Ya verá cómo con dos Takuyas es más que suficiente.

-Señor, ya estamos en posición. 8.3 kms de distancia al objetivo.

-Misiles preparados.

-Contramedidas antibalísticas preparadas.

-Fuego.

El destructor de acero gris, tenía ya a la vista la plataforma con sus montañas verdes. De la cubierta del buque, salieron disparados dos misiles, dejando una estela de humo tras de ellos. No se lanzaron en línea recta, sino describiendo una amplia parábola. Hicieron blanca en las coordenadas previstas.

Dos bolas rojas, irregulares, mezcladas con nubes negras, aparecieron en la isla de Nueva Brunswick. No eran armas atómicas, y en vez de formar dos hongos, cuando desaparecieron las bolas rojas de fuego, sólo quedó un conjunto de feas nubes negras, que en su expansión y ascenso se tornaban más marrones.

No hubo necesidad de que las nubes se disiparan, para que la tripulación supiese por sus imágenes térmicas, que la destrucción de esas plataformas había sido un éxito. El destructor, que en ningún momento se había detenido, ni aminorado su marcha, viró hacia estribor para retomar la línea recta de su ruta de la que se había desviado.



Dos horas después, no sólo se habían disipado las nubes de la explosión, sino que se habían

apagado la mayoría de los incendios que habían quedado en los restos. La luz clara de esos mares del sur dejó en toda su evidencia qué era lo que quedaba de Nueva Brunswick : nada.

Únicamente se alzaban algunos pilares tronchados en su parte superior. Emergían del mar como dientes rotos. Ya no sujetaban nada. Las dos explosiones habían arrastrado vigas y estructuras, habían desmochado todos los pilares. Otros pilares habían quedado inclinados a causa de la brutal onda expansiva. Los gigantescos pilares que habían perdido su verticalidad, por su colosal peso habían ido inclinándose más y más, en medio de tremendos crujidos metálicos, desgarros de miles de toneladas de metal, hasta caer sobre el mar en medio de un titánico espectáculo. Otros pilares, descompensados por el increíble peso que en solitario sostenían sobre el aire, se quebraban antes que doblarse. El final, también para ellos, era el fondo marino. Todo este cuadro infernal tenía lugar en medio de centenares de incendios en las porciones que se mantenían en pie.

La calma sólo se hizo cuando el último incendio se agotó, cuando la última parte inestable se derrumbó. Aun así, humaredas oscuras surgían de muchos de bastantes pequeños puntos, que podían seguir con su combustión durante días. Lo que ya no quedaba era ni un pequeño trozo de isla, ni un pedazo de estructura horizontal. Sólo pilares verticales desmochados.

Por qué no habían funcionado las contramedidas balísticas del estado? ¿Por qué los proyectiles lanzados por el destructor no habían sido interceptados en el aire por las poderosas torres antimisiles alerta día y noche? La razón estaba escondida en el interior de sus programas informáticos.

Dieciséis días antes del ataque, el sistema informático que coordinaba las rutas de cada uno de los misiles antimisiles en distintas oleadas, se cayó. Se trataba de un programa informático muy complejo, de última generación. En circunstancias normales, se hubiera podido restablecer en poco más de veinticuatro horas. Pero completamente aislados, resultó imposible.

El hecho de haber sido conocido por la población, hubiera podido parecer fruto de algún sabotaje. Pero la realidad es que no hubo mano humana que interviniera. El mismo programa fue acumulando, desde hacía un mes, varios errores internos, hasta que se bloqueó íntegramente. Cosa que no era de extrañar, pues se trataba de un programa tan extenso como enmarañado, lo cual exigía que técnicos japoneses fueran los que restablecieran el sistema. Este fallo informático quizá fue fruto del azar, quizá fue la mano misericordiosa de Dios que no quiso para ellos una agonía larga y lenta.

Los misiles podrían haber acabado con la cámara donde se guardaban las reliquias traídas del Vaticano. Sin embargo la cámara estaba intacta en uno de los pilares desmochados que quedaban en pie. El búnker estaba en el centro de un grueso pilar arañado por las estructuras que cayeron, ennegrecido por las humaredas posteriores, pero enhiesto. La estructura superior le había sido arrebatada como de un manotazo.

La cámara y su contenido estaban intactos. Esas sagradas reliquias no aseguraban ningún tipo de invulnerabilidad. A lo largo de la Historia, muchas reliquias habían quedado destruidas. Pero en este caso ese pilar había permanecido herido

pero enhiesto. Quizá por azar, si el azar existe.

Pero eso no lo sabían los pocos supervivientes de Nueva Brunswick. Los que habían caído al agua con vida habían sido muy pocos. La mayor parte habían quedado fulminados por las bolas de fuego de las explosiones: las de los misiles y las subsiguientes. Otros estaban dentro de las estructuras cuando estas cayeron al mar. Las estructuras estaban diseñadas para sostener, no para flotar. Se hundieron como plomo en el agua. Los quinientos o mil ciudadanos que quedaron chapoteando con vida entre un caos de vigas y metales que se hundían, buscaron algo a lo que asirse. Era imposible subir a la isla, porque ya no existía la isla. Los pilares que quedaron, no tenían ninguna escalerilla por la que ascender, ninguna puerta por la que entrar. Por seguridad, esos pilares carecían de ellas. Esos pilares sólo servían para sustentar, no eran lugares de entrada a la isla. Para entrar en el estado, había que hacerlo por los lugares habilitados.

La gente nadaba, flotaba, alrededor de esos cimientos del estado. Pero eran conscientes de que nadie podía trepar veinte metros por una plancha de metal en la que no había dónde agarrarse. Tampoco nadie, desde arriba, podía arrojar una escala, una cuerda, que hubiera tenido que ser de veinte metros. La parte superior de esos pilares tenían el aspecto de torres de arena a las que les hubieran dado una patada en sus cimas. No pocas de esas cimas, aún estaban humeantes. Las bolas de fuego de las explosiones, con sus miles de grados de temperatura, habían incendiado cualquier material inflamable que se guardase en sus cámaras, pasillos o salas.

Aun así, en algunos de esos pilares, había algún que otro pequeño apartamento en los que quedaban supervivientes. Normalmente eran viviendas de gente humilde. Como es lógico, todo el mundo prefería vivir en la superficie o en las zonas residenciales del interior de las plataformas. Irónicamente, fue esta gente humilde, la que

sobrevivió a todos. Pero no eran muchos. En esos pilares, no quedaban más allá de sesenta u ochenta personas.

Aunque ellos eran afortunados, pues antes de dos horas de que los primeros cuerpos ensangrentados cayeran al mar, las aguas estaban plagadas de tiburones. Ninguno de los que quedaron agarrados a cualquier cosa que flotase sobre el agua, pudo salvarse. Las aguas bullían con tiburones pequeños y medianos. Tiburones blancos, tiburones-ánguila, los había de todos los tipos, habían venido desde muy lejos. La sangre los volvía como locos.

En medio de ese caos de aletas dorsales y hocicos afilados, de vez en cuando emergía de forma vertical la boca monstruosa, rodeada de dientes triangulares, de algún gigantesco espécimen genéticamente modificado. Esos híbridos producto de los laboratorios devoraban a los hombres y a sus devoradores. Pero no importaba. En medio de esas aguas que parecían hervir, los depredadores estaban demasiado absortos en su banquete, para percatarse de que la orgia de sangre también les incluía a ellos.

Los pocos ciudadanos horrorizados que se apiñaban sobre algún elemento más grande que flotaba, lo hacían para descubrir que también ese fragmento de estructura se iba hundiendo poco a poco, meciéndose a causa de los que se movían sobre él tratando de trepar a lo más alto. En cada bamboleo de esos elementos flotantes, un cierto número de personas perdía el equilibrio, resbalaba y caía. Aunque no era mayor la suerte de los que se aferraban a los hierros de la parte superior de esos restos flotantes, pues todo era una cuestión de tiempo.



Yo vi todo ese horror desde la ventana cuadrada de mi apartamento. Mi mujer no quiso

mirar. Mi querida esposa May es de Birmania, una mujer delgada y alta de rasgos delicados, que ayer cumplió veintinueve años. Curiosamente, después de tantos cientos de miles de habitantes, los últimos seremos May y yo, Jakaya. Una esbelta mujer asiática y un hombre tanzano de piel tan oscura como las más oscuras noches de la sabana de mi tierra.

Ya han pasado seis días desde aquel Parto de la Muerte. Ahora, el silencio, las horas que pasan, no tener nada que hacer. Quizá queden más como nosotros, últimos testigos del hundimiento de este estado que fue un paraíso. Si quedan más como nosotros, están condenados a llevar esta vida de estagiritas. Llamas de vida que se irán apagando como velas que agotan toda su cera sin hacer ruido.

En casa nos habíamos provisto de muchas latas de comida. Pero el agua está racionada. Le he dado todas las vueltas posibles al tema acerca de cómo desalinizar el agua que pudiéramos traer hasta aquí arriba. Pero ni es posible acarrear el agua que está veinte metros más abajo, ni es posible hacer nada para quitarle la sal.

Hace dos días, mirando hacia abajo, vi a lo lejos a una pareja que había formado una especie de balsa con bidones, maderos y otros materiales. Remaban hacia el noroeste. Me imagino que existe un instinto que impele a hacer algo, a moverse. Resulta duro no hacer algo. Pero es una locura lanzarse a estos mares sin agua, sin provisiones. ¿Querrán alcanzar Asia? Sus costas están demasiado lejos. No tienen ni una posibilidad de lograrlo. Entre morir aquí sentado en el sofá de mi casa, o morir bajo ese sol inmisericorde, prefiero hacerlo aquí con May cómodamente. Aunque no creo que la muerte sea cómoda. Uno de los dos será el primero en sentir sus fríos colmillos.

Aunque no, no debo pensar en colmillos. Tengo que ver a la muerte como un dormirme en el seno de Dios. Incluso, tal vez... quién sabe, puede que la venida de Nuestro Señor me coja aquí morando en

este pilar. Todo sería distinto si supiera que quedan días para ese momento de triunfo. Aguardaría, sufriría, me aburriría, pero no me desesperaría si supiera que quedan cuatro días, dos, para su retorno glorioso.

Se me acercó May desde la cocina con pasos lentos, abatida.

-¿Qué quieres que te prepare para comer? -me preguntó.

-No sé. Lo que quieras. Lo que haya.

-Comida hay. Agua es lo que falta. De todas maneras, prepare lo que te prepare, tendrá que ser sin cocinarlo. Estamos sin electricidad. Aun así tienes varias cosas para escoger.

-Me gustan mucho esas latas de carne de cerdo.

-De esas intenta no comer hasta mañana. Esa carne es muy salada. Tenemos que economizar agua.

-Vale, pues lo que quieras.

May se retiró con ese aire de derrota que no le abandonaba desde hacía seis días, pero que al menos no aumentaba.

Me quedo solo en mi pequeño saloncito de treinta metros cuadrados. Desde que nos hemos quedado sin luz eléctrica, parece más grande. La única luz es la de la única pequeña ventana cuadrada. Esa luz crea tantas sombras. La ventana llena de vida este espacio cada vez más desorganizado, cada vez más triste. Si al menos pudiera recorrer todo este pilar en el que está mi apartamento. Logré desguazar la cerradura de la primera puerta por la que se descendía al piso inferior. Únicamente había almacenes llenos de cajas con perfiles metálicos y tubos galvanizados. Miré todas las cajas, las abrí. No había otra cosa.

Pero ya no pude descender al otro piso. La siguiente puerta era de acero. La golpeo con los nudillos, pegando la oreja a su superficie: creo que debe tener dos centímetros de grosor. Ya lo he intentado todo. La puerta no cede.

Al menos puedo subir hacia arriba por la escalera y sentarme en la cúspide del pilar. Para ello tengo que atravesar una

maraña de hierros. Tengo que agacharme, tengo que subir por encima de unas planchas deformadas caídas sobre lo que fue el hueco de la escalera. Pero al final disfruto de la plena luz del sol afortunadamente, y desgraciadamente del intenso calor también. Hace cinco días, la temperatura llegó a caer hasta los 24°, algo insólito aquí. Pero hace dos días la temperatura ha subido hasta alcanzar los 39°. Menos mal que hoy ha bajado un poco. A May le encantaba la vida al aire libre, pero ahora apenas sale del apartamento. Suele estar sentada en la cocina durante horas. Yo subo y bajo por la escalera del pilar, para hacer ejercicio. Desgraciadamente sudo y eso aumenta mi sed.

No pasa nada. Viviremos con dignidad, sin preocuparnos, hasta que llegue el final: el sueño profundo, o la gloria en forma de retorno del Hijo del Hombre. Pero hasta ese día moraremos aquí como seres humanos, no como animales encerrados. No estamos ni acosados, ni desesperados, simplemente aguardamos la resurrección general. Aprovecharé para leer los libros que me siempre estuvieron en mi casa.

Muchas veces, durante estos días, he pensado que si pasara por aquí alguien, viera estas ruinas verticales, y me preguntara que hubo aquí, aquí donde ahora hay un gran vacío, no sé qué le respondería. ¿Cómo poder explicar de un modo creíble el sueño de templetes griegos donde estuvieron los poderes públicos de la isla, el portento de la catedral en el centro de la ciudad, la armonía y la belleza que reinaron sobre estas aguas? La colegiata de niños cantores, la escuela de caligrafía artística, sus bosquecillos. No, nadie lo creería.



7° día

Hoy es el séptimo día tras la destrucción de Nuevo Brunswick. No importa el modo en que racione el agua, mañana es el último día en que podré beber unos cuantos sorbos repartidos cada cuatro horas. Mi mujer está sumida en una inquebrantable apatía. La tristeza ha atado sus fuerzas. Desde el amanecer hasta la seis de la tarde en que se hace la oscuridad en nuestro salón, no se levanta del sofá. A veces se tumba de medio lado. Dos horas después vuelve a sentarse. Hoy me ha dicho que su fe en Dios, en Jesús, en las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia permanecen inquebrantables. Pero que deja de luchar por la vida aquí, en este mundo.

8° día

Hemos podido agotar por la tarde las últimas gotas que quedaban en la última botella. Todos los alimentos que nos quedan, son alimentos secos. Ni leche, ni caldo en brik, ni conservas que pudieran contener algo líquido, aunque sólo fuera un poco.

9° día

Primer día sin agua de forma absoluta. La sensación psicológica es horrible. May me vuelve a hacer profesiones de fe inquebrantable. Hoy también he leído el último libro que me quedaba por leer en la casa. Ya no hago ejercicio subiendo y bajando escaleras, para no sudar.

10° día

El ardor de la sed es increíble. Es como si nos ardieran las entrañas. May se ha levantado de su sofá varias veces, como loca. Ha llegado a arañar la pared.

11° día

Hoy May ha entrado en coma. Veo que respira de un modo angustiado. No se mueve, pero sigue viva. Señor, que pase de nosotros este cáliz cuando antes. La única

razón por la que no me quito la vida, es por mis convicciones religiosas. Si no sería preferible un leve sopor al notar como sale la sangre de las venas de mis muñecas, que no este suplicio lento.

12° día

Es el fin. Los latidos de May son muy débiles y espaciados. El salón está envuelto en una oscuridad que con nada podemos mitigar. No tenemos nada, absolutamente nada, que pueda emitir un poco de luz. Esta sala de estar, al final, ha mantenido su orden, su limpieza. Moriremos como seres humanos. Rezo y rezo. Es mi única ocupación.

Qué raro, estoy oyendo un ruido. Hace tantos días que no se ha escuchado ningún sonido que venga de fuera. Se parece lejanamente al sonido de una trompeta. Al menos, me lo ha parecido. Sí, es una trompeta. ¿Luz? ¿De dónde viene esa luz? No me lo puedo creer. Debo estar soñando. ¡Un ángel! Me sonrío. Qué belleza en su rostro y en sus ojos. Que azul tan claro. Agita sus alas lentamente. No le estorban los objetos y muebles del salón. La materia la traspasa. Me habla. Sí, voy. Ha comenzado la resurrección. Si salgo, veré al Hijo del Hombre en lo alto de los cielos. Sí, sí, voy. Es increíble lo que veo. Los ángeles suben y bajan del cielo a la tierra.

www.fortea.ws





José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en demonología.



Cursó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. Se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (Madrid). En 1998 defendió su tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*, dirigida por el secretario de la Comisión para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española.



Actualmente vive en Roma, donde realiza su doctorado en Teología, dedicado a su tesis sobre el tema de los problemas teológico-eclesiológicos de la práctica del exorcismo.



Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, la posesión y el exorcismo. Su obra abarca otros campos de la Teología, así como la Historia y la literatura. Sus títulos han sido publicados en cinco lenguas y más de nueve países.



www.fortea.ws